

U N M A R I D O I D E A L

O S C A R W I L D E

Libros Tauro

PERSONAJES

CONDE DE CAVERSHAM, Caballero de la Jarretera

VIZCONDE GORING, su hijo.

SIR ROBERT CHILTERN, barón, subsecretario de Asuntos Extranjeros.

VICOMTE DE NANJAC, agregado a la embajada francesa de Londres.

EL SEÑOR MONTFORD MASON, mayordomo de Sir Robert Chiltern.

PHIPPS, criado de Lord Goring.

JAMES y HAROLD, lacayos.

LADY CHILTERN

LADY MARKBY

CONDESA DE BASILDON

SRA. MARCHMONT

MABEL CHILTERN, hermana de Sir Robert Chiltern.

SRA. CHEVELEY

ESCENARIOS DE LA COMEDIA

ACTO I.- La sala octogonal de la casa de Sir Robert Chiltern, en Grosvenor Square.

ACTO II. - Sala de recibo matinal de la casa de Sir Robert Chiltern.

ACTO III. - Biblioteca de la casa de Lord Goring,
en la calle Curzon.

ACTO IV. -- El mismo del acto II

EPOCA: Actual.

LUGAR: Londres.

La acción de la comedia se desarrolla en el
transcurso de veinticuatro horas.

TEATRO ROYAL, HAYMARKET

Empresario único: Sr. Herbert Beerbohm Tree

Directores. Sr. Lewis Waller y Sr. H. H. Morell

Enero 3 de 1895

REPARTO

CONDE DE CAVERSHAM

Sr. Alfred Bishop

VIZCONDE GORING

Sr. Charles H. Hawtrey

SIR ROBERT CHILTERN

Sr. Lewis Waller

VICOMTE DE NANJAC

Sr. Cosmo Stuart

SR. MONTFORD

Sr. Harry Stanford

PHIPPS

Sr. C. H. Brookfield

MASON

Sr. H. Deane

JAMES (lacayo)

Sr. Charles Meyrick

HAROLD (lacayo)

Sr. Goodhart

LADY CHILTERN

Srta. Julia Nelson

LADY MARKBY

Srta. Fanny Brough

CONDESA DE BASELDON

Srta. Vane Featherston

SRA. MARCHMONT

Srta. Helen Forsyth

MABEL CHILTERN

Srta. Maud Millett

SRA. CHFVELEY

Srta. Florence West

ACTO I

La sala octagonal de la casa de Sir Robert Chiltern, en Grosvenor Square. El aposento está brillantemente iluminado y lleno de huéspedes.

En el remate de la escalera está parada Lady Chiltern, una mujer de grave belleza griega de unos veintisiete años de edad. Recibe a los invitados a medida que suben. Sobre el pozo de la escalera pende una gran araña con luces de cera, que iluminan un enorme tapiz francés del siglo dieciocho, donde se representa el Triunfo del Amor, de un dibujo de Boucher, desplegado sobre la pared de la escalera. A la derecha está la entrada al salón de música. Se oye apenas el rumor de un cuarteto de cuerdas. La entrada de izquierda conduce a otros salones de recepción. La señora Marchmont y Lady Basildon, dos mujeres muy hermosas, están sentadas sobre un sofá Luis XVI. Son tipos de exquisita fragilidad. Sus

afectados modales poseen un delicado encanto. A Watteau le habría gustado pintarlas.

SEÑORA MARCHMONT. - ¿Va esta noche a casa de los Hartlock, Margaret?

LADY BASILDON. - Seguramente. ¿Y usted?

SEÑORA MARCHMONT.- Sí. Sus fiestas son espantosamente aburridas..., ¿verdad?

LADY BASILDON.- Espantosamente aburridas! Nunca se por qué voy. Nunca sé por qué voy a todas partes.

SEÑORA MARCHMONT. -Vengo aquí en busca de ilustración.

LADY BASILDOX. - ¡Ah! ¡Detesto la ilustración!

SEÑORA MARCHMONT. - Lo mismo yo. Eso la ubica a una casi al mismo nivel de las clases comerciales..., ¿verdad? Pero nuestra querida Gertrudis Chiltern me dice siempre que yo debiera tener en mi vida algún objetivo serio. De modo que vengo aquí para tratar de encontrarlo.

LADY BASILDON. - *(Mirando a través de sus imper-
tinentes.)* Esta noche no veo a una sola persona que pueda ser considerada un objetivo serio. El hombre

que me acompañó a la mesa para cenar no hizo sino hablarme de su esposa.

SEÑORA MARCHMONT. Qué actitud trivial!

LADY BASILDON. - ¡Terriblemente trivial! ¿De qué habló su caballero?

SEÑORA MARCHMONT. De Mí.

LADY BASILDON. - *(Lánguidamente.)* ¿Y le interesó la conversación?

SEÑORA MARCHMONT. - *(Meneando la cabeza.)*
Ni en lo más mínimo.

LADY BASILDON. - ¡Qué mártires somos, Margaret!

SEÑORA MARCHMONT. - *(Levantándose.)* ¡Y cómo nos sienta eso, Olivia!

(Ambas se levantan y van hacia el salón de música. El Vicomte de Nanjac, un joven attaché conocido por sus corbatas y su anglomanía, se acerca inclinándose profundamente e interviene en la conversación.)

MASON. - *(Anunciando a los invitados desde el remate de la escalera.)* El señor y la señora Jane Barford. Lord Caversham.

(Entra Lord Caversham, un viejo caballero de setenta años, que luce la banda, y la estrella de la Jarretera. Un hermoso tipo de whig. Se parece bastante a un retrato de Lawrence.)

LORD CAVERSHAM. - ¡Buenas noches, Lady Chiltern! ¿Ha estado aquí el inútil de mi hijo?

LADY CHILTERN. -(*Sonriendo.*) No creo que Lord Goring haya llegado aún.

MABEL CHILTERN. (*Acercándose a Lord Caversham-*) ¿Por qué llama usted inútil a Lord Goring?

(*Mabel Chiltern es un perfecto ejemplar del tipo inglés de belleza, el tipo del manzano en flor. Tiene toda la fragancia y exuberancia de la flor. En sus cabellos juegan repetidas veces los rayos solares, y su pequeña boca, de labios entreabiertos, es expectante, como la boca de una niña. Posee la fascinadora tiranía de la juventud y el sorprendente valor de la inocencia. A la gente cuerda no le evoca obra alguna de arte. Pero parece en realidad una estatuilla de Tanagra y le fastidiaría bastante si se lo dijeran.*)

LORD CAVERSHAM. - A causa de la vida ociosa que lleva.

MABEL. - ¿Cómo puede usted decir semejante cosa? Su hijo pasea a caballo por el Row a las diez de la mañana, va a la ópera tres veces por semana, cambia de ropa cuando menos cinco veces diarias y cena fuera todas las noches de la temporada. Usted no llamará a eso una vida ociosa.. ., ¿verdad?

LORD CAVERSHAM. - (*Contemplándola con un bondadoso fulgor en los ojos.*) Es usted una joven sumamente encantadora!

MABEL. Qué amable es usted al decir eso, Lord Caversham! Venga a visitarnos con mayor frecuencia. ¡Usted sabe que recibimos siempre los miércoles, y usted tiene tan buen aspecto con su estrella!

LORD CAVERSHAM. - Actualmente no hago visitas. Estoy cansado de la sociedad londinense. No me importaría que me presentaran a mi sastre: éste siempre vota como es debido. Pero me opongo enérgicamente a que me envíen a cenar con la modista de mi mujer. Nunca he podido aceptar los sombreros de Lady Caversham.

MABEL. - ¡Oh! ¡La sociedad londinense me gusta! Creo que ha mejorado muchísimo. Está formada en su totalidad, ahora, por hermosos idiotas brillantes locos. Precisamente como debe estarlo la sociedad.

LORD CAVERSHAM- Hum! ¿A qué categoría pertenece Goring? ¿A la de los hermosos idiotas o a la otra?

MABEL. - (*Con gravedad.*) Me he visto obligada, por el momento, a clasificar a Lord Goring en una

categoría aparte. Pero está evolucionando de un modo encantador.

LORD CAVERSHAM. - ¿Para convertirse en qué?

MABEL. - *(Con leve reverencia.)* Confío en poder decírselo muy pronto, Lord Caversham.

MASON. - *(Anunciando a invitados.)* Lady Markby, la señora Cheveley.

(Entran Lady Markby y la señora Cheveley. Lady Markby es una mujer agradable, bondadosa, democrática, de cabello gris a la marquise y fino encaje. La señora Cheveley, que la acompaña, es alta y bastante delgada. Sus labios, muy finos y pintados, dibujan una línea escarlata sobre un rostro pálido. El cabello de un rojo veneciano, la nariz aguileña y la garganta larga. El colorete acentúa la palidez natural de su cutis. Sus ojos verde-grises se mueven incesantemente. Viste un traje color heliotropo, con diamantes. Se parece bastante a una orquídea y excita no poco la curiosidad. En todos sus movimientos acusa mucha gracia. En total, es mi obra de arte, pero que revela la influencia de demasiadas escuelas)

LADY MARKBY. - ¡Buenas noches, querida Gertrudis! ¡Cuán amable ha sido usted al permitirme traer a mi amiga, la señora Cheveley! ¡Dos mujeres tan encantadoras deben conocerse!

LADY CHILTERN. - *(Avanza hacia la señora Cheveley, con dulce sonrisa. Luego, se detiene bruscamente y se*

inclina, con cierta reserva.) Creo que la señora Cheveley y yo ya nos hemos conocido en otra oportunidad. Ignoraba que había vuelto a casarse.

LADY MARKBY. - *(Con amabilidad.)* Oh... Actualmente, la gente se casa con toda la frecuencia posible... ¿verdad? Eso está muy en boga. *(A la duquesa de Maryborough.)* ¿Cómo está el duque, querida duquesa? Débil aun del cerebro, supongo... ¿no es así? Después de todo, era de esperarse. . ., ¿no le parece? Su buen padre era igual. Nada como la estirpe..., ¿verdad?

SEÑORA CHEVELEY. - *(Jugando con su abanico.)* Pero..., ¿nos hemos conocido verdaderamente en otra oportunidad, Lady Chiltern? No logro recordar dónde, He estado ausente de Inglaterra durante tanto, tiempo...

LADY CHILTERN. - Hemos estado juntas en la escuela, señora Cheveley.

SEÑORA CHEVELEY. -*(Con arrogancia.)* ¿De veras? He olvidado completamente mis tiempos ,!e colegiala. Tengo la vaga impresión de que fueron detestables.

LADY CHILTERN. - *(Con frialdad.)* ¡No me sorprende!

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con su mayor dulzura*)
¿Sabe que estoy realmente ansiosa por conocer a su inteligente marido, Lady Chiltern? Desde que ha actuado en la Cancillería, se ha hablado tanto de él en Viena... Actualmente, han logrado ya escribir correctamente su nombre en los periódicos. Eso, por sí solo, significa ya la fama en el continente.

LADY CHILTERN. - ¡No creo que haya en común entre usted y mi marido, señora Cheveley! (*Se aleja.*)

VICOMTE DE NANJAC. - *Ab, chère Medame, quelle surprise* ¡No la he vuelto a ver a usted desde Berlín!

SEÑORA CHEVELEY. - Sí. Desde Berlín, Vicomte. ¡Hace cinco años!

VICOMTE DE NANJAC. - Y está más joven y más bella que nunca. ¿Cómo se las compone?

SEÑORA CHEVELEY. - Imponiéndome la norma de hablar solamente con gente absolutamente encantadora, como usted.

VICOMTE DE NANJAC. - ¡Oh! ¡Usted me halaga! ¡Me adula, como dicen aquí!

SEÑORA CHEVELEY. ¿Dicen eso? ¡Qué costumbre espantosa!

VICOMTE DE NANJAC. - Si, tienen un lenguaje maravilloso. Debiera estar más difundido.

(Entra Sir Robert Chiltern. Un hombre de cuarenta años, pero que representa algo menos. Afeitado con pulcritud, de facciones hermosamente delineadas, cabello y ojos oscuros. Una personalidad de nota. No es popular: pocas personalidades lo son. Pero es admirado intensamente por unos pocos y profundamente respetado por muchos. Lo peculiar en su porte es una distinción perfecta, con, un leve toque de altanería. Se lo advierte consciente de su éxito en la vida. Un temperamento nervioso, de aire fatigado. La boca, firmemente cincelada, y el mentón, contrastan de un modo llamativo con la expresión romántica de los ojos hundidos. El contraste sugiere una separación casi absoluta de pasión e intelecto, como si el pensamiento y la emoción estuviesen aislados, cada cual en su esfera, por algún violento esfuerzo del poder de la voluntad. Hay nerviosidad en las aletas de su nariz y en las manos pálidas y afinadas. Sería inexacto calificarlo de pintoresco. El pintoresquismo no puede sobrevivir a la Cámara de los Comunes. Pero a Van Dyck le habría gustado pintar su cabeza.)

SIR ROBERT. - Buenas noches, Lady Markby. ¿Supongo que habrá traído usted a Sir John?

LADY MARKBY. - Oh... He traído a una persona mucho más encantadora que Sir John. El carácter de Sir John, desde que se ha consagrado seriamente a la política, se ha vuelto insoportable. A decir

verdad, ahora que la Cámara de los Comunes está tratando de, ser útil, hace muchísimo daño.

SIR ROBERT. - Confío en que no suceda eso, Lady Markby. Sea como fuere, estamos haciendo todo lo posible por derrochar el tiempo público.. . ¿no es así? Pero. . . ¿quién es esa persona encantadora que usted, ha tenido la amabilidad de traernos?

LADY MARKBY. - ¡Se llama la señora Cheveley! Pertenece, supongo, a la rama de los Cheveley del Dorsetshire. Pero, en rigor, no estoy muy segura. Las familias están tan mezcladas, hoy... En realidad, por regla general, todos resultan en definitiva otra persona.

SIR ROBERT. - ¿La señora Cheveley? Me parece recordar el apellido.

LADY MARKBY. - Acaba de llegar de Viena.

SIR ROBERT. Ah, sí! Creo saber a quién se refiere.

LADY MARKBY. - La señora Cheveley va allí a todas partes y sus amistades se ven envueltas en escándalos tan agradables. . . Verdaderamente, tendré que ir a Viena en el invierno próximo. Supongo que habrá un buen *chef* en la embajada.

SIR ROBERT. - Si así no fuera, el embajador debería ser retirado de allí ciertamente. Sírvase señalarme a la señora Cheveley. Me gustaría verla.

LADY MARKBY. - Permítame que lo presente. (*A la señora Chevelby.*) ¡Querida, Sir Robert Chilteun se está muriendo por conocerla!

SIR ROBERT. - (*Inclinándose.*) Todos se están muriendo por conocer a la brillante señora Cheveley. Nuestros agregados de Viena no escriben sobre otra cosa.

SEÑINORA, CHEVELEY. - Gracias, Sir Robert. Una relación iniciada con un cumplido tiene todas las probabilidades de transformarse en una auténtica amistad. Esta, comienza bien. Y acabo de descubrir que ya conozco a Lady Chiltern.

SIR ROBERT. - ¿De veras?

SESTORA, CHEVELEY. - Sí. Lady Chiltern acaba de recordarme que hemos sido compañeras de colegio. Evoco eso perfectamente, ahora. Ella obtenía siempre e premio a la buena conducta. ¡Conservo el más nítido recuerdo de que Lady Chiltern obtenía siempre el premio a la buena conducta!

SIR ROBERT. - (*Sonriendo.*) ¿Y qué premios obtenía usted, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. Mis premios llegaron en una etapa posterior de mi vida. Creo que ninguno

de ellos fue por mi buena conducta. ¡He olvidado ya eso!

SIR ROBERT. - ¡Estoy seguro de que fueron por algo delicioso!

SEÑORA CHEVELEY. - No sé si a las mujeres se las recompensa siempre por ser deliciosas. ¡Creo que, habitualmente, se las castiga por ello! ¡Lo cierto es que muchas mujeres envejecen hoy, más que nada, a causa de la fidelidad de sus admiradores! ¡Al menos, ésa es la única explicación con que, justifico el aterrador aspecto ojeroso y macilento de la mayoría de las mujeres bellas de Londres!

SIR ROBERT. - ¡Qué filosofía espantosa! ¡Tratar de clasificarla a usted, señora Cheveley, sería una impertinencia. Pero permítame la pregunta. .. En el fondo ¿es usted optimista o pesimista? Ésas parecen las dos únicas religiones elegantes que nos quedan hoy.

SEÑORA CHEVELEY. - Oh... Ni lo uno ni lo otro. El optimismo empieza con una ancha sonrisa y el pesimismo termina con unos anteojos azules. Además, ambos son meras poses.

SIR ROBERT. - ¿Prefiere usted ser natural?

SEÑORA CHEVELEY. - A veces. Pero ésa es una pose tan difícil de mantener...

SIR ROBERT. - ¿Qué dirían de semejante teoría esos novelistas modernos de quienes tanto se oye hablar?

SEÑORA CHEVELEY. - Oh.. . La fuerza de las mujeres proviene del hecho de que la psicología no puede explicarnos. Los hombres pueden ser analizados, los mujeres.. . solamente adoradas,

SIR ROBERT. - ¿Cree usted que la ciencia no puede habérselas con el problema de las mujeres?

SIAORA CHEVELEY. - La ciencia nunca puede habérselas con lo irracional. Por eso, no tiene porvenir en este mundo.

SIR ROBERT. - Y las mujeres representan lo irracional.

SEÑORA CHEVELEY. - Las mujeres que visten bien, sí.

SIR ROBERT. - (*Inclinándose, cortésmente.*) Temo que difícilmente podría estar de acuerdo con usted, en ese sentido. Pero, siéntese.. . Y dígame, ahora. . . ¿Qué le hace abandonar su brillante Viena por nuestro sombrío Londres?. . . Salvo que la pregunta sea indiscreta.

SEÑORA CHEVELEY. - Las preguntas jamás son indiscretas. Las respuestas, cuelen serlo.

SIR ROBERT. - En cualquier caso... ¿podría saber si se trata de política o de placer?

SEÑORA CHEVELEY. - La política es mi único placer. Como usted comprenderá, hoy no es de buen tono flirtear hasta los cuarenta años o mostrarse romántica hasta los cuarenta y cinco, de modo que a nosotras, las pobres mujeres que tenemos menos de treinta y cinco años que así lo decimos, sólo nos queda la política o la filantropía. Y la filantropía, a mi parecer, se ha convertido simplemente en el refugio de la gente que quiere fastidiar a sus prójimos. Prefiero la política. Creo que. . . ¡nos sienta mejor!

SIR ROBERT. - ¡Una vida política es una carrera noble!

SEÑORA CHEVELEY. - A veces. Y otras veces, un juego hábil, Sir Robert. Y en ocasiones, algo muy engorroso.

SIR ROBERT. - Y para usted... ¿qué es?

SEÑORA CHEVELEY. - Una combinación de las tres cosas. *(Deja caer su abanico.)*

SIR ROBERT. *(Recogiéndolo.)* ¡Permítame!

SEÑORA CHEVELEY. Gracias.

SIR ROBERT. - Pero usted no me ha dicho aún qué le hace honrar tan repentinamente a Londres. Nuestra temporada ha terminado, o poco menos.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Oh! ¡La temporada de Londres no me importa! Es demasiado matrimonial. La gente se dedica a cazar maridos o a ocultarse de ellos.

Yo quería conocerlo a usted. Es la pura verdad. Usted sabe cómo es la curiosidad de la mujer. ¡Casi tan grande como la del hombre! Yo sentía inmensos deseos de conocerlo y... de pedirle que hiciera algo por mí.

SIR ROBERT. - Confío en que no se tratará de alguna pequeñez, señora Cheveley. Las pequeñeces, he podido comprobarlo, son tan difíciles.. .

SEÑORA CHEVELEY. - *(Después de reflexionar un momento.)* No. No creo que se trate de una pequeñez.

SIR ROBERT. - ¡Cuánto me alegro! Dígame de qué se trata.

SEÑORA CHEVELEY. - Más tarde. *(Se levanta.)* Y, ahora... ¿podría recorrer su hermosa casa? He oído decir que sus cuadros son seductores. El pobre barón Arnheim. . . -¿recuerda al barón?- solía

decirme que usted poseía algunos Corots maravillosos.

SIR ROBERT. - *(Con un sobresalto casi imperceptible.)*

¿Conoció usted bien al barón Arnheim?

SEÑORA CHEVELEY. - *(Sonriendo.)* Intimamente.

¿Y usted?

SIR ROBERT. - En otros tiempos.

SEÑORA CHEVELEY. - Era un hombre maravilloso... ¿verdad?

SIR ROBERT. - *(Después de una pausa.)* Un hombre notable en muchos sentidos.

SEÑORA CHEVELEY. - A menudo, me parece lamentable que el barón Arnheim no haya escrito sus memorias. Hubieran sido muy interesantes.

SIR ROBERT. - Si; el barón conocía bien a los hombres y las ciudades, como los antiguos griegos.

SEÑORA CHEVELEY. - Sin la terrible desventaja de que una Penélope lo esperara en su casa.

MASON. - Lord Goring.

(Entra Lord Goring. Treinta y cuatro años, pero siempre dice ser más joven. Un rostro inexpresivo y de buena estirpe. Es inteligente, pero no le gustaría que lo creyeran así. Petimetre impecable, lo fastidiaría el que lo consideraran romántico. Juega con la vida V está en buenísimas relaciones

con el mundo. Le agrada ser un incomprendido. Ello le sirve de cómoda base estratégica.)

SIR ROBERT. - ¡Buenas noches, mi querido Arturo! Señora Cheveley, permítame que le presente a Lord Goring, el hombre más perezoso de Londres.

SEÑORA CHEVELEY. - Ya nos conocemos con Lord Goring.

LORD GORING. - (Inclinándose.) No creí que usted me recordara, señora Cheveley.

SEÑORA CHEVELEY. - Fiscalizo admirablemente mi memoria. ¿Sigue usted siendo soltero?

LORD GORING. - YO... así lo creo.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Qué romántico es eso!

LORD GORING. - Oh... Nada tengo de romántico.

No soy lo bastante viejo para eso, Les dejo el romance a mis mayores.

SIR ROBERT. - Lord Goring es el producto del Boodle's Club, señora Cheveley.

SEÑORA CHEVELEY. - Honra realmente a esa institución.

LORD GORING. - ¿Puedo preguntarle si tiene el propósito de quedarse largo tiempo en Londres?

SEÑORA CHEVELEY. - Eso depende en parte del tiempo, en parte de la cocina y en parte de Sir Robert.

SIR ROBERT. - Supongo que no pensará lanzarnos a una guerra europea.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡No hay peligro, por ahora! *(Se despide de Lord Goring, meneando la cabeza y con aire divertido, y sale con Sir Robert. Lord Goring se acerca lentamente a Mabel.)*

MABEL. Ha llegado usted muy tarde!

LORD GORING. - ¿Ale ha echado de menos?

MABEL. - ¡Terriblemente!

LORD GORING. - Entonces, lamento no haber estado ausente durante algún tiempo más. Espero que me echen de menos.

MABEL. - ¡Qué egoísmo!

LORD GORING. - Soy muy egoísta

MABEL. - Usted me habla de sus defectos, Lord Goring.

LORD GORING. - Hasta ahora, apenas si lo he enumerado la mitad de ellos, Miss Mabel!

MABEL. - ¿Son muy graves los demás?

LORD GORING. - ¡Es espantoso! Pienso en ellos de noche, me quedo dormido en forma instantánea.

MABEL. - La verdad es que sus defectos me encantan. No me gustaría que perdiese uno solo de ellos.

LORD GORING. - ¡Qué amabilidad de su parte! Pero, por lo demás, usted siempre es amable. Entre paréntesis, quiero formularle una pregunta, Miss Mabel. ¿Quién trajo aquí a la señora Cheveley? ¿Esa mujer de vestido color heliotropo, que ha sido del salón con su hermano?

MABEL. - He visto que Ir traía aquí Lady Markby. ¿Por qué me lo pregunta?

LORD GORING. - Hace años que no la veo. E, so es todo.

MABEL. - ¡Qué razón absurda!

LORD GORING. Todas las razones son absurdas.

MABEL. - ¿Qué clase de mujer es la señora Cheveley?

LORD GORING- Oh! ¡Un genio de día y una beldad de noche! MABEL. - Me inspira ya aversión.

LORD GORING. - Eso revela su admirable buen gusto.

VICONDE NANJAC. - *(Acercándose.)* Ah... La joven inglesa es el dragón del buen gusto... ¿verdad? Todo un dragón del buen gusto.

LORD GORING. - Así nos lo dicen siempre los periódicos.

VICOMTE. - Leo sus periódicos ingleses. Me parecen entretenidos.

LORD GORING. - Entonces, mi querido Nanjac es indudable que usted debe leer entre líneas.

VICOMTE. - Me gustaría hacerlo, pero mi profesión me pone reparos. (*A Mabel.*) ¿Podría tener el placer de al salón de música, mademoiselle?

MABEL- (*Con aire muy decepcionado.*) ¡Encantada, Vicomte! ¡Completamente encantada! (*Voliéndose hacia Lord Goring.*) ¿No viene usted al salón de música?

GORING. - No haré tal cosa, si ejecutan música allí, miss Mabel.

MABEL- (*Serenamente.*) La música está en alemán. Usted no la comprendería.

(*Sale con el Vicomte de Nanjac. Lord Caversham se acerca a su hijo.*)

LORD CAVERSHAM. - ¡Y bien, caballero! ¿Qué hace usted aquí? ¡Despilfarra su vida, como de costumbre! Usted debiera estar en cama, caballero. ¡Se acuesta muy tarde! ¡He oído decir que bailó noches asadas hasta las cuatro de la mañana en la fiesta Lady Rufford!

LORD GORING. Solamente hasta las cuatro menos cuarto.

LORD CAVERSHAM. No comprendo cómo puede usted soportar a la sociedad londinense. Está convertida en una verdadera ruina, en un grupo de nulidades que hablan de nada.

LORD GORING. - Me gusta hablar de nada, papá. Es el único tema del cual sé algo.

LORD CAVERSHAM. - Me parece que está usted viviendo para el placer.

LORD GORING. - ¿Para qué otra cosa se puede vivir papá? Nada madura tanto como la dicha.

LORD CAVERSHAM. - Es usted un hombre sin corazón, caballero. Le falta corazón en absoluto.

LORD GORING. - Espero que no, papá. ¡Buenas noches, Lady Basildon!

LADY BASILDON. - (*Arqueando dos bellas cejas.*) ¿Usted aquí? No creí que asistiera a las fiestas políticas.

LORD GORING. Adoro las fiestas políticas. Es el único lugar donde la gente no habla aún de política.

LADY BASILDON. - Me encanta hablar de política. Hablo de ella durante todo el día. Pero me resulta insoportable escuchar lo que dicen de ella los demás. No sé cómo pueden aguantar esos largos

debates los infortunados miembros de la Cámara de los Comunes.

LORD GORING. - No escuchando.

LADY BASILDON. - ¿De veras?

LORD GORING. - *(Con el aire más serio del mundo.)*

Naturalmente. Verá usted... Es muy peligroso escuchar cuando se habla de política. Escuchando, ex posibilidad de convencerse: y el hombre que se deja convencer por un argumento, es una persona absolutamente irrazonable.

LADY BASILDON. - ¡Ah! ¡Eso explica tantas cosas que nunca he comprendido en los hombres y tantas cosas que los maridos nunca aprecian en las mujeres!

SEÑORA MARCHMONT. - *(Con un suspiro.)*

Nuestros maridos jamás aprecian nada en nosotras. ¡Tenemos que buscar a otros que lo hagan!

LADY BASILDON. - *(Enfáticamente.)* Sí. Siempre a otros..., ¿verdad?

LORD GORING. - *(Sonriendo.)* Y ésa es la opinión de las dos damas cuyos maridos tienen fama de ser los más admirables de Londres.

SEÑORA MARCHMONT. - Esa es, precisamente, lo que no podemos soportar. Mi Reginaldo es tan impecable que no me deja la menor esperanza. ¡Por

momentos, basta suele ser insufriblemente impecable! El conocerlo no causa la menor emoción.

LORD GORING. - ¡Qué cosa terrible! ¡A decir verdad, eso debiera estar más difundido!

LADY BASILDON. - Basildon es igualmente lamentable: es tan doméstico como si fuese soltero.

SEÑORA MARCHMONT. - (*Oprimiendo la mano de Lady Basildon.*) ¡Mi pobre Olivia! Nos hemos casado con maridos perfectos y nos vemos bien castigadas por ello.

LORD GORING. - Yo creía que los castigados eran los maridos.

SEÑORA MARCHMONT. (*Irguiéndose.*) ¡Oh! No, por cierto! ¡Son todo lo felices que se puede ser! ¡Y en cuanto a su confianza en nosotras, es trágica por lo absoluta!

LADY BASILDON. - ¡Perfectamente trágica!

LORD GORING. - ¡O cómica, Lady Basildon!

LADY BASILDON. - Cómica no, por cierto, Lord Goring. ¡Qué perverso es usted al sugerir semejan, e cosa!

SEÑORA MARCHMONT. - Terno que Lord Goring esté en el bando enemigo, como siempre.

Lo he visto conversar con esa señora Cheveley al entrar.

LORD GORING. - ¡Hermosa mujer la señora Cheveley!

LADY BASILDON. (*Ceremoniosa.*) Le ruego que no elogie a otras mujeres en nuestra presencia. ¡Bien podría esperar a que lo hiciéramos nosotras!

LORD GORING. - Esperé.

SEÑORA MARCHMONT. - Pues no pensamos ponderarla. He oído decir que la señora Cheveley estuvo el a noche en la ópera y le dijo a Tommy Rufford en la cena de medianoche que, a juzgar por lo que podía apreciar, la sociedad londinense estaba formada exclusivamente por maritornes y petimetres.

LORD GORING. - Tiene razón. ¿Acaso todos los hombres no son maritornes y todas las mujeres petimetres?

SEÑORA MARCHMONT. - (*Después de una pausa.*) ¡Oh! ¿Cree usted, realmente, que fue eso lo que quiso decir la señora Cheveley?

LORD GORING. - Naturalmente. Y fue una observación muy razonable de la señora Cheveley, por cierto.

(*Entra Mabel y se acerca al grupo.*)

MABEL. - ¿Por qué hablan ustedes de la señora Cheveley? ¡Todos están hablando de la señora Cheveley! Lord Goring, dice... ¿Qué dijo usted de la señora Cheveley, Lord Goring? Ah... Ya recuerdo. Dijo que era un genio de día y una beldad de noche.

LADY BASILDON. - ¡Qué horrible combinación! ¡Cuán poco natural!

SEÑORA MARCHMONT. - (*Con su aire más soñador*) ¡Me gusta mirar a los genios y escuchar a la gente hermosa!

LORD GORING. - ¡Ésa es una actitud morbosa de su parte, señora Marchmont!

SEÑORA MARCHMONT. - (*El rostro iluminado por una expresión de auténtico placer.*) Cuánto me alegra oírle decir eso... Marchilont y yo estamos casados desde hace siete años y nunca me dijo que yo era morbosa... Los hombres son tan dolorosamente poco observadores...

LADY BASILDON. (*Volviéndose hacia ella.*) siempre oí decir, querida Margaret, que usted es la persona más morbosa de Londres.

SEÑORA MARCHMONT. - ¡Oh! Pero usted siempre fue muy comprensiva, Olivia.

MABEL. - ¿Es morboso el querer comer? Siento un gran deseo de comer. Lord Goring..., ¿me servirá usted un poco de cena?

LORD GORING. - Con sumo placer, Miss Mabel.
(Se aleja con ella.)

MABEL - ¡Cuán espantosamente se ha portado usted! ¡No me ha dirigido la palabra en toda la noche!

LORD GORING. - ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Usted se marchó con ese niño diplomático.

MABEL. - Habría podido usted seguirnos. La persecución hubiera sido simplemente cortés. ¡Me parece que esta noche no me gusta usted en absoluto!

LORD GORING. - Usted me gusta inmensamente.

MABEL - ¡Pues querría que lo revelara, usted en forma más acentuada! *(Van escaleras abajo.)*

SEÑORA MARCHMONT. - Olivia, siento una extraña languidez, Crea que me gustaría mucho comer, algo. Sé que me gustaría comer algo.

LADY BASILDON. - ¡Yo, me estoy muriendo positivamente por cenar, Margaret!

SEÑORA MARCHMONT. - ¡Los hombres son de un egoísmo horrible! Nunca piensan en esas cosas.

LADY BASILDON. - ¡Los hombres son torpemente materialistas, torpemente materialistas!

(El Vicomte de Nanjac viene del salón del salón de música con varios otros invitados. Después de haber examinado cuidadosamente a todos los presentes, se acerca a Lady Basildon.)

VICOMTE, - ¿Puedo tener el honor de acompañarla a la cena, condesa?

LADY BASILDON. *(Con frialdad.)* Nunca ceno, gracias, Vicomte. *(El Vicomte se dispone a retirarse. Lady Basildon, al verlo, se levanta de inmediato y lo toma del brazo.)* Pero bajaré en su compañía con placer.

VICOMTE. - ¡Me gusta tanto comer! Soy completamente inglés en mis gustos.

LADY BASILDON. - Tiene usted un aspecto completamente inglés, Vicomte, completamente inglés.

(Salen. El señor Montford, un joven petimetre acicalado en forma perfecta, se acerca a la señora Marchmont.)

SEÑOR MONTFORD. ¿Quiere usted cenar, señora Marchmont?

SEÑORA MARCHMONT. - *(Lánguidamente.)* Gracias, señor Montford. Nunca toco la cena. *(Se levanta de manera precipitada y lo toma del brazo.)* Pero me sentaré a su lado y lo miraré comer.

SEÑOR MONTFORD. - ¡No sé si me gustará que me miren mientras estoy comiendo!

SEÑORA MARCHMONT. - Entonces, miraré a algún otro.

SEÑOR MONTFORD. - Tampoco sé si me gustará eso.

SEÑORA MARCHMONT. - (*Severamente.*) ¡Le ruego, señor Montford, que no me haga esas penosas escenas de celos en público!

(*Van escaleras abajo con los demás invitados, cruzándose con Sir Robert y la señora Cheveley, que entran.*)

SIR ROBERT. - ¿Y usted irá a alguna de nuestras casas de campo antes de abandonar Inglaterra, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. Oh, no! No puedo soportar esas invitaciones a pasar unos días, tan usuales aquí. En Inglaterra, la gente trata realmente de mostrarse ingeniosa a la hora del desayuno. ¡Es algo horrible. Sólo la gente torpe es ingeniosa a la hora del desayuno. Y, además, el más flaco de la familia no hace más que rezar sus plegarias. Mi estada en Inglaterra depende en realidad de usted, Sir Robert. (*Se sienta en el sofá.*)

SIR ROBERT. - (*Sentándose a su lado.*) ¿Habla usted en serio?

SEÑORA CHEVELEY. - Muy en serio. En realidad, quiero hablarle a usted de un gran proyecto

político y financiero, relativo a esa Compañía del Canal Argentino.

SIR ROBERT. - ¡Qué tema aburrido y práctico para ser abordado por usted, señora Cheveley!

SEÑORA CHEVELEY. - Oh... Me gustan los temas aburridos y prácticos. Lo que no me gusta, es la gente aburrida y práctica. Hay una gran diferencia, Además, a usted le interesan, lo sé, los planes de canales internacionales. Usted era secretario de Lord Radley cuando el gobierno compró las acciones del Canal de Suez... ¿no es así?

SIR ROBERT. - Sí. Pero el Canal de Suez era una empresa espléndida y de grandes proporciones. Nos proporcionó nuestra ruta directa a la India. Tenla un valor imperial. Era necesario que tuviéramos su fiscalización. Ese plan del Canal Argentino es una vulgar estafa de la Bolsa.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Una especulación, Sir Robert Una especulación brillante y audaz.

SIR ROBERT. - Créame, señora Cheveley, que se trata de una estafa. Llamemos las cosas por su nombre. Eso las simplifica. Tenemos toda la información necesaria al respecto en el Foreign Office. A decir verdad, he enviado una comisión especial para que investigue el asunto en forma

privada, y esa comisión me ha informado que las obras apenas si están iniciadas, y en cuanto al dinero ya suscrito nadie parece saber qué ha sido de él. Todo ese asunto es un segundo Panamá y no tiene siquiera la cuarta parte de las probabilidades de éxito que tuvo aquel lamentable asunto. Supongo que usted no habrá invertido dinero en eso. Estoy seguro de que es demasiado inteligente para haberlo hecho.

SEÑORA CHEVELEY. - He invertido mucho dinero en esa empresa.

SIR ROBERT. - ¿Quién ha podido aconsejarle que con esa semejante tontería?

SEÑORA CHEVELEY. - Un viejo amigo suyo... y mío.

SIR ROBERT. - ¿Quién?

SEÑORA CHEVELEY. - El barón Arnheim.

SIR ROBERT. - (*Frunciendo el ceño.*) Ah . . . Sí. Redo haber oído decir, al tiempo de la muerte del baque éste había estado mezclado en ese asunto.

SEÑORA CHEVELEY. - Fue su último romance. Su último romance, para ser justos con él.

SIR ROBERT. - (*Poniéndose de pie.*) Pero no ha visto d aun a Miss Corots. Están en el salón de

música. Corots parecen armonizar con la música....
¿verdad?

permite mostrárselos?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Meneando la cabeza.*) Esta noche no tengo humor para crepúsculos argénteos ni albas rosadas. Quiero hablar de negocios. (*Le indica con el abanico que se siente a su lado.*)

SIR ROBERT. - Temo no poder darle consejo alguno, señora Cheveley, salvo el de que se interese por algo menos peligroso. El éxito del Canal depende, naturalmente, de la actitud de Inglaterra, y mañana por la noche voy a presentar el informe de la comisión a la Cámara de los Comunes.

SEÑORA CHEVELEY.- Usted no debe hacer eso. En su propio interés, Sir Robert, para no hablar del mío, no debe hacer eso.

SIR ROBERT. - (*Mirándola, asombrado.*) ¿En mi propio interés? ¿Qué quiere usted decir, mi querida señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. Sir Robert, le hablaré con toda franqueza. Quiero que usted retire el informe que se propone presentarle a la Cámara, fundado en que tiene motivos para creer que los miembros de la comisión han sido mal informados o víctimas de prejuicios o algo así. Además, quiero que diga unas

cuantas palabras en el sentido de que el gobierno va a reconsiderar el asunto y que usted tiene motivos para creer que el Canal, si es terminado, adquirirá un gran valor internacional. Usted sabe qué cosas dicen los ministerios en esos casos. Bastarán unas cuantas vulgaridades corrientes. En la vida moderna nada produce tanto efecto como una buena vulgaridad. Eso emparenta a todo el mundo.

SIR ROBERT- ¡Señora Cheveley, es imposible que usted hable seriamente al hacerme semejante proposición!

SEÑORA CUEVELEY. - Hablo con toda seriedad.

SIR ROBERT. - *(Con frialdad.)* Permítame por favor, que no lo crea.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Hablando con gran intención y énfasis.)* Pero si le digo que hablo en serio... Y si hace lo que le pido, yo... ¡se lo pagaré de un modo espléndido!

SIR ROBERT. ¡Pagarme!

SEÑORA CHEVELEY. - Sí.

Sin ROBERT. - Temo no comprender en absoluto lo que me dice.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Reclinándose sobre el respaldo del sofá y mirándolo.)* ¡Cuán decepcionante es eso! Y yo que he hecho todo ese largo viaje desde

Viena para que usted me comprendiera perfectamente...

SIR ROBERT. - Temo no comprender.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Con el aire más negligente del mundo.)* Mi querido Sir Robert... Usted es un hombre de mundo y supongo que tiene su precio. Todos lo tienen, actualmente. La dificultad consiste en que la mayor parte de la gente es costosísima. Sé que yo lo soy. Confío en que usted sea más razonable en sus condiciones.

SIR ROBERT. - *(Levantándose, indignado.)* Permítame que llame su coche, señora Cheveley. Ha vivido usted tanto tiempo en el extranjero que parece incapaz de comprender que está hablando con un caballero inglés

SEÑORA CHEVELEY. *(Lo detiene tocándole el brazo con el abanico y haciéndolo permanecer allí -mientras habla.)* Comprendo que hablo con un hombre que echó los cimientos de su fortuna vendiéndole un secreto de gabinete a un especulador de la Bolsa.

SIR ROBERT. - *(Mordiéndose el labio.)* ¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA CHEVELEY. -*(Poniéndose de pie y enfrentándolo.)* Quiero decir que conozco el verdadero

origen de su fortuna y su carrera, Sir Robert, y que también está en mi poder su carta.

SIR ROBERT. - ¿Qué carta?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Desdeñosamente.*) La carta que usted le escribió al barón Arnheini, siendo secretario de Lord Radley, y en que le aconsejaba comprar acciones del Canal de Suez: una carta escrita tres días antes de que el gobierno anunciara su propia compra.

SIR ROBERT. - (*Con voz ronca.*) Eso no es cierto.

SEÑORA CHEVELEY. - Usted creyó que la carta había sido destruida. ¡Qué tontería de su parte! Está en mi poder.

SIR ROBERT. - El asunto a que alude no era más que una especulación. La Cámara de los Comunes no había aprobado aún el proyecto de ley: éste podía haber sido rechazado.

SEÑORA CHEVELEY. - Eso fue una estafa, Sir Robert. Llamemos las cosas por su nombre. Eso las simplifica. Y ahora voy a venderle esa carta, y el precio que pido por ella es su apoyo público al Canal Argentino. Usted hizo su fortuna con un canal. ¡Debe ayudarnos, a mí que hagamos fortuna con otro!

y a mis amigos, a que hagamos fortuna con otros.

SIR ROBERT. - ¡Lo que usted me propone es infame ¡Infame!

SEÑORA CHEVELEY. ¡Oh, no! ¡Es el juego de la vida, tal como debemos jugarlo todos tarde o temprano, Sir Robert!

SIR ROBERT. -No puedo hacer lo que me pide.

SEÑORA CHEVELEY. - Querrá usted decir que no puede dejar de hacerlo. Sabe que está al borde del precipicio. Y no es usted quien puede imponer condiciones. Debe aceptarlas. En el caso de que se niegue.

SIR ROBERT. - ¿Qué pasará?

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Qué pasará, querido Sir Robert? ¡Que usted quedará arruinado, eso es todo! Recuerde la situación a que los ha llevado a todos ustedes el puritanismo en Inglaterra. Antaño, nadie pretendía ser algo mejor que sus vecinos. En realidad, el ser algo excesivamente mejor que nuestro vecino era considerado vulgar y propio de la clase media. Hoy, con nuestra moderna manía de la moral, todos tienen que parecer dechados de pureza, de incorruptibilidad y las otras siete virtudes capitales... ¿Y cuál es el resultado? Que todos se derrumban como los palos de un juego de bolos: el uno después del otro. En Inglaterra no transcurre

un solo año sin que alguien desaparezca. Antaño los escándalos solían prestarle seducción -o al menos interés a un hombre; hoy, lo aplastan. Y su escándalo, Sir Robert, sería muy desagradable. Usted no podría sobrevivir a él. Si se llega a saber que, siendo joven y secretario de un ministro grande e importante, vendió un secreto de gabinete por una importante suma de dinero, usted desaparecerá por completo. Y, después de todo, Sir Robert. - ¿por qué habría de sacrificar usted todo su porvenir antes que tratar diplomáticamente con su enemigo? Por el momento yo soy su enemigo. ¡Lo reconozco! Y soy mucho más fuerte que usted. Los batallones más nutridos están en mi bando. Usted tiene una magnífica posición, pero es esa magnífica posición la que lo hace tan vulnerable. ¡No puede defenderla! Y yo me he lanzado al ataque. Desde luego, no le he hablado de moral. Reconocerá usted, lealmente, que le he ahorrado eso. Hace años cometió usted un acto hábil e inescrupuloso: ese acto dio por resultado un gran éxito. Usted le debe su fortuna y su posición. Y ahora tiene que pagarlo. Tarde o temprano tenemos que pagar todo lo que hacemos. Usted debe pagar ahora. Antes de despedirnos esta noche debe prometerme que suprimirá su informe y

hablará en la Cámara de los Comunes en favor del proyecto del Canal Argentino.

SIR ROBERT. - Lo que me pide es imposible.

SEÑORA CHEVELEY. - Usted debe hacerlo posible. Usted lo hará posible. Sir Robert, usted sabe cómo son sus periódicos ingleses. ¡Imagínese que, al salir de esta casa, yo vaya a la redacción de algunos de esos periódicos y les dé ése escándalo y sus pruebas! Piense en la repulsiva alegría de esa gente, en el deleite que sentirán al derribarlo en el fango y el lodo por el cual lo arrastrarán. Piense en el hipócrita de grasienta sonrisa al pergeñar su artículo central y al presentar esa inmundicia a la vista del público.

SIR ROBERT. - ¡Un momento! ¿Usted quiere que yo retire el informe y pronuncie un breve discurso afirmando que a mi entender hay posibilidades en ese proyecto ?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Sentada en el sofá.*) Ésas son mis condiciones.

SIR ROBERT. - (*En voz baja.*) Le daré a usted la suma de dinero que fije.

SEÑORA CHEVELEY. - Ni aun usted es lo bastante rico para comprar su pasado, Sir Robert. Ningún hombre lo es.

SIR ROBERT. - No haré lo que me pide. No lo haré.

SEÑORA CHEVELEY. - Tiene que hacerlo. Si no lo hace... (*Se levanta.*)

SIR ROBERT. - (*Perplejo y abatido.*) ¡Espere un momento! ¿Qué me propuso? ¿Dijo usted que me devolvería esa carta, no es así?

SEÑORA CHEVELEY. - Sí. Queda convenido. Estará en a de las damas, mañana por la noche, a las once y media. Si a esa hora -y a usted le habrán sobrado oportunidades de hacerlo - ha formulado ante en la Cámara de los Comunes la declaración que deseo, le devolveré su carta con mi más amable expresión de gratitud y con el mejor de los cumplidos -o al menos el más adecuado - que se me ocurra. Me propongo hacer juego limpio con usted. Siempre se debe jugar limpio.. cuando se tienen en la mano, los triunfos. El barón me ha enseñado eso... entre otras cosas.

SIR ROBERT. - Es necesario que me dé tiempo para meditar sobre su proposición.

SEÑORA CHEVELEY -¡No! ¡Debe resolverse ahora!

SIR ROBERT. - ¡Deme una semana! ¡Tres días!

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Imposible! ¡Esta noche tengo que telegrafiar a Viena!

SIR ROBERT. - ¡Dios mío! ¿Qué la ha traído a usted a mi vida?

SEÑORA CHEVELEY. - Las circunstancias. (*Se dirige hacia la puerta.*)

SIR ROBERT. - No se vaya. Acepto. El informe será retirado. Concertaré que se me formule una interpelación sobre ese punto.

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. Sabía que llegaríamos a un acuerdo amistoso. Comprendí su temperamento desde un principio. Lo analicé, aunque usted no me adoraba. Y ahora puede usted llamar a mi coche, Sir Robert. Veo que la gente vuelve de la cena, y los ingleses románticos después de una comida, se tornan siempre 1 lo cual me aburre espantosamente. (*Sale Sir Robert. Entran invitados; Lady Chiltern, Lady Markby, Lord Caversham, Lady Basilden, la señora Marchmont, el vicomte de Nanjac, el señor Montford*)

LADY MARKBY. - Bueno, querida señora Cheveley...

Supongo que se habrá divertido. Sir Robert es un hombre muy entretenido..., ¿verdad? ¡Muchísimo! Mi conversación

SEÑORA CHEVELEY- ¡Muchísimo Mi conversación con él me ha proporcionado un inmenso placer.

LADY MARKBY. -Sir Robert ha tenido una carrera brillante e interesantísima. Y se ha casado con la más admirable de las mujeres. Lady Chiltern es una mujer de principios muy elevados, me complazco en decirlo. En lo que a mí respecta, soy ahora un poco vieja para molestarme en ofrecer un buen ejemplo, pero admiro siempre a la gente que lo hace. Y Lady Chiltern. Causa un efecto muy ennoblecedor sobre la vida, aunque sus fiestas sean en ocasiones bastante aburridas. Pero no se puede tener todo. . . , ¿verdad? Y ahora, debo irme, querida. ¿Quiere que pase a buscarla mañana?

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias.

LADY MARKBY. - Podríamos dar un paseo en coche por el parque a las cinco. ¡Todo tiene un aspecto tan fresco en el parque ahora!

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Menos la gente!

LADY MARKBY. - Quizá la gente esté algo agotada. He observado con frecuencia que, a medida que avanza la temporada, se produce en ella algo así como un reblandecimiento cerebral. Sin embargo, cualquier cosa me ce preferible a la alta

presión intelectual. Esto es lo más indecoroso que hay. Agranda tanto las narices de las muchachas ... Y nada es más difícil de casar que una nariz grande: a los hombres eso no les gusta. ¡Buenas noches, querida! (*A Lady Chiltern.*) ¡Buenas noches, Gertrudis! (*Sale del brazo de Lord Caversham.*)

SEÑORA CHEMEY. Qué encantadora casa la suya, Lady Chiltern! He pasado una velada deliciosa. Me ha interesado tanto conocer a su marido...

LADY CHILTERN. - ¿Por qué quería usted conocer a mi marido, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. - Oh ... Le diré. Quería interesarlo en ese proyecto del Canal Argentino, del cual -me atrevo a suponerlo - usted habrá oído hablar. Y su marido ha resultado muy susceptible. . ., susceptible a -las razones, quiero decir. Cosa rara en un hombre. Lo convertí en diez minutos. Mañana por la noche hablará en la Cámara de los Comunes en favor de esa idea. ¡Debemos ir a la gradería de las damas y escucharlo! ¡Será un momento memorable!

LADY CHILTERN. -Debe haber algún error. Es imposible que ese proyecto cuente con el apoyo de mi marido.

SEÑORA CHEVELEY. - Oh... Le aseguro que todo está arreglado. No lamento ya mi aburrido viaje desde Viena. Ha sido un gran éxito. Pero, desde luego, durante las próximas veinticuatro horas el asunto debe ser un riguroso secreto.

LADY CHILTERN. (*Con suavidad.*) ¿Un secreto? ¿Entre quiénes?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con un divertido fulgor en los ojos.*) Entre su marido y yo.

SIR ROBERT. - (*Entrando.*) ¡Su coche está ya aquí, señora Cheveley!

SEÑORA CHEVELEY.- ¡Gracias! ¡Buenas noches, Lady Chiltern! ¡Buenas noches, Lord Goring! Paro en el Claridge's. ¿No cree usted que podrá dejarme una tarjeta?

LORD GORING. - ¡Si así lo desea, señora Cheveley!

SEÑORA CHEVELEY Oh, no lo diga con tono solemne, o me verá obligada a dejarle una tarjeta a usted. En Inglaterra, supongo, eso difícilmente se consideraría *en regle*. En el extranjero somos más civilizados. ¿Me acompaña al coche, Sir Robert? ¡Ahora que ambos tenemos los mismos intereses en el fondo, confío en que seremos buenos amigos!

(Sale del brazo de Sir Robert. Lady Chiltern va hasta el remate de la escalera y los sigue con la mirada mientras bajan. Se advierte que está turbada. A poco se lo unen varios invitados y Lady Chiltern pasa con ellos a otro salón de recepción.)

MABEL. - ¡Qué mujer horrible!

LORD GORING. - Debiera usted irse a la cama, miss Mabel.

MABEL. - ¡Lord Goring!

LORD GORING. - Mi padre me dijo que me fuera a la cama hace una hora. No sé por qué no habría de darle a usted el mismo consejo. Siempre difundo, los buenos consejos. Es lo único que puede hacerse. A nosotros nunca nos sirven de nada.

MABEL. -Lord Goring, usted no hace sino echarme continuamente del salón. Su actitud me parece muy valerosa. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no pienso ir a la cama por espacio de horas *(Se acerca al sofá)* Puede usted sentarse aquí y hablar de todo, salvo de la Real Academia, señora Cheveley o de las novelas en dialecto. No se trata de temas muy provechosos. *(Advierte algo sobre el sofá, semiculto por el almohadón.)* ¿Qué es eso? ¡A alguien se le ha caído un broche de diamantes. Muy hermoso ¿verdad? *(Se lo muestra.)* Ojalá fuese mío...

Pero Gertrudis no me quiere dejar usar sino perlas y yo estoy absolutamente cansada de las perlas. Dan un aspecto tan vulgar, bondadoso e intelectual. . . Me pregunto a quién le pertenecerá el broche ...

LORD GORING. - Yo se a quien se le habrá caído.

MABEL.- Es un hermoso broche.

LORD GORING. - Es un bello brazalete.

MABEL. - No es un brazalete. Es un broche.

LORD GORING. Puede ser usado como brazalete.

(Lo toma de manos de Mabel y, sacando una cartera verde, guarda en él cuidadosamente la joya y vuelve a colocarse la cartera en su bolsillo interior con la más perfecta sangre fría.)

MABEL. - ¿Qué hace usted?

LORD GORING. - Miss Mabel, voy a formularle un pedido bastante extraño.

MABEL. - *(Ansiosamente.)* ¡Oh, hágalo, por favor! Lo estoy esperando desde el principio de la velada.

LORD GORING. - *(Algo tomado de sorpresa, se recupera.)* No le mencione a persona alguna que me ha encargado de este broche. Si alguien escribe y lo reclama, avíseme de inmediato.

MABEL -Extraño pedido.

LORD GORING. - Le diré... Yo le regalé este broche hace años.

¿De veras?

LORD GORING. - Sí. (*Lady Chiltern entra en la sala. Los demás se han ido.*) Le daré ciertamente las buenas ¡Buenas noches, Gertrudís! (*Mutis.*)

LADY CHILTERN- ¡Buenas noches, querida! (*A Lord Goring*) ¿Vio usted a quién trajo Lady Markby esta noche?

LORD GORING. - Sí. Fue una desagradable sorpresa. ¿A qué vino aquí?

LADY CHILTERN- Según parece, para inducir a Robert a apoyar un proyecto fraudulento en que está interesada. El Canal Argentino, para ser más concretos.

LORD GORING- He elegido al hombre menos indicado..., ¿verdad?

LADY CHILTERN.- Es incapaz de comprender un temperamento íntegro como el de mi marido!

LORD GORING. - Sí. Supongo que debe haber fracasado al tratar de apresar en sus redes a Robert. Pasa a ver los sorprendentes errores que suelen conocer las mujeres inteligentes.

LADY CHILTUN. - Yo no llamo inteligentes las mujeres de esa clase. ¡Las llamo estúpidas!

LORD GORING. - Lo cual es lo mismo, a menudo. ¡Buenas noches, Lady Chiltern!

LADY CHILTERN. - ¡Buenas noches! (*Entra Sir Robert.*)

SIR ROBERT. - ¿No pensarás irte, querido Arturo? ¡Quédate un rato!

LORD GORING. - Temo no poder hacerlo, gracias. He prometido asomarme a la fiesta de los Hartlock. Creo que tienen una orquesta húngara, color malva, que toca música húngara malva. Volveremos a vernos pronto. ¡Adiós! (*Sale.*)

SIR ROBERT. - ¡Qué hermosa estás hoy, Gertrudis!

LADY CHILTERN. - Roberto... Eso no es cierto ¿verdad? Tú no piensas prestarle tu apoyo a esa especulación del Canal Argentino... ¡Eso no sería posible!

SIR ROBERT. - (*Sobresaltado.*) ¿Quién te dijo que yo tenía semejante intención?

LADY CHILTERN. - Esa mujer que acaba de salir, la señora Cheveley, según prefiere llamarse ahora a sí misma. Al parecer, quiso insultarme diciéndomelo. Robert, yo conozco a esa mujer. Tú, no. Hemos estado en el colegio juntas. Era mentirosa, deshonesta y ejercía una mala influencia sobre todos aquellos cuya confianza o amistad podía obtener. Yo la odiaba, la despreciaba. Robaba

cosas, era una ladrona. La expulsaron por ladrona. ¿Por qué le permites que ejerza influencia sobre ti?

SIR ROBERT. - Gertrudis, eso que me dices quizá sea cierto, pero ha ocurrido hace muchos años. ¡Más vale olvidarlo! La señora Cheveley puede haber cambiado a partir de entonces. Nadie debe ser juzgado exclusivamente por su pasado.

LADY CRILTERN. - *(Con tristeza.)* Nuestro pasado es lo que somos. Es la única forma como debiera ser juzgada la gente.

SIR ROBERT. - ¡Ésa es una frase despiadada, Gertrudis!

LADY CHILTERN. - Es una frase verídica, Robert. ¿Y qué quiso decir esa mujer al jactarse de que había conseguido tu apoyo, tu nombre, para algo que, según te he oído decir, es la trama más deshonesta y fraudulenta - que jamás se haya presentado en la vida política?

SIR ROBERT. - *(Mordiéndose el labio.)* Mi punto de vista era erróneo. Todos podemos cometer errores.

LADY CHILTERN.- Pero ayer me dijiste que habías recibido el informe de la comisión y que ese informe condenaba el proyecto.

SIR ROBERT. - *(Paseándose.)* Tengo motivos, ahora, para creer que la comisión ha tenido sus prejuicios,

o que, en cualquier caso, ha sido mal informada. Además, Gertrudis, la vida pública y la privada son cosas diferentes. Ambas son regidas por leyes distintas y se mueven siguiendo líneas distintas.

LADY CHILTERN. - Ambas deben representar al hombre en su aspecto culminante. No veo diferencia alguna entre ellas.

SIR ROBERT. - *(Deteniéndose.)* En este caso, en un asunto de política práctica, he cambiado de opinión. Eso es todo.

LADY CHILTERN. - ¿Todo?

SIR ROBERT. - *(Severamente.)* ¡Sí!

LADY CHILTERN. - *(Después de una pausa.)*
¡Robert! Oh... Es horrible el que yo deba formularte semejante pregunta... Robert... ¿Me estás diciendo toda la verdad?

SIR ROBERT. - ¿Por qué me preguntas eso?

LADY CHILTERN. - *(Después de una pausa.)*
¿Porqué no contestas a mi pregunta?

SIR ROBERT. - *(Sentándose.)* Gertrudis, la verdad es cosa muy compleja y la política algo muy complejo. Hay engranajes dentro de los engranajes. Podemos tener contraídas ciertas deudas y tener que pagarlas. Tarde o temprano, en la vida política hay que transar. Todos lo hacen.

LADY CHILTERN. - ¿Transar? ¿Por qué me hablas esta noche de un modo tan distinto al de siempre, Robert? ¿Por qué has cambiado?

SIR ROBERT. - No he cambiado, Pero las circunstancias alteran las cosas.

LADY CHILTERN. -Las circunstancias nunca deben alterar los principios.

SIR ROBERT. - Pero Si yo te dijera ...

LADY CHILTERN. - ¿Qué?

SIR ROBERT. -¿Qué eso era necesario, vitalmente necesario?

LADY CHILTERN. -Nunca puede ser necesario hacerlo que no es honroso o, si fuese necesario..., ¿qué he amado yo hasta ahora? Pero no lo es, Robert: dime que no lo es. ¿Por qué habría de serlo? ¿Qué ganarías con ello? ¿Dinero? ¡No lo necesitamos! Y el dinero que proviene de un origen sucio es una degradación. ¿Poder? Pero el poder, en sí mismo, nada significa. Es el poder de hacer el bien el que es bello..., eso y nada más que eso. ¿Qué ganarías, pues? ¡Robert, dime por qué vas acometer ese acto deshonroso!

SIR ROBERT. - Gertrudis, no tienes derecho a usar esa palabra. Te dije que todo se reducía a una transacción razonable. Nada más que eso.

LADY CHILTERN.- Robert, todo eso les cuadra muy bien a otros hombres, a los hombres que consideran la vida una mezquina especulación; pero no a ti, Robert, no a ti. Tú eres distinto. Durante toda la vida has ocupado un lugar aparte de los demás. Jamás te has dejado mancillar por el mundo. Para éste, como para mí misma, has sido siempre un ideal. ¡Oh! Sigue siendo ese ideal. No aniquiles esa gran herencia, no destruyas esa torre de marfil. Robert, los hombres son capaces de amarlo que está por debajo de ellos, las cosas indignas, mancilladas, deshonradas. Nosotras, las mujeres veneramos al amar; y cuando perdemos nuestra veneración perdemos todo. Oh ... ¡No mates ese amor por ti! ¡No ates!

ROBERT. - ¡Gertrudis!

LADY CHILTREN. - Sé que hay hombres con horribles secretos en sus vidas, hombres que han cometido algún acto vergonzoso y que, en un momento crítico, tienen que pagarlo ejecutando algún otro acto vergonzoso... ¡Oh! ¡No me digas que eres igual a esos hombres! Robert... ¿hay alguna deshonra o vergüenza secreta en tu vida? Dímelo, dímelo inmediatamente, para que...

SIR ROBERT. - ¿Para qué?

LADY CRILTERN. - *(Hablando muy lentamente.)*
Para que nuestras vidas puedan derivar cada cual
per su lado.

STa ROBERT. - ¿Derivar cada cual por su lado?

LADY CHILTERN. - Para que puedan separarse
por completo. Será mejor para ambos.

SIR ROBERT. - Gertrudis, nada hay en mi pasado
que tú no puedas saber.

LADY CHILTERN.- Estaba segura de ellos,
Robert. Estaba segura de ello. Pero... ¿por qué has
dicho esas cosas terribles, esas cosas tan impropias
de tu verdadero yo? No volvamos a hablar de ese
tema. Le escribirás a la señora Cheveley, diciéndole
que no puedes apoyar ese proyecto suyo... ¿verdad?
¡Si se lo has prometido debes retirar tu promesa
¡Eso todo!

ROBERT.- ¿Debo escribir y decirle eso?

LADY CHILTERN.- ¡Claro, Robert! ¿Qué otra
cosa puede hacerse?

SIR ROBERT. - Podría hablar con ella
personalmente. Eso sería mejor.

LADY CHILTERN.- No debes volver a ver a,
Robert. Esa mujer no merece que le dirijas la
palabra. No es digna de hablar con un hombre
como tú. No !Debes escribirle inmediatamente,

ahora, en este mismo, momento, y que tu carta le demuestre cuán irrevocable es tu decisión!

SIR ROBERT -¿Escribirle ahora mismo?

LADY CHILTERN. - Sí.

SIR ROBERT. - Pero es tan tarde... Van a dar las doce.

LADY CHILTERN. - No importa. Esa mujer debe saber de inmediato que se ha equivocado contigo. . y que tú eres un hombre incapaz de cometer un acto vil o clandestino o deshonesto. Escribe aquí, Robert. Escribe que rehusas apoyar ese proyecto, por considerarlo una maquinación deshonesto. Sí: escribe la palabra deshonesto. Ella sabe qué significa eso. *(Sir Robert Chiltern, se sienta y escribe una carta. Su esposa la toma y la lee.)* Sí: esto basta. *(Toca el timbre.)* Y ahora el sobre. *(Sir Robert escribe lentamente la dirección en el sobre. Entra Mason.)* Haga enviar de inmediato esta carta al hoteles. No tiene contestación. *(Mason sale. Lady Clarid Chiltern se arrodilla junto a su marido y lo rodea con sus brazos.)* Robert, el amor nos da un instinto de las cosas. Esta noche adivino que te he salvado de algo que pudo ser un peligro para ti, de algo que pudo haber obligado a los hombres a respetarte menos de lo que te respetan. No creo que comprendas suficientemente, Robert, que has traído

a la vida política de nuestro tiempo una atmósfera más noble, una actitud más bella frente a la vida, un ambiente más libre, de objetivos más puros e ideales más elevados. Yo lo sé: y por eso te amo, Robert.

SIR ROBERT. - ¡Oh! ¡Ámame siempre, Gertrudis! ¡Ámame siempre!

LADY CHILTERN. - Te amaré siempre, porque siempre serás digno de ser amado. ¡Debemos amar necesariamente lo que está más alto, cuando lo vemos! *(Lo besa, se levanta y sale.)*

(Sir Robert se pasea durante unos instantes; luego, se sienta y oculta el rostro entre sus manos. El criado entra y comienza a apagar las luces. Sir Robert alza los ojos.)

SIR ROBERT. - ¡Apague las luces, Mason! ¡Apague las luces!

(El criado apaga las luces. El salón queda casi sumido en la oscuridad. La única luz que resta, llega de la gran araña que pende sobre la escalera e ilumina el tapiz de "El Triunfo del Amor".)

TELON

ACTO II

(ESCENARIO: Sala de recibo matinal, en casa de Sir Robert Chiltern. Lord Goring, vestido con el máximo de elegancia posible, está repantigado en una butaca. Sir Robert, de pie ante la chimenea. Evidentemente, lo domina una gran excitación mental y angustia. Durante el desarrollo de la escena, se pasea nerviosamente por el aposento.)

LORD GORING. - Mi querido Robert, el asunto es muy espinoso, sumamente espinoso. Debiste decírselo todo a tu esposa. Los secretos que se ocultan a las esposas de los demás constituyen un lujo necesario en la vida moderna. Así me lo dice, al menos, en el club, gente lo bastante calva para saberlo. Pero nadie debe ocultarle un secreto a su propia esposa. Ésta lo descubre invariablemente. Las mujeres poseen un instinto maravilloso para

esas cosas. Son capaces de descubrirlo todo, menos lo evidente.

SIR ROBERT. - Arturo, yo no podía decírselo a mi esposa. ¿Cuándo pude haberlo hecho? Esta noche no, en todo caso. Eso habría creado un abismo para toda la vida entre nosotros y yo hubiera perdido el amor de la única mujer del mundo que adoro, de la única mujer que suscitó amor en mí. Anoche, ello habría sido absolutamente imposible. Gertrudis se hubiera apartado de mí horrorizada..., horrorizada y despreciativa.

LORD GORING. - ¿Tan perfecta es Lady Chiltern ?

SIR ROBERT. - Sí; tan perfecta es mi esposa.

LORD GORING. - *(Quitándose el guante de la mano izquierda.)* ¡Qué lástima! Perdona, querido amigo, No he querido decir precisamente eso. Pero si lo que me manifiestas es cierto, me gustaría sostener una seria plática sobre la vida con Lady Chiltern.

SIR ROBERT. - Eso sería completamente inútil.

LORD GORING. - ¿Podría intentarlo?

SIR ROBERT. - Sí; pero nada podría inducirla a alterar sus puntos de vista.

LORD GORING. - Bueno. En el peor de los casos, eso será simplemente un experimento psicológico.

SIR ROBERT. - Todos esos experimentos son terriblemente peligrosos.

LORD GORING - Todo es querido amigo. De ser así, la vida no valdría la pena de ser vivida. Ciertamente, me veo obligado a decirte que, en mi opinión, debiste decírselo hace años.

SIR ROBERT.- ¿Cuándo? ¿Durante nuestro noviazgo? ¿Crees que Gertrudis se hubiera casado conmigo al enterarse de que el origen de mi fortuna es ése, de que la base de mi carrera es ésa, de que he cometido un acto que la mayoría de los hombres considerarían vergonzoso y deshonoroso?

LORD GORING. - Sí; la mayoría de los hombres le aplicarían feos epítetos, No cabe duda.

SIR ROBERT. - (*Con amargura*) Hombres que, a diario, hacen por su parte algo semejante. Hombres que ocultan secretos peores en propias vidas.

LORD GORING. - Es por eso que les gusta tanto descubrir los secretos de los demás. Ello distrae la atención pública de los suyos.

SIR ROBERT. - Y, después de todo. . ¿a quién perjudiqué con lo que hice? A nadie.

LORD GORING. - (*Mirándolo fijamente.*) Salvo a ti mismo, Robert.

SIR ROBERT. - (*Después de una pausa.*) Desde luego, yo poseía una información confidencial sobre cierto negocio proyectado por el gobierno del momento y obré sobre esa base. La información confidencial constituye, prácticamente, el origen de todas las grandes fortunas modernas.

LORD GORING. - (*Golpeándose el botín con el bastón de caña.*) Y el escándalo público, su invariable resultado.

Sin ROBERT. - (*Pasándose.*) Arturo... ¿Crees justo que un acto realizado hace cerca de dieciocho años sea esgrimido ahora contra mí? ¿Crees justo que toda la carrera de un hombre se vea arruinada por una falta cometida casi en la niñez? Yo contaba entonces veintidós años y padecía el doble infortunio de ser de buena familia y pobre, dos cosas hoy imperdonable,. ¿Es justo que un desatino, un pecado de juventud, que los hombres prefieren llamarlo un pecado, destruya una vida como la mía, me ponga en la picota, aniquilando aquello por lo cual he trabajado, todo lo que he construido? ¿Es eso justo, Arturo?

LORD GORING. - La vida nunca es justa, Robert. Y quizás nos beneficie, a la mayoría de nosotros, el que no lo sea.

SIR ROBERT. - Todo hombre ambicioso debe combatir a su siglo con sus propias almas. Lo que adora el siglo, es la riqueza. El Dios de este siglo, es la riqueza. Para triunfar, se la debe poseer. Se la debe poseer a toda costa.

LORD GORING.- Te subestimas, Robert. Sin la riqueza, créenle, habrías triunfado lo mismo.

SIR ROBERT. - Ya viejo, quizás. Perdida ya mi pasión de poder, o cuando no pudiera usarla, Estando ya cansado, exhausto, desengañado. Yo quería mi éxito siendo joven. La juventud es la hora del éxito. No podía esperar.

LORD GORING. - Ciertamente, has logrado tu éxito siendo joven aun. Nadie ha logrado un éxito más brillante en nuestra época. Subsecretario de Relaciones Exteriores a los cuarenta años de edad: creo que eso podría satisfacer a cualquiera.

SIR ROBERT. - ¿Y si ahora me lo arrebatan todo? ¿Si lo pierdo todo en un escándalo horrible? ¿Si me veo expulsado de la vida pública?

LORD GORING. - ¿Cómo pudiste venderte por dinero, Robert?

SIR ROBERT. - *(Con excitación.)* Yo no me vendí por dinero. Compré el éxito a un alto precio. Eso es todo.

LORD GORING. - (*Con gravedad.*) Sí; es indudable que pagaste un alto precio por él; pero. . ., ¿qué te indujo al principio a pensar en semejante acto?

SIR ROBERT. - El barón Arnheim.

LORD GORING. - ¡Maldito bribón!

SIR ROBERT. - No; era un hombre de un intelecto muy sutil y refinado. Un hombre dotado de cultura, encanto y distinción. Uno de los hombres más inteligentes que he conocido.

LORD GORING. - Oh... Prefiero a un caballeresco estúpido en todo momento. Puede decirse en favor de la estupidez más de lo que supone la gente. Personalmente, siento una gran admiración por la estupidez. Supongo que debe impulsarme algo así como un sentimiento de camaradería. Pero ¿cómo lo hizo el barón Arnheim? Cuéntamelo todo.

SIR ROBERT. - (*Dejándose caer en una butaca, junto al escritorio.*) Cierta noche, después de una cena en casa de Lord Radley, el barón comenzó a hablar del éxito en la vida moderna, diciendo que se podía reducir a una ciencia absolutamente definida. Con aquella vez suya dotada de maravillosa fascinación, nos expuso la más terrible de todas las filosofías: la filosofía del poder; nos predicó el más maravilloso de todos los evangelios, el evangelio del oro. Creo que adivinó el

efecto causado en mí por sus palabras, porque algunos días después me escribió, invitándome a visitarlo. El barón Arnheim entonces en Park Lane, en la casa que posee ahora Lord Woolcomb. Recuerdo perfectamente cómo, con una extraña sonrisa sobre sus labios pálidos y curvos, me condujo por entre su maravillosa colección de cuadros, me mostró sus tapices, sus esmaltes, sus joyas, sus marfiles tallados, me asombró con la extraña belleza del lujo en que vivía; y luego, me fijó que el lujo sólo era una atmósfera, una escenografía pintada para una comedia y que el poder, el poder sobre los demás hombres, el poder sobre el mundo, era lo único que valía la pena poseer, el único goce que jamás cansaba y que a nuestro siglo sólo los ricos lo poseían.

LORD GORING. - (*Con gran intención.*) Un credo completamente superficial.

SIR ROBERT. - (*Levantándose.*) Yo no lo creí así entonces. Tampoco lo creo ahora. La riqueza me ha dado un poder enorme. Me ha dado libertad desde los albores mismos de mi vida y la libertad lo es todo. Tú única has sido pobre e ignoras qué es la ambición. No puedes comprender qué maravillosa

oportunidad me dio el barón. Una oportunidad de esas que pocos hombres encuentran.

LORD GORING. - Afortunadamente para ellos, a juzgar por los resultados. Pero cuéntame en forma concreta... ¿Cómo te persuadió, por fin, el barón a... bueno, a hacer lo que hiciste?

SIR ROBERT. - Cuando me mareaba, me dije que, si en alguna oportunidad yo podía proporcionarle una información confidencial de verdadero valor, hacía de mí un hombre muy rico. Me sentí aturdido ante la perspectiva que me exhibió y mi ambición y deseo de poder eran entonces ilimitados. Seis semanas después, ciertos documentos confidenciales pasaron por mis manos.

LORD GORING. - *(Los ojos tenazmente fijos en la alfombra.)* ¿Documentos del Estado?

SIR ROBERT. - Sí. *(Lord Goring suspira, se pasa la mano por la frente y lo mira.)*

LORD GORING. - Nunca hubiera creído que tú, nada menos que tú, podías ser tan débil como para ceder a la tentación que te presentó el barón Arnbeim, Robert.

SIR ROBERT. - ¿Débil? Oh . . . Estoy cansado de oír esa frase. Cansado de usarla con referencia a otros. ¿Débil? ¿Crees realmente que es la debilidad

quien cede a la tentación? Te digo que hay tentaciones terribles, tan terribles que para ceder a ellas se requiere fuerza, fuerza y valor. Jugarse la vida en un solo momento, arriesgarlo todo en una jugada, ya sea nuestro premio el poder o el placer, tanto da, en eso no hay debilidad. Hay un valor, un horrible valor. Yo tuve ese valor. Me senté esa misma tarde y le escribí al barón Arnheim la carta que está ahora en manos de esa mujer. El barón ganó con el negocio tres cuartos de millón.

LORD GORING.- ¿Y tú?

SIR ROBERT. Recibí del barón ciento diez mil libras.

LORD GORING. - Valías más, Robert.

SIR ROBERT. - No; ese dinero me dio exactamente lo que necesitaba, el poder sobre los demás. De inmediato, ingresé en la Cámara de los Comunes. El barón me aconsejó en materia de finanzas, de tiempo en tiempo. Antes de haber transcurrido cinco años, yo había triplicado mi fortuna o poco menos. A partir de entonces, todo lo he tocado ha sido un éxito. En todas las cosas vinculadas con el dinero, he tenido una suerte tan extraordinaria, que por momentos casi he sentido miedo. Recuerdo haber leído en alguna parte, en

algún libro extraño, que cuando los dioses quieren castigarnos satisfacen nuestras plegarias.

LORD GORING. - Pero, dime, Robert... ¿No lamentaste en alguna oportunidad lo que habías hecho?

SIR ROBERT. - No. Tuve la sensación de haber combatido al siglo con sus propias armas y de haber vencido.

LORD GORING. - (*Tristemente.*) Creíste haber vencido.

SIR ROBERT. Así lo creí. (*Después de una larga pausa.*) Arturo... ¿Me desprecias a causa de lo que te he dicho?

LORD GORING. - (*Con profunda emoción en la voz.*) Lo siento mucho por ti, Robert. Muchísimo.

SIR ROBERT. - No diré que sentí remordimiento. Nada de eso. Nada de remordimiento en el sentido ordinario, más bien tonto, de la palabra. Pero he gastado mi dinero en buenas obras, en muchas oportunidades. Tuve la loca esperanza de dejar sin armas al destino. Desde entonces, he distribuido el doble de la suma que me dio el barón Arnheim en obras de caridad pública.

LORD GORING.- (*Mirándolo.*) ¿De caridad pública? ¡Caramba! ¡Cuánto daño debes haber causado, Robert

SIR ROBERT. - ¡Oh! ¡No digas eso, Arturo! ¡No hables así!

LORD GORING. - ¡No hagas caso de mis palabras, Robert! ¡Siempre digo lo que no debo decir. De hecho, digo por lo general lo que pienso realmente. Un gran error, en nuestros días. Eso nos expone tanto a vernos comprendidos... En cuanto concierne a ese terrible asunto, te ayudaré en todo lo que pueda. Desde luego, bien lo sabes.

SIR ROBERT. - Gracias, Arturo. Gracias. Pero... ¿qué puede hacerse? ¿Qué puede hacerse?

LORD GORING. - (*Echándose hacia atrás... con las manos en los bolsillos.*) Te diré... A los ingleses les resulta insoportable el hombre que afirma siempre tener razón, pero les gusta mucho el hombre que reconoce haberse equivocado. Es uno de los mejores rasgos de los ingleses. Con todo, en tu caso, Robert, una confesión de nada serviría. El dinero, si me permites la expresión, es algo engorroso. Además, si confiesas sin ambages todo el asunto, nunca podrás volver a hablar de moral. Y, en Inglaterra, el hombre que no puede hablar de moral

dos veces por semana ante un auditorio vasto, popular e inmoral, está completamente acabado como político serio. No le quedaría más profesión que la botánica o la Iglesia. Una confesión sería inútil. Sería tu ruina.

SIR ROBERT. - Sería mi ruina. Arturo, lo único que puede hacer ahora es luchar.

LORD GORENG. - (*Levantándose.*) Esperaba esas palabras tuyas, Robert; es lo único que puedes hacer. Y debes empezar por contarle a tu esposa toda la verdad.

SIR ROBERT. - No haré tal cosa.

LORD GORING. - Robert, obras mal, créenle.

SIR ROBERT. - No podría hacerlo. Eso mataría su amor por mí. Y, ahora, en cuanto concierne a esa mujer esa señora Cheveley. . . ¿Cómo podría defenderme de ella? Según parece, tú la conociste antes, Arturo.

LORD GORING. - Sí.

SIR ROBERT. - ¿La conociste bien?

LORD GORING. - (*Arreglándose la corbata.*) Tan poco, que me comprometí para casarme con ella en cierta oportunidad, cuando pasaba unos días en la casa de los Tenby. El asunto duró tres días... aproximadamente.

SIR ROBERT. - ¿Por qué se rompió el compromiso?

LORD GORING. - (*Negligentemente.*) Oh... Lo he olvidado. Al menos, eso no importa. A propósito... ¿La has tentado con dinero? Antaño, se moría por el dinero.

SIR ROBERT. - Le ofrecí la suma que quisiera. Rehusó.

LORD GORING. - Eso significa que el maravilloso evangelio del oro suele fracasar. El rico, a fin de cuentas, no puede obtener todo lo que se le antoje.

SIR ROBERT. - Todo, no. Supongo que tienes razón. Arturo, presiento que me espera una deshonra pública. Estoy seguro de ello. Hasta ahora, nunca supe qué es el terror. Ahora lo sé. Es como si nos pusieran una mano de hielo sobre el corazón. Es como si nuestro corazón latiera desesperadamente con ritmo de muerte en algún rincón vacío.

LORD GORING. - (*Descargando un golpe sobre la mesa.*) Robert, debes luchar contra ella. Debes luchar contra ella.

SIR ROBERT. - Pero... ¿como?

LORD GORING. - No puedo decírtelo ahora. No tengo la menor idea. Pero todos poseen algún punto débil. Todos acusamos alguna flaqueza. (*Va hacia la chimenea y se mira en el espejo.*) Mi padre dice que hasta yo tengo defectos. Quizás sea así. No lo sé.

SIR ROBERT. - Al defenderme de la señora Chieveley, tengo derecho a usar cualquier arma que pueda encontrar... ¿No es así?

LORD GORING. - (*Mirándose aún en el espejo.*) En tu lugar, creo que yo no sentiría el menor escrúpulo en hacerlo. La señora Cheveley es perfectamente capaz de defenderse sola.

SIR ROBERT. - (*Se sienta ante la mesa y toma una pluma*) Entonces enviaré un telegrama cifrado de la embajada de Viena, para preguntar si se sabe allí algo contra el. Quizás exista algún escándalo secreto cuya divulgación tema.

LORD GORING. - (*Arreglándose la flor de la solapa.*) Oh... Creo que la señora Cheveley es, precisamente, una de esas mujeres modernas que consideran a un nuevo escándalo tan tentador como un sombrero nuevo y ostentan ambos en el parque, todas las tardes, a las cinco y media. Estoy seguro de que le encantan los escándalos y de que su mayor pena,

actualmente, es no poderlos conseguir en cantidad suficiente.

SIR ROBERT. - (*Escribiendo.*) ¿Por qué dices eso?

LORD GORING. - (*Volviéndose.*) Porque anoche lucía demasiado colorete y demasiado poca ropa. Eso revela siempre desesperación en una mujer.

SIR ROBERT. - (*Haciendo sonar una campanilla.*) Pero vale la pena de que yo telegrafe a Viena... ¿verdad?

LORD GORING. - Siempre vale la pena formular un pregunta, aunque no siempre vale la pena contestar la. (*Entra Mason.*)

SIR ROBERT. - ¿Está el señor Trafford en su habitación?

MASON. - Sí, Sir Robert.

SIR ROBERT. - (*Pone lo escrito en, un sobre, que cierra cuidadosamente.*) Dígale que mande esto en clave inmediatamente. Sin la menor demora.

MASON. - Sí, Sir Robert.

SIR ROBERT. - Ah... Devuélvame eso por un momento. (*Escribe algo en el sobre. Mason sale con la carta.*) La señora Cheveley debió ejercer cierta extraña influencia sobre el barón Arnheim. Me pregunto en qué habrá consistido esa influencia.

LORD GORING. - (*Sonriendo.*) También yo me lo pregunto.

SIR ROBERT. - Libraré con ella un duelo a muerte, con tal de que mi esposa nada sepa.

LORD GORING. - (*Con vehemencia*) Oh. . . . Combátela de todos modos. . . , de todos modos.

SIR ROBERT. - (*Con un gesto de desesperación.*) Si mi esposa lo descubriera, me quedaría poco motivo para seguir luchando. Apenas reciba noticias de Viena, te comunicaré el resultado. Es una posibilidad, nada más que una posibilidad; pero tengo fe en ella. Y así como combatí a la época con sus propias armas, también la combatiré a ella con sus propias armas. Es simplemente justo y ella tiene todo el aspecto de una mujer con un pasado... ¿Verdad?

LORD GORING. - Otro tanto ocurre con la mayoría de las mujeres hermosas. Pero, en materia de pasados, hay una moda, como en materia de vestidos. Quizás el de la señora Cheveley sea tan sólo un pasado ligeramente *décolleté* y los *décolletés* son popularísimos en la actualidad. Además, querido Robert, yo no fincaría muchas esperanzas en la posibilidad de asustar a la señora Cheveley. No creo que la señora Cheveley sea de las que se asustan fácilmente. Ha sobrevivido a todos sus acreedores, y muestra una admirable presencia de ánimo.

SIR ROBERT. - Oh... Ahora vivo de esperanzas. Me aferro a cualquier posibilidad. Tengo la sensación de estar a bordo de un barco que se hunde. Mis pies están rodeados por el agua y hasta el aire está henchido de tempestades. ¡Silencio! Oigo la voz de mi esposa. (*Entra Lady Chiltern en traje de calle.*)

LADY CHILTERN. - Buenas tardes, Lord Goring.

LORD GORING. - ¡Buenas tardes, Lady Chiltern! ¿Ha estado usted en el parque?

LADY CHILTERN. - No; vengo de la Asociación Liberal de Mujeres, donde, por lo demás, Robert, tu nombre fue acogido con estruendosos aplausos, y ahora quiero tomar mi té. (*A Lord Goring.*) Esperará usted y tomará el té. . . , ¿verdad?

LORD GORING. - Esperaré un poco, gracias.

LADY CHILTERN. -Volveré dentro de un momento. Sólo voy a quitarme el sombrero.

LORD GORING. - (*Con su máxima seriedad.*) ¡Oh! ... Le ruego que no lo haga. Es tan lindo.. . Uno de los sombreros más lindos que he visto. Confío en que la Asociación Liberal de Mujeres lo habrá acogido con estruendosos aplausos.

LADY CHILTERN. - *(Con una sonrisa.)* Tenemos entre manos cosas mucho más importantes, que mirarnos mutuamente los sombreros, Lord Goring.

LORD GORING. - ¿De veras? ¿Qué clase de cosas?

LADY CHILTERN. - Bah ... Cosas aburridas, útiles, deliciosas, leyes de fábricas, inspectores femeninos, el proyecto de ley de las ocho horas, el privilegio parlamentario. . . En realidad, todas las cosas que a usted le parecerían totalmente carentes de interés.

LORD GORING. ¿Y nada de sombreros?

LADY CHILTERN. - *(Con fingida indignación.)* Jamás, jamás. *(Lady Chiltern sale por la puerta que lleva a su boudoir.)*

SIR ROBERT. - *(Tomándole la mano a Lord Goring.)* Has sido un buen amigo para mi, Arturo; un amigo realmente bueno.

LORD GORING. - Que yo sepa, hasta ahora no he podido hacer gran cosa en tu favor, Robert. En realidad, no he podido hacer lo más mínimo, por lo visto. Estoy absolutamente decepcionado conmigo mismo.

SIR ROBERT. - Me has permitido que te dijera la verdad. Ya es algo. La verdad me ha causado siempre una sensación de ahogo.

LORD CORING. - ¡Ah! La verdad es algo de que intento liberarme lo antes posible. Una mala costumbre, por lo demás. Me hace muy impopular en el club..., entre los demás socios. Dicen que eso es engreimiento.

Quizás lo sea.

SIR ROBERT. - Ojalá pudiese decir la verdad... vivir la verdad. ¡Ah! Eso es lo mejor que hay en la vida:

(Suspira y va hacia la puerta) Volveré a verte pronto, Arturo. . . , ¿verdad?

LORD GORING. - Ciertamente. Cuando quieras. Esta noche concurriré al Baile de los Solteros, a menos que encuentre algo mejor. Pero vendré aquí mañana por la mañana. Si me necesitas esta noche, envíame unas líneas a la calle Curzon.

SIR ROBERT. - Gracias. *(Cuando va a franquear el umbral, Lady Chiltern vuelve de su boudoir.)*

LADY CHILTERN. - ¿No vienes, Robert?

SIR ROBERT. - Tengo que escribir unas cartas, querida.

LADY CHILTERN. - (*Yendo hacia él.*) Trabajas demasiado, Robert. Nunca pareces pensar en ti mismo y tu aspecto revela tanta fatiga...

SIR ROBERT. - No tiene importancia, querida. No tiene, importancia. (*La besa y sale*)

LADY CHILTERN. - (*A Lord Goring.*) Siéntese. Cuánto me alegro de que nos haya hecho una visita... Quiero hablar con usted de... Bueno, no de sombreros ni de la Asociación Liberal de Mujeres. Se toma usted demasiado interés por el primero de esos temas y harto poco por el segundo.

LORD GORING. - ¿Quería usted hablarme de la señora Cheveley?

LADY CHILTERN. - Sí. Lo ha adivinado. Cuando se fue usted anoche, comprobé que lo dicho por esa mujer era realmente cierto. Desde luego, le hice escribir una carta a Robert de inmediato, retirando su promesa.

LORD GORING- Así me lo hizo comprender Robert.

LADY CHILTERN. - Su cumplimiento habría sido la primera mancha de tina carrera hasta ahora inmaculada. Robert debe estar por encima de toda censura. No es como los demás hombres. No puede permitirse hacer lo que harían los demás. (*Mira a*

Lord Goring, que guarda silencio) ¿No está de acuerdo conmigo? Usted es el mejor amigo de Robert, Lord Goring. Nadie, con mi sola excepción conoce tan bien a Robert, mi marido no tiene para mí y no creo que los tenga para usted.

LORD GORING- Ciertamente, Robert no tiene secretos para mi. Al menos, así lo creo.

LADY CHILTERN -Entonces... ¿No tengo razón, acaso, al valorarlo así? Sé que tengo razón. Pero hábleme con franqueza.

LORD GORING. - (*Mirándola en los ojos.*) ¿Con absoluta franqueza?

LADY CHILTERN. - Claro. Nada tiene usted que ocultarme... ¿No es así?

LORD GORING. -Nada. Pero, mi querida Lady Chiltern... Yo creo, si me permite la expresión, que en la vida práctica...

LADY CHILTERN. - (*Sonriendo.*) De la cual usted sabe tan poco, Lord Goring...

LORD GORING. -De la cual nada sé por experiencia, aunque sí un poco por observación. Creo que, en la vida práctica, hay siempre algo de inescrupuloso en el éxito, en el verdadero éxito, y algo de inescrupuloso en la ambición. Cuando un hombre se ha propuesto en cuerpo y alma llegar a

cierta posición, trepa al cerro, si necesita hacerlo. . . ,
y si tiene que caminar por el fango. . .

LADY CHILTERN. - ¿En ese caso? ...

LORD GORING. - Camina por el fango. Desde
luego, solo hablo en términos generales,
refiriéndome a la vida.

LADY CHILTERN. - (*Con gravedad.*) Así lo espero.
¿Por qué me mira usted de un modo tan extraño,
Lord Goring?

LORD GORING. - Lady Chiltern, he pensado a
veces en que. . . , quizás usted sea un poco
intransigente en algunos de sus puntos de vista
sobre la vida. Creo que a veces usted no hace
suficientes concesiones. En todo temperamento hay
elementos de debilidad, o de algo peor que
debilidad. Supongamos, por ejemplo, que... que un
hombre público, mi padre o Lord Merton o Robert,
le hubiese escrito hace años una carta estúpida a
alguien...

LADY CHILTERN, - ¿Qué entiende usted por
carta estúpida?

LORD GORING. - Una carta que compromete
gravemente nuestra posición. Sólo planteo un caso
imaginario.

LADY CHILTERN. - Robert es tan incapaz de cometer un acto estúpido como lo es de cometer un error.

LORD GORING. - (*Después de una larga pausa.*) Nadie es incapaz de realizar un acto estúpido. Nadie es incapaz de cometer un error.

LADY CHILTERN. - ¿Es usted pesimista? ¿Qué dirán los demás elegantes de Londres? Todos tendrán que guardar luto.

LORD GORING. (*Poniéndose de pie.*) No, Lady Chiltern. No soy pesimista. En realidad, no estoy muy seguro de saber qué significa en realidad el pesimismo. Todo lo que sé es que la vida no puede ser comprendida sin mucha caridad, no puede ser vivida sin mucha caridad. Es el amor y no la filosofía alemana lo que da la explicación auténtica de este mundo, sea cual fuere la explicación del otro. Y si se ve algún día en apuros, Lady Chiltern, confíe absolutamente en mí y le ayudaré en todas las formas posibles. Si me necesita algún día, pídamela mi ayuda y la tendrá. Acuda a mí de inmediato.

LADY CHILTERN. - (*Mirándolo, sorprendida.*) Lord Goring, habla usted con toda seriedad. No creo haberlo oído hablar con seriedad jamás.

LORD GORING. - *(Riendo.)* Debe usted disculparme, Lady Chiltern. Eso no volverá a ocurrir, si puedo evitarlo.

LADY CHILTERN. - Pero es que me agrada verlo serio.

(Entra Mabel Chiltern, luciendo un vestido deslumbrante.)

MABEL. - Querida Gertrudis, no digas algo tan espantoso sobre Lord Goring. La seriedad le sentaría muy mal. ¡Buenas tardes, Lord Goring! Le ruego que sea todo lo trivial posible.

LORD GORING. - Me agradecería serlo, Miss Mabel, pero temo esta un poco falto de adiestramiento esta mañana. Y, además, tengo que marcharme.

MABEL. -¿Cuándo acabo de entrar? ¡Que pésima conducta la suya, Lord Goring! Estoy seguro de que usted ha sido muy mal educado.

LORD GORING. -Así es.

MABEL- ¡Ojalá hubiese podido educarlo yo!

LORD GORING. - Lamento que no haya ocurrido eso.

MABEL. - Supongo que ahora es demasiado tarde...¿verdad?

LORD GORING. - *(Sonriendo.)* No estoy tan seguro.

MABEL. ¿Vendrá a dar su paseo a caballo mañana por la mañana?

LORD GORING. Sí, a las diez.

MABEL. -No lo olvide.

LORD GORING. - Claro está que no lo olvidaré. A propósito, Lady Chiltern... En el «Morning Post» de hoy no figura la lista de sus invitados. Al parecer, esa información ha quedado fuera de sus columnas por culpa del Consejo del Distrito o de la Conferencia de Lambeth o de algo igualmente aburrido. ¿Podría usted proporcionarme una lista? Tengo un motivo especial para pedírselo.

LADY CHILTERN. Tengo la seguridad de que el señor Trafford podrá proporcionarle una.

LORD GORING -Muchas gracias.

MABEL. - Tommy es la persona más útil de Londres.

LORD GORING.- (*Volviéndose hacia ella.*) ¿Y quién es la más decorativa?

MABEL. - (*Triunfalmente.*) Yo.

LORD GORING. - Cuán inteligente de su parte es el haberlo adivinado! (*Toma su sombrero y bastón.*) ¡Adiós, Lady Chiltern! Recordará usted lo que le dije..., ¿verdad ?

LADY CHILTERN. Pero no sé por qué me lo ha dicho.

LORD GORING. -Apenas si lo sé yo mismo. ¡Adiós, Miss Mabel!

MABEL - (*Con leve mueca de decepción.*) Preferiría que usted se quedase. Esta mañana he tenido cuatro aventuras maravillosas: cuatro y media, en realidad. Usted podría quedarse y escuchar mi relato sobre algunas de ellas.

LORD GORING. - ¡Qué egoísmo de su parte el haber tenido cuatro aventuras y media! No habrá quedado lo más mínimo para mí.

MABEL. - No quiero que las tenga. No le harían bien.

LORD GORING. Es la primera vez que me dice usted algo cruel. ¡Cuán deliciosamente lo ha dicho! Mañana a las diez.

MABEL. -En punto.

LORD GORING. - Absolutamente en punto. Pero no traiga al señor Trafford.

MABEL. - (*Meneando apenas la cabeza.*) Desde luego, no traeré a Tommy Trafford. Tommy Trafford está en desgracia.

LORD GORING. - Me encanta saberlo. (*Se inclina y sale.*)

MABEL. - Gertrudis, querría que hablaras con Tommy Trafford.

LADY CHILTERN.- ¿Qué ha hecho esta vez el señor Trafford? Robert dice que es el mejor de los secretarios que nunca haya tenido.

MABEL. -El caso es que Tommy volvió, a declarármeme. En realidad, no hace más que proponerme matrimonio continuamente. Lo hizo anoche en el salón de Música, cuando yo carecía por completo de protección, ya que estaban ejecutando un refinado trío. Demás está decir que no me atreví a darle la más leve réplica. De haberlo hecho, la música habría cesado de inmediato. La gente del reino de la música es tan absurdamente irrazonable... Quieren siempre que estemos absolutamente mudos en el preciso momento en que ansiamos estar absolutamente sordos. Luego, Tommy me propuso matrimonio esta mañana, a plena luz del día, delante de esa espantosa estatua de Aquiles. Realmente, las cosas que ocurren delante de esa obra de arte son aterradoras. La policía debiera intervenir, A la hora de almorzar adiviné en el fulgor de sus ojos que iba a hablarme de matrimonio nuevamente y a duras penas pude contenerlo a tiempo, asegurándole que yo era bimetalista. Afortunadamente, ignoro qué es

el bimetralismo. Y creo que nadie lo sabe, por lo demás. Pero la observación dejó ano nadado a Tommy durante diez minutos. Parecía muy impresionado. Y, además, Tommy es tan fastidioso en su manera de proponer matrimonio... Si lo hiciera con toda su voz no me importaría tanto. Ello podría producir algún efecto en el público. Pero lo hace en forma espantosamente confidencial. Cuando Tommy quiere ser romántico le habla a una como un médico. Siento mucho afecto por Tommy, pero sus métodos para proponer matrimonio son completamente anticuados. Me agradecería que le hablaras, Gertrudis, para decirle que basta perfectamente con que lo haga una vez por semana y que debe hacerlo de modo que llame un poco la atención.

LADY CHILTERN. - Querida Mabel, no hables así. Además, Robert tiene muy alta opinión del señor Trafford. Cree que le espera un brillante porvenir,

MABEL. - Oh... Yo no me casaría con un hombre de porvenir por nada del mundo.

LADY CHILTERN. - Mabel!

MABEL. - Ya lo sé, querida. Tú te casaste con un hombre de porvenir. . ., ¿verdad? Pero Robert era un genio y tú tenías un carácter noble y abnegado.

Tú puedes soportar a los genios. Yo no tengo carácter, y Robert es el único genio a quien podría soportar. Por regla general, me parecen seres absolutamente inaguantables. Los genios hablan tanto. . . ., ¿no es así? ¡Qué mala costumbre! Y siempre piensan en sí mismos, cuando lo que yo deseo es que piensen en mí. Ahora debo ir al ensayo en casa de Lady Basildon. Como recordarás, tendremos cuadros vivos. ¡ El Triunfo de algo, no sé de qué. Confío en que será mi propio triunfo. El único triunfo que me interesa de veras actualmente. *(Besa a Lady Chiltern y sale; luego vuelve corriendo.)* Oh, Gertrudis... ¿Sabes quién viene a verte? ¡Esa terrible señora Cheveley, con un vestido muy bonito! ¿La has invitado?

LADY CHILTERN. - *(Poniéndose de pie.)* ¡La señora y! ¿Viene a verme? ¡Imposible!

MABEL - Te aseguro que está subiendo la escaleras derrochando encantos como la vida misma y ni por asomo tan natural.

LADY CHILTERN.- No debes demorar aquí, Mabel. Recuerda que Lady Basildon te espera.

MABEL. - Tengo que estrecharle la mano a Lady Markby. Es deliciosa. Me gusta que me regañe. *(Entra Mason.)*

MASON. - Lady Markby, la señora Cheveley.
(*Entran Lady Markby y la señora Cheveley.*)

LADY CHILTERN. - (*Avanzando al encuentro de ambas.*) ¡Cuán gentil ha sido usted al visitarme, querida Lady Markby! (*Le estrecha la mano y saluda inclinándose con cierta altanería a la señora Cheveley.*) ¿Quiere usted sentarse, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. ¿No es ésa miss Chiltern? Me agradaría tanto conocerla

LADY CHILTERN. - Mabel, la señora Cheveley desea conocerte. (*Mabel Chiltern saluda con un ligero movimiento de cabeza.*)

SEÑORA CHEVELEY. - (*Sentándose.*) Su vestido me pareció tan encantador anoche, señorita Chiltern. Tan sencillo y... adecuado.

MABEL. - ¿De veras? Se lo diré a mi modista. Será tina sorpresa para ella. ¡Adiós, Lady Markby!

LADY MARKBY.- ¿Se va ya?

MABEL. - Lo siento mucho, pero debo hacerlo. Precisamente, me disponía a concurrir a un ensayo. Tendré que estar cabeza abajo en unos cuadros vivos.

LADY MARKBY. - ¿Cabeza abajo, hija mía? Oh... ¡Espero que no tenga que hacerlo! Eso me parece

perjudicial para la salud. (*Se sienta en el sofá, junto a la señora Cheveley.*)

MABEL. - Pero es para unas excelentes obras de caridad, en beneficio de los Indignos, la única gente que me interesa actualmente. Yo soy la secretaria y Tommy Trafford el tesorero.

SEÑORA CHEVELEY. ¿Y qué es Lord Goring?

MABEL. - ¡Oh! Lord Goring es el presidente.

SEÑORA CHEVELEY. - El cargo le cuadra a las mil maravillas, a menos que se haya echado a perder últimamente.

LADY MARKBY. - (*Reflexionando.*) Es usted sumamente moderna, quizás. Nada es tan peligroso como ser demasiado modernos. Corremos el riesgo de tornarnos anticuados en forma repentina. He conocido muchos ejemplos.

MABEL. - Qué espantosa perspectiva!

LADY MARKBY. - ¡Oh, querida mía! No tiene por qué ponerse nerviosa. Usted será siempre todo lo linda que se puede ser. Ésa es la mejor de las modas que existen y la única que Inglaterra ha logrado imponer.

MABEL. - (*Con una reverencia.*) Muchísimas gracias, Lady Markby, por Inglaterra ... y por mi. (*Sale.*)

LADY MARKBY. - (*Volviéndose hacia Lady Chiltern.*)
Querida Gertrudis, sólo le hemos hecho esta visita para saber si se ha encontrado el broche de diamantes de la señora Cheveley.

LADY CHILTERN. - ¿Aquí?

SEÑORA CHEVELEY.- Sí. Lo eché de menos al volver al Claridge's y pensé que quizá se me hubiese caído aquí.

LADY CHILTERN. - Nada he oído decir al respecto. Pero mandaré por el mayordomo y se lo preguntaré.

(*Toca el timbre.*)

SEÑORA CHEVELEY. - Oh, no se moleste, por favor, Lady Chiltern. Supongo que lo habré perdido en la ópera, antes de venir aquí.

LADY MARKBY. - Oh, sí Supongo que debió ser en la ópera. La verdad es que nos empujamos y atropellamos tanto actualmente, que asombra el que nos quede algo encima al terminar una velada. Yo misma sé que, cuando vuelvo de un salón, tengo la sensación de que no quedado una sola hebra sobre mí, salvo alguna fina hebra de reputación honesta, la estrictamente indispensable para impedir que las clases bajas hagan observaciones penosas por las ventanillas del coche. El caso es que nuestra

sociedad está terriblemente superpoblada. En verdad, alguien debiera concertar un plan adecuado de emigración con ayuda oficial. Eso haría muchísimo bien.

SEÑORA CHEVELEY. - Estoy completamente de acuerdo con usted, Lady Markby. Hace casi seis años que no paso la temporada en Londres y debo confesar que, desde mi última visita, la sociedad acusa una mezcla espantosa. En todas partes se ve la gente más taca.

LADY MARKBY. - Muy cierto, querida. Pero no es forzoso conocerla. Estoy segura de no conocer ni la mitad de la gente que viene a mi casa. En realidad, a juzgar por lo que oigo decir, no me habría gustado conocerla.

(Entra, Mason.)

LADY CHILTERN. - ¿Qué clase de broche perdió usted, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY.- Un broche de diamantes en forma de serpiente, con un rubí, un rubí bastante grande.

LADY MARKBY. - Creí haberle oído decir que, en su parte central, había un zafiro.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Sonriendo.)* No, Lady Markby ... Un rubí.

LADY CHILTERN. - ¿Se ha encontrado un broche de rubí y diamantes en alguna de las habitaciones esta mañana, Jason?

JASON. - No, milady.

SEÑORA CHEVELEY. - Verdaderamente, no tiene importancia, Lady Chiltern. Cuánto lamento haberle causado esta molestia

LADY CHILTERN. - *(Con frialdad.)* Oh... Yo hay tal molestia. Nada más, Mason, Puede traer el té. *(Mason sale.)*

LADY MARKBY. - Francamente, resulta muy fastidioso perder algo. Recuerdo que, hace años, en Bath, se me perdió en el salón de las duchas un hermosísimo brazalete de camafeos que me había regalado Sir John. Creo que, a partir de entonces, Sir John no me ha regalado lo más mínimo. A decir verdad, esa horrible Cámara de los Comunes estropea por completo a nuestros maridos. La Cámara Baja me parece, con mucho, el peor de los golpes asestados a la vida conyugal feliz desde la invención de esa cosa terrible que se llama la Educación Superior de las Mujeres.

LADY CHILTERN. - Oh. Es una herejía decir eso en esta casa, Lady Markby. Robert es un gran cam-

peón de la Educación Superior de las Mujeres. Y temo que yo también.

SEÑORA CHEVELEY. - Lo que me agradecería ver es la educación superior de los hombres. La necesitan tanto

LADY MARKBY. -Efectivamente, querida. Pero temo que semejante plan sería muy poco práctico. No creo que el hombre tenga capacidad alguna de evolución. Ha llegado lo más lejos que podía y eso no ha sido mucho..., ¿verdad? En cuanto concierne a las mujeres, querida Gertrudis, usted pertenece a la generación joven y estoy segura de que eso debe ser perfectamente aceptable si usted lo aprueba. En mis tiempos, desde luego, se nos enseñaba a no comprender lo más mínimo. Ése era el viejo sistema y resultaba maravillosamente interesante. Le aseguro que la cantidad de cosas que nos enseñaron a no comprender a mí y a mi pobre hermana, fue realmente extraordinaria. Pero las mujeres modernas lo comprenden todo, según he oído decir.

SEÑORA CHEVELEY. -Salvo a sus maridos. Eso es lo único que nunca comprende la mujer moderna.

LADY MARKBY. - Y es una suerte, por cierto, querida. Me atrevería a afirmarlo. Muchos hogares

felices podrían quedar destruídos si así no fuese. Demás está decir que no me refiero al suyo, Gertrudis. Se ha casado usted con un marido modelo. Yo querría poder decir otro tanto. Pero desde que Sir John se ha habituado a concurrir con regularidad a los debates, cosa que nunca hacía en los buenos tiempos de antaño, su lenguaje se ha vuelto completamente insufrible. Parece creer siempre que está pronunciando un discurso ante la Cámara, y, por lo tanto, siempre que analiza el estado del obrero agrícola o la Iglesia Galense o cualquiera otra cosa impropia de esa clase, me veo obligada a dejar a los criados de la habitación. No es grato ver a nuestro mayordomo, que nos sirve ya desde hace veintitrés años, sonrojándose junto al aparador, y a los lacayos haciendo contorsiones en los rincones, como gente de circo. Le aseguro a usted que mi vida quedará en ruinas si no envían de inmediato a John a la Cámara Alta. Desde entonces, ya no se interesará para nada por la política..., ¿no lo cree usted así? La Cámara de los Lores es tan razonable... Es una asamblea de caballeros. Pero en su estado actual John me pone realmente a prueba. Esta mañana, sin ir más lejos, antes de promediar el desayuno, se paró sobre la alfombra de la chimenea,

se metió las manos en los bolsillos y exhortó al país a voz en cuello. Abandoné la mesa apenas hube tomado mi segunda taza de té, demás está decir. ¡Pero su violento lenguaje pudo oírse en toda la casa. Confío en que Sir Robert no será así. . . , ¿verdad, Gertrudis?

LADY CHILTERN. - Pero la política me interesa mucho, Lady Markby, Me gusta oírle hablar del asunto a Robert.

LADY MARKBY. - Espero que no sea tan devoto, de los Libros Azules como Sir John. No creo que esos documentos constituyan una lectura provechosa para nadie.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Lánguidamente.*) Jamás he leído un Libro Azul. Prefiero los libros de tapa amarilla.

LADY MARKBY. - (*Amablemente inconsciente.*) El amarillo es un color más alegre..., ¿verdad? Yo usé a menudo el amarillo en mis tiempos y haría otro tanto ahora si Sir John no fuese tan penosamente personal en sus observaciones, y el hombre que habla de vestidos siempre hace el ridículo ¿no es así?

SEÑORA CHEVELEY ¡Oh, no! Creo que los hombres son la única autoridad en materia de vestidos.

LADY MARKBY. ¿De veras? ¡Quién lo diría, con el tipo de sombreros que usan! ¿Verdad? *(Entra el mayordomo, seguido por el lacayo. El té es servido sobre una mesita próxima a Lady Chiltern.)*

LADY CHILTERN. -¿Me permite ofrecerle un poco de té, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. *(El mayordomo le tiende a la señora, Cheveley una taza de té sobre una bandeja.)*

LADY CHILTERN. - ¿Un poco de té, Lady Markby?

LADY MARKBY. - No, gracias, querida. *(Los criados salen.)* El caso Es que he prometido hacer una escapada de diez minutos para visitar a la pobre Lady Brancaster, que está en muy grandes apuros. Su hija, una muchacha espléndidamente educada, se ha comprometido en serio para casarse con un cura del Shropshire. Es algo muy triste, muy triste, por cierto. No puedo comprender esta manía moderna de los curas. En mis tiempos, las muchachas los veíamos correr por el pueblo, naturalmente, como conejos. Pero nunca nos fijábamos en ellos para

nada, como es de suponer. Sin embargo, me dicen que en la actualidad la sociedad rural está repleta de curas. Eso me parece algo muy irreligioso. Y, además, el hijo mayor de Lady Brancaster ha reñido con su padre y se dice que, cuando ambos se encuentran en el club, Lord Brancaster se oculta siempre detrás del artículo financiero del «Times». Con todo, creo que el suceso es muy común en estos tiempos y que debe haber ejemplares extras del «Times, en todos los clubs de la calle de San Jaime; tantos son los hijos que no quieren tener que ver con sus padres y tantos los padres que no quieren hablarles a sus hijos. Personalmente, eso me parece muy lamentable.

SEÑORA CHEVELEY. - También a mi. Los padres podrían aprender tanto de sus hijos, hoy...

LADY MARKBY. - ¿De veras, querida? ¿El qué?

SEÑORA CHEVELEY. - El arte de vivir. La única de las bellas artes auténticas que hemos creado en los tiempos modernos.

LADY MARKBY. - *(Agitando la mano.)* Ah... Temo que Lord Brancaster sabía mucho de eso. Más de lo que supo nunca su pobre esposa. *(Volviéndose hacia Lady Chiltern.)* Usted conoce a Lady Brancaster..., ¿verdad, querida?

LADY CHILTERN. - Muy superficialmente. Lady Brancaster pasaba unos días en Langton, en otoño del año pasado, cuando estábamos allí.

LADY MARKBY. - Pues bien... Como todas las mujeres gordas, Lady Brancaster parece la imagen misma de la felicidad, como sin duda usted lo habrá notado. Pero en su familia hay muchas tragedias, aparte de esa tragedia del cura. Su propia hermana la señora Jekyll, ha tenido una vida muy desdichada: sin culpa alguna de su parte, lamento decirlo. Últimamente estaba tan descorazonada, que ingresó en un convento o en el teatro lírico, no recuerdo bien ya en dónde. No:

crea que se dedicó a aprender el bordado para artes decorativas. Sé que había perdido todo el placer de vivir. (*Levantándose.*) Y ahora, Gertrudis, si me lo permite, dejaré a su cargo a la señora Cheveley y volveré a buscarla dentro de un cuarto de hora o quizás, querida señora Cheveley, a usted no le importe esperarme en el coche mientras saludo a Lady Brancaster. Como me propongo hacer una visita de pésame, no demorará mucho tiempo.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Levantándose.*) No me importa esperar en el coche, siempre que haya quien la mire a una.

LADY MARKBY. - A decir verdad, me han dicho que el cura ronda siempre los alrededores de la casa.

SEÑORA CHEVELEY. - Temo que no me agraden los afectos a las muchachas.

LADY CHILTERN. (*Poniéndose de pie.*) Confío en que la señora Cheveley se quedará un poco. Me gustaría conversar con ella algunos minutos.

SEÑORA CHEVELEY - ¡Qué amable es Usted, Lady Chiltern! Créame que nada podría proporcionarme mayor placer.

LADY MARKBY - No dudo de que ustedes tendrán muchos gratos recuerdos de colegio que evocar. ¡Adiós, querida Gertrudis! ¿La veré esta noche en casa de Lady Bonar? Lady Bonar acaba de descubrir a un nuevo genio maravilloso. Éste hace... nada, según creo. Eso es un gran consuelo... ¿verdad?

LADY CHILTERN. - Robert y yo cenamos solos en casa esta noche y no tengo el propósito de salir, luego. Robert, naturalmente, tendrá que ir a la Cámara. Pero nada habrá de interesante.

LADY MARKBY - ¿Cenar en casa solos? ¿Será eso prudente? Ah... Olvidaba que su marido es una excepción. El mío, es la regla general y nada envejece

con más rapidez a una mujer que el haberse casado con la regla general. *(Sale.)*

SEÑORA CHEVELEY. - Lady Markby es una mujer maravillosa. ¿verdad? Habla más y dice menos que cualquier otra de las personas que conozco. Ha nacido para pronunciar discursos. Mucho más que su marido, a pesar de ser éste un inglés típico, siempre aburrido, a menudo violento.

LADY CHILTERN. - *(No contesta, permaneciendo de pie. Pausa. Los ojos de ambas mujeres se encuentran. Lady Chiltern está severa y pálida. La señora Cheveley, parece más bien divertida.)* Señora Cheveley, creo conveniente decirle con toda franqueza que, de haber sabido realmente quién era usted, no la habría invitado a mi casa anoche.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Con impertinente sonrisa.)* ¿De veras?

LADY CHILTERN. No habría podido hacerlo.

SEÑORA CHEVELEY. Veo que usted no ha cambiado a pesar de los años transcurridos, Gertrudis.

LADY CHILTERN. - Yo nunca cambio.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Enarcando las cejas.)* ¿De modo que la vida nada le ha enseñado?

LADY CHILTERN. - Me ha enseñado que quien ha cometido en determinada ocasión un acto deshonesto y deshonroso, puede volver a cometerlo y debe ser rehuido.

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Le aplicaría usted esa regla a todos?

LADY CHILTERN. - Sí. A todos, sin excepción.

SEÑORA CHEVELEY. - Entonces, lo siento por usted, Gertrudis. Lo siento mucho.

LADY CHILTERN. - Usted comprenderá, sin duda, que por muchas razones es enteramente imposible toda relación ulterior entre nosotras durante su permanencia en Londres.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Echándose atrás en el sillón.*) ¿Sabe una cosa, Gertrudis? No me importa que usted hable un rato de moral. La moral es, simplemente, la actitud que adoptamos con respecto a las personas que nos desagradan personalmente. Yo le desagrado. Estoy segurísima de ello. Por mi parte, la he detestado siempre a usted. Y, sin embargo, he venido a prestarle un servicio.

LADY CHILTERN. - (*Desdeñosamente.*) Como el servicio que quería prestarle anoche a mi marido, supongo.

A Dios gracias, le he ahorrado eso.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Poniéndose de pie.*) ¿Fue usted quien le hizo escribirme esa insolente carta? ¿Fue usted quien lo obligó a desdecirse de su promesa?

LADY CHILTERN. Si

SEÑORA CHEVELEY. - Entonces debe usted hacer que la cumpla. Le doy plazo hasta mañana por la mañana. . no más. Si para entonces su marido no se ha comprometido solemnemente a ayudarme en el gran proyecto en que estoy interesada...

LADY CHILTERN. - Esa especulación fraudulenta...

SEÑORA CHEVELEY. - Llámela como quiera. Tengo a su marido en mi poder y si es usted prudente, lo inducirá a hacer lo que le he dicho.

LADY CHILTERN. - (*Levantándose y yendo hacia ella.*) Es usted impertinente. ¿Qué tiene de común mi marido con usted? ¿Con un., mujer como usted?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con amarga risa*) En este mundo, cada cual se encuentra con un semejante. Si hacemos tan buena pareja con su marido, ello se debe a que también él es tramposo y deshonesto. Entre usted y él. hay abismos. Él y yo, estamos más

próximos que si fuéramos amigos. Somos enemigos ligados el uno al otro. Nos liga el mismo pecado.

LADY CHILTERN. - ¿Cómo se atreve a clasificar a mi marido en la misma categoría que usted? ¿Cómo se atreve a amenazarlo o amenazarme? Retírese de mi casa. Es usted indigna de entrar en ella.

(Sir Robert entra sin ser visto. Oye las últimas palabras de su esposa y ve a quien están dirigidas. Se torna moralmente pálido)

SEÑORA CHILTERN - ¡Su casa! Una casa comprada con el precio de la deshonra. Una casa cuyo contenido ha sido pagado por la estafa. *(Se vuelve y ve a Sir Robert.)* ¡Pregúntele usted su marido cuál es el origen de su fortuna! Haga que le cuente cómo le vendió a un corredor de bolsa un secreto de gabinete. Sepa de sus labios a qué debe usted su posición.

LADY CHILTERN. - ¡Eso no es cierto! ¡Robert! ¡Eso no es cierto!

SEÑORA CHEVELEY. - *(Señalando a Sir Robert con el dedo extendido.)* ¡Mírelo! ¿Puede él negarlo? ¿Se atreve a hacerlo?

SIR ROBERT. - ¡Váyase! ¡Salga ahora mismo de aquí! Ya ha hecho todo el mal que podía hacer.

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Todo el mal? No terminado aún con ustedes, con ninguno de los dos. Les doy plazo hasta mañana al mediodía. Si, entonces, no se ha hecho lo que exijo, el mundo entero sabrá el origen de Robert Chiltern. *(Sir Robert agita una campanilla. Entra Mason.)*

SIR ROBERT. - Acompañe a la puerta a la señora Cheveley.

(La señora Cheveley se sobresalta: luego, se inclina con cortesía algo exagerada ante Lady Chiltern, que no da señal de responder. Citando pasa junto a Sir Robert, parado cerca de la puerta, hace un alto y lo mira en los ojos. Luego, sale, seguida por el criado, que cierra la puerta en pos de sí. Quedan a solas marido y esposa. Lady Chiltern, inmóvil, parece sumida en espantoso sueño. Luego, se vuelve y mira a su marido. Lo mira con ojos extraños, como si lo viera por primera vez.)

LADY CHILTERN. - ¡Has vendido por dinero un secreto de gabinete! ¡Comenzaste tu vida con una deshonra! ¡Edificaste tu carrera sobre la deshonra! ¡Dime que eso no es cierto! ¡Miénteme! ¡Miénteme! ¡Dime que eso no es cierto!

SIR ROBERT. - Lo que dijo esa mujer es absolutamente cierto. Pero escúchame, Gertrudis.

Tú no sabes como fui tentado. Permíteme que te lo cuente todo. (*Va hacia, ella.*)

LADY CHILTERN. No te acerques a mí. No me toques. Tengo la sensación de que me hubieras mancillado para siempre. ¡Oh! ¡Qué máscara has estado usando durante todos estos años! ¡Una horrible máscara pintada! Te vendiste por dinero. ¡Oh! ¡Un vulgar ladrón habría sido preferible! Te pusiste en venta al mejor postor! Te compraron en el mercado. Le mentiste al mundo entero. Y, con todo, no quieres mentirme a mí.

SIR ROBERT. (*Abalanzándose hacia ella.*) ¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

LADY CHILTERN. - (*Repeliéndolo, con las manos tendidas.*) ¡No, no hables! ¡No digas nada! Tu voz despierta terribles recuerdos, recuerdos de cosas que me hicieron amarte, recuerdos de palabras que me hicieron amarte, recuerdos que son horribles ahora para mí. ¡Y cómo te he adorado! Eras para mi algo distinto de la vida corriente, una cosa pura, noble, honesta, sin mácula. El mundo me parecía más hermoso porque tú estabas en él y la bondad parecía algo concreto porque tú vivías. Y ahora... ¡Oh! ¡Cuando pienso que hice de un hombre como tú mi ideal, el ideal de mi vida!

SIR ROBERT. - Ésa fue tu equivocación. Ése fue tu error. El error que cometen todas las mujeres. ¿Por qué no podrán amarnos ustedes las mujeres con nuestros defectos y todo lo demás? ¿Por qué nos colocan en monstruosos pedestales? Todos tenemos pies de arcilla, tanto las mujeres como los hombres; pero cuando los hombres amamos a las mujeres, las amamos conociendo sus debilidades, sus desatinos, sus imperfecciones; las amamos tanto más, quizás, por ese motivo. No es lo perfecto, sino lo imperfecto lo que tiene necesidad de amor. El amor debe venir a curarnos cuando nos hieren nuestras propias manos o las manos de los demás... De no ser así... ¿de qué serviría el amor? El amor debe perdonar todos los pecados, salvo un pecado contra él mismo. El verdadero amor debe perdonar todas las vidas, salvo las vidas sin amor. Así es el amor de un hombre. Es más amplio, más grande, más humano que el de una mujer. Las mujeres creen convertir a los hombres en ideales. Lo que hacen es, simplemente, convertirlos en ídolos. Tú hiciste de mí un falso ídolo y yo no tuve el valor de descender del pedestal, de mostrarte mis heridas, de decirte mis debilidades. Temía perder tu amor, como lo he perdido ahora. ¡Y, por eso, anoche

arruinaste mi vida, sí, la arruinaste! Lo que me pedía esa mujer, nada era comparado -con lo que me ofrecía. Me ofrecía la seguridad, la paz, la estabilidad. El pecado de mi juventud, que yo creía sepultado, resurgía ante mí, repulsivo, horrible, aferrándose la garganta con sus manos. Yo podía haberlo matado para siempre, podía haberlo enviado de regreso a la tumba, destruido su prueba, quemado el único testigo existente contra mí. Tú me lo impediste. Nadie sino tú, bien lo sabes. Y, ahora. ¿qué me espera, sino la ignominia pública, la ruina, una tremenda vergüenza, el escarnio del mundo, una vida solitaria y deshonrosa, una muerte solitaria y deshonrosa, quizás, algún día? ¡Ojalá las mujeres no conviertan más en ideales a los hombres! ¡Ojalá no los pongan sobre altares ni se inclinen ante ellos... o destruirán sus vidas tan completamente como has destruído la mía tú, tú, a quien he amado con tanto frenesí!

(Sale de la habitación. Lady Chiltern se precipita hacia él, pero la puerta ha sido cerrada ya cuando llega a ella. Pálida de angustia, desorientado, impotente, Lady Chiltern desfallece como una planta en el agua. Sus manos tendidas parecen temblar en el aire, como las flores recién brotadas al viento.

UN MARIDO IDEAL

Luego se echa de junto al sofá y (culta el rostro. Sus sollozos parecen los de una niña.)

TELÓN

ACTO III

ESCENARIO: *La biblioteca de la casa de Lord Goring. Un aposento Adam. A la derecha, puerta que da al hall. A la izquierda, la puerta del salón de fumar. Unas puertas plegadizas de foro se abren, sobre la sala de recibo. El fuego está encendido. Philips, el mayordomo, coloca algunos periódicos sobre el escritorio. La característica de Philipps es su impasibilidad. Los entusiastas lo han apodado el Mayordomo ideal. La Esfinge no es tan hermética como él. Es una máscara con buenos modales. Nada sabe la historia de su vida intelectual o emotiva. Representa el dominio de la forma.*

Entra Lord Goring, en traje de noche, con una flor en el ojal.

Está tocado de un sombrero de copa y viste una capa Inverness. De guantes blancos, lleva un bastón Luis XVI. Tiene todos los delicados amaneramientos de la elegancia. Se advierte que está en contacto directo con la vida moderna, la

comprende y por lo tanto la domina. Es el primer filósofo bien vestido da la historia del pensamiento.

LORD GORING. - ¿Me has preparado la segunda flor para el ojal, Phipps?

PHIPPS. - Sí, milord. *(Toma el sombrero, el bastón y la capa de Lord Goring y le presenta una nueva flor en una bandeja.)*

LORD GORING. - Cosa bastante notable, Phipps. Soy la única persona de importancia mínima de Londres que luce una flor en el ojal.

PHIPPS- Sí, milord. Lo he notado.

LORD GORING. - *(Sacando la flor anterior.)* La elegancia, Phipps, es lo que usa uno mismo. Lo no elegante es lo que usan los demás.

PHIPPS - Sí, milord.

LORD GORING. - Así como la vulgaridad es, simplemente, la conducta de los demás.

PHIPPS - Sí, milord.

LORD GORING. - *(Poniéndose la nueva flor en el ojal.)* Y las mentiras, son las verdades de los demás.

PHIPPS. - Sí, milord.

LORD GORING. - Los demás son algo realmente espantoso. La única compañía posible es uno mismo.

PHIPPS. - Sí, milord.

LORD GORING. - Amarse a sí mismo es el principio de un romance susceptible de durar toda la vida, Phipps.

PHIPPS. - Sí, milord.

LORD GORING. - (*Mirándose en el espejo.*) No creas que esta flor me gusta mucho, Phipps. Me vuelve un poco demasiado viejo. Con ella, se diría que estoy en la plenitud de la vida... ¿eh, Phipps?

PHIPPS- No observo alteración alguna en la apariencia de Su Señoría.

LORD GORING. - ¿De veras, Phipps?

PHIPPS - No, milord.

LORD GORING. - No estoy tan seguro. En adelante, prepárame una flor más trivial para los jueves por la noche, Phipps.

PHIPPS - Se lo diré a la florista, milord. Ha sufrido últimamente una pérdida en su familia, lo cual quizá explique la falta de trivialidad de que se queja Su Señoría.

LORD GORING. - ¡Que peculiaridad extraordinaria en las clases bajas de Inglaterra! Pierden constantemente a sus parientes.

PHIPPS. Sí, milord! Son sumamente afortunadas en ese sentido.

LORD GORING. - (*Se vuelve y lo mira. Phipps sigue impasible.*) ¡Hum! ¿Hay cartas, Phipps?

PHIPPS - Tres, milord. (*Se las tiende sobre una bandeja.*)

LORD GORING. (*Toma las cartas.*) Quiero mi cabrioló dentro de veinte minutos.

PHIPPS. - Sí, milord. (*Va hacia la puerta.*)

LORD GORING. - (*Saca la carta que viene en un sobre rosa.*) Hum... ¿Cuándo llegó esta carta, Phipps?

PHIPPS - Fue traída por un mensajero momentos después de haberse marchado al club su Señoría.

LORD GORING. - Está bien. (*Phipps sale.*) La letra de Lady Chiltern, sobre el papel de escribir color rosa de Lady Chiltern. Esto es bastante curioso. Creí que sería Robert. ¿Qué querrá decirme Lady Chiltern? (*Se sienta ante un secreter y abre la carta y la lee*) «Confío en usted. Lo necesito. Iré en su busca. Gertrudis.» (*Deja la carta con aire perplejo. Luego, vuelve a mirarla y la relee lentamente.*) «Confío en usted. Lo necesito. Iré en su busca ¡De modo que ya lo sabe todo! ¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! (*Saca el reloj y lo mira.*) Pero... ¡Qué hora para una visita! ¡Las diez! Tendré que renunciar a mi visita a los Berkshires. Con todo, siempre es agradable ser esperado, no En el Baile de los Solteros no me esperan, de modo que

iré allí, ciertamente. Haré que Gertrudis apoye -, su marido. Es lo único que puede hacer toda mujer-. Es el desarrollo del sentido moral en la mujer lo que hace del matrimonio una institución tan irremediable y unilateral. Las diez. Lady Chiltern no tardará en llegar. Debo decirle a Phipps que sólo estoy en casa para ella.

(Va hacia la campanilla.)

PHIPPS - *(Entrando.)* Lord Caversham.

LORD GORING. - Oh ... ¿Por qué han de aparecer ¡siempre los padres en el momento menos oportuno? Supongo que se tratará de algún extraordinario error de la naturaleza. *(Entra Lord Caversham.)* Encantado de verte, querido papá. *(Va a su encuentro.)*

LORD CAVERSHAM. - Quíteme usted la capa.

LORD GORING. - ¿Vale la pena, papá?

LORD CAVERSHAM. - Naturalmente que sí, caballero. ¿Cuál es la butaca más cómoda?

LORD GORING. - Ésa, papá. Es la que yo uso cuando tengo gente de visita.

LORD CAVERSHAM. - Supongo que en esta habitación habrá corrientes de aire. . . , ¿verdad?

LORD GORING. - No, papá.

LORD CAVERSHAM. - (*Sentándose.*) Me alegro de saberlo. No puedo soportar las corrientes de aire. En casa, no hay corrientes.

LORD GORING. - Hay bastantes brisas, papá.

LORD CAVERSHAM. - ¿Eh? No, entiendo qué quiere decir. Deseo sostener una conversación seria con usted, caballero.

LORD GORING. - ¡Querido papá! ¿A esta hora?

LORD CAVERSHAM. - Pues sólo son las diez. ¿Qué objeción puede usted formularle a la hora? ¡Creo que la hora es admirable!

LORD GORING. - El caso es, papá, que éste no es mi día para conversaciones serias. Lo siento muchísimo, pero no es mi día.

LORD CAVERSHAM. - ¿Qué quiere usted decir, caballero?

LORD GORING. - Durante la temporada, papá, sólo hablo seriamente el primer martes de cada mes, de cuatro a siete.

LORD CAVERSHAM. - Pues supongamos que hoy es martes, caballero. Supongamos que es martes.

LORD GORING. - Pero son las siete pasadas, papá, mi médico dice que no debo sostener conversaciones serias después de las siete. Eso, me hace hablar en sueños.

LORD CAVERSHAM. - ¿Hablar en sueños, caballero? ¿Qué importa eso? Usted no es casado.

LORD GORING. NO, papá. No soy casado.

LORD CAVERSHAM. - ¡Hum! De eso venía a hablarle precisamente, caballero. Usted debe casarse y de inmediato. A su edad, caballero, yo era viudo inconsolable desde hacía tres meses y galanteaba ya a su admirable madre. ¡Caramba, caballero! Su deber es casarse. Usted no puede seguir viviendo eternamente para el placer. Todos los hombres de posición se casan en estos tiempos. Los solteros ya han pasado de moda. Son gente con averías. Se sabe demasiado sobre ellos. Es necesario que se consiga usted una esposa, caballero. Mire hasta dónde ha llegado su amigo Robert Chiltern merced a su probidad, a su duro trabajo y a un matrimonio razonable con una buena mujer. ¿Por qué no imita usted, caballero? ¿Por qué no lo torna por modelo?

LORD GORING. - Creo que lo haré, papá.

LORD CAVERSHAM. - Ojalá lo haga usted. Entonces, seré feliz. Actualmente, la vida de su madre es una perpetua congoja por culpa suya. Es usted cruel, caballero, sumamente cruel.

LORD GORING. - Espero que no, papá.

LORD CAVERSHAM. - Y es hora ya de que se case. Tiene usted treinta y cuatro años, caballero.

LORD GORING. - Sí, papá. Pero sólo confieso treinta y dos treinta y uno y medio cuando tengo en el ojal una flor realmente hermosa. Esta flor no es... lo bastante trivial.

LORD CAVERSHAM. - Le digo que tiene usted treinta y cuatro, caballero. Y, además, en su habitación hay una corriente de aire, lo cual empeora su conducta. ¿Por qué me dijo usted que no había corriente, caballero? Siento una corriente, la siento perfectamente.

LORD GORING. También yo papá. Es una corriente espantosa. Te haré una visita mañana. Podremos hablar de todo lo que quieras. Permíteme que te ayude a ponerte la capa, papá.

LORD CAVERSHAM. -No, caballero. Lo he visitado esta noche con un fin definido y llegaré a él cueste lo que cueste, tanto a mi salud como a la suya. Deje mi capa.

LORD GORING. - Ciertamente, papá. Pero vámonos a otra habitación. *(Tira de la campanilla.)* Hay aquí aire es una corriente de espantosa. *(Entra*

Phipps.) Phipps... ¿Hay encendido un buen fuego en el salón de fumar?

PHIPPS - Sí, milord.

LORD GORING - Entra ahí, papá. Tus estornudos desgarran el corazón.

LORD CAVERSHAM. - ¿Supongo, caballero, que tengo derecho a estornudar cuando se me antoja?

LORD GORING. - *(Con tono de excusa.)* Ni más ni menos, papá. Yo estaba expresándole simplemente mi condolencia.

LORD CAVERSHAM. - ¡Al diablo con la condolencia! Hoy, eso se está usando ya demasiado.

LORD GORING. - Estoy completamente de acuerdo contigo, papá. Sí hubiese menos condolencia en el mundo, habría menos dificultades.

LORD CAVERSHAM. - *(Yendo hacia el salón de fumar)* Eso es una paradoja, caballero. Odio las paradojas.

LORD GORING. - También yo las odio, papá. Todas las personas con quienes nos encontramos hoy, son una paradoja. Eso resulta muy fastidioso, La gente de sociedad resulta así tan trasparente...

LORD CAVERSHAM. - (*Volviéndose y mirando a su hijo por debajo de sus tupidas cejas.*) ¿Entiende usted realmente siempre lo que dice, caballero?

LORD GORING. - (*Después de alguna vacilación.*) Sí, papá, si escucho atentamente.

LORD CAVERSHAM. - (*Indignado.*) ¡Si escucha atentamente! ... ¡Cachorro engreído! (*Se va gruñendo al salón de fumar. Entra Phipps.*)

LORD GORING. - Phipps, una dama vendrá a visitarme esta noche por un asunto privado. Hazla pasar a la sala de recibo cuando llegue. ¿Entiendes ?

PHIPPS - Sí, milord.

LORD GORING. - Es un asunto de la mayor importancia, Philipps.

PHIPPS - Comprendo, milord.

LORD GORING. - No debes dejar entrar a ninguna otra persona, en ningún caso.

PHIPPS - Comprendo, milord. (*Suena la campanilla.*)

LORD GORING. - ¡Ah! Es probable que sea es, a dama. La haré pasar yo mismo.

(*En el preciso momento en que se dirige hacia la puerta, Lord Caversham sale del salón de fumar.*)

LORD CAVERSHAM. - Y bien, caballero... ¿Tengo que hacer antesala para que me atienda?

LORD GORING. - (*Sumamente perplejo.*) Iré dentro de un momento, papá. Excúsame. (*Lord Caversham vuelve al salón de fumar.*) Bueno. Recuerda mis instrucciones, Phipps ... Hazla pasar a esa habitación.

PHIPPS - Sí, milord.

(*Lord Goring entra en el salón de fumar. Harold, el lacayo, hace pasar a la señora Cheveley. Como una lamia, está recubierta de verde y plata. La envuelve una capa de raso negro, con forro de seda del color de la hoja de rosa marchita.*)

HAROLD. - ¿Su nombre, señora?

SEÑORA CHEVELEY. - (*A Phipps, que avanza hacia ella.*) ¿No está Lord Goring? Me habían dicho que se hallaba en casa.

PHIPPS. - Su Señoría está conversando en estos momentos con Lord Caversham, señora. (*Mira con ojos fríos y vidriosos a Harold, que se retira de inmediato.*)

SEÑORA CHEVELEY. - (*Para sí.*) ¡Qué sentimientos filiales!

PHIPPS. - Su Señoría me dijo que la invitara a esperar en la sala de recibo. Tenga usted la bondad de pasar. Su Señoría vendrá a verla allí.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con aire de sorpresa.*) ¿Lord Goring me espera?

PHIPPS- Sí, señora,

SEÑORA CHEVELEY.- ¿Está absolutamente seguro?

PHIPPS. - Su Señoría me dijo que si venía una dama, yo debía hacerla esperar en la sala de recibo. (*Va hacia la puerta de la sala de recibo y la abre.*) Las instrucciones de Su Señoría, en este sentido, han sido muy precisas.

SEÑORA CHEVELEY.- (*Para Sí.*) ¡Qué previsor! Esperar lo inesperado revela un intelecto acabadamente moderno. (*Va hacia la sala de recibo y mira su interior.*) ¡Oh! ¡Qué triste aspecto tiene siempre la sala de recibo de un soltero! Tendré que alterar todo esto. (*Phipps trae la lámpara del secreter.*) No. No le gusta esa lámpara. Su luz es demasiado viva. Encienda unas velas.

PHIPPS - (*Restituyendo la lámpara a su sitio.*) Muy bien, señora.

SEÑORA CHEVELEY. Confío en que las velas tendrán pantallas decorosas.

PHIPPS - Por el momento, señora, no hemos tenido quejas al respecto.

(*Entra en la sala de recibo y comienza a encender las velas.*)

SEÑORA CHEVELEY - (*Para sí.*) Me pregunto a qué mujer espera Lord Goring esta noche. Será delicioso sorprenderlo. Los hombres tienen siempre

un aspecto tan estúpido cuando son sorprendidos... Y lo son siempre. (*Mira a su alrededor y se acerca al secreter.*) ¡Qué habitación interesante! ¡Qué cuadro interesante! Me pregunto cómo será su correspondencia. (*Toma las cartas.*) ¡Oh! ¡Qué correspondencia carente de interés! ¡Cuentas y tarjetas, deudas y viudas! ¿Quién demonios le escribe en papel rosa? ¡Qué tonto es escribir en papel rosa! Eso parece el principio de un romance de ase media. Un romance nunca debiera comenzarla el, con un sentimiento. Debiera comenzar con ciencia y terminar con tina dote. (*Deja la carta; luego, la retoma.*) Es la de Gertrudis Chiltern. La recuerdo perfectamente. Los diez mandamientos en cada rasgo de la pluma y la ley moral en toda la página. ¿Sobre qué le escribirá Gertrudis? Alguna cosa horrible sobre mí, supongo. ¡Cómo detesto a esa mujer! (*La lee*) "*Confío en usted. Lo necesito. Iré en su busca. Gertrudis.*" "*Confío en usted. Lo necesito. Iré en su busca. Gertrudis.*" (*En el semblante de la señora Cheveley aparece una mirada de triunfo. Se dispone a robar la carta, cuando entra Phipps.*) PHIPPS. - Las velas de la sala de recibo están encendidas como me indicó, señora.

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. *(Se levanta presurosamente y desliza la carta debajo de un gran. secador de plata que se halla sobre la mesa.)*

PHIPPS. - Espero que las pantallas serán de su señora. Son las más decorosas que tenemos, las que usa Su Señoría personalmente cuando se viste para la cena.

SEÑORA CHEVELEY, *(Con una sonrisa)* Entonces estoy segura de que deben ser perfectamente adecuadas.

PHIPPS. - *(Con gravedad.)* Gracias, señora.

(La señora Cheveley entra en la sala de recibo. Phipps cierra la puerta y se retira. La puerta se abre con lentitud y la señora Cheveley sale y se desliza furtivamente hacia el secreter. De pronto, se oyen voces que llegan desde el salón de fumar. La señora Cheveley palidece y se detiene. Las voces se oyen con más fuerza y la señora Cheveley vuelve a entrar en la sala de recibo, mordiéndose el labio. Entran Lord Goring y Lord Caversham.)

LORD GORING. - *(En plena discusión.)* Querido padre... Si he de casarme, sin duda dejarás que yo elija el tiempo, el lugar y la persona. Particularmente la persona.

LORD CAVERSHAM. - *(Con tono impertinente.)* Eso es cosa mía, caballero. Usted, probablemente,

elegirla muy mal. Soy yo quien debe ser consultado, no usted. Hay bienes en juego. No es cuestión de afectos. El afecto llega más tarde, en la vida conyugal.

LORD GORING. - Sí. En la vida conyugal, el afecto aparece cuando se siente una absoluta aversión mutua..., ¿verdad? (*Le pone la capa a Lord Caversham.*)

LORD CAVERSHAM. - Ciertamente, caballero. Quiero decir... ciertamente que no, caballero. Esta noche, dice usted verdaderas tonterías. Lo que afirmo es que el matrimonio es cuestión de sentido común.

LORD GORING. - Pero las mujeres con sentido común son tan extrañamente feas... ¿verdad? Desde luego, sólo hablo de oídas.

LORD CAVERSHAM. - Ninguna mujer, fea o bonita, tiene sentido común, caballero. El sentido común es el privilegio de nuestro sexo.

LORD GORING. - Precisamente. Y los hombres somos tan abnegados que nunca lo usamos. . . , ¿verdad, papá?

LORD CAVERSHAM. Yo lo uso, caballero. No uso otra cosa.

LORD GORING. - Así me lo dice mi madre.

LORD CAVERSHAM. - Ése es el secreto de la felicidad de su madre. Es usted muy despiadado, caballero, muy despiadado.

LORD GORING. - Espero que no, papá.

(Sale por un momento. Luego, vuelve, con aire bastante confuso, con Sir Robert Chiltern.)

SIR ROBERT. - ¡Qué suerte he tenido al encontrarte en el umbral, mi querido Arturo! Tu criado acababa de decirme que no estabas en casa. ¡Qué extraordinario es esto!

LORD GORING. - El caso es que esta noche estoy espantosamente ocupado, Robert, y di ordenes de que no estaba para nadie. Hasta mi padre tuvo una acogida relativamente fría. Se estuvo quejando sin cesar de una corriente de aire.

SIR ROBERT. Oh! Para mí, tú debes estar en casa, Arturo. Eres mi mejor amigo. Mañana, quizás seas mi único amigo. Mi esposa lo ha descubierto todo.

LORD GORING. Ah! ¡Lo había adivinado!

SIR ROBERT. - *(Mirándolo.)* ¿De veras? ¿Cómo?

LORD GORING. - *(Después de alguna vacilación.)*

Oh... Simplemente, por algo que advertí en la expresión de tu rostro al verte entrar. ¿Quién se lo dijo?

SIR ROBERT. - La propia señora Cheveley. Y la mujer que amo sabe que he empezado mi carrera

con un acto de vil deshonestidad, que he edificado mi vida sobre las arenas de la vergüenza, que he vendido, como un vulgar buhonero, el secreto que me confiaran como hombre de honor. Le agradezco al cielo el que el pobre Lord Radley haya muerto sin saber que o he traicionado. Ojalá hubiese muerto yo antes de irme tan horriblemente tentado o de haber caído tan bajo. (*Oculto su rostro entre sus manos.*)

LORD GORING. (*Después de una pausa.*) ¿No has sabido nada de Viena, aun, en respuesta a tu telegrama?

SIR ROBERT. - (*Alzando los ojos.*) Sí. He recibido un telegrama del primer secretario esta noche a las ocho.

LORD GORING. ¿Y bien?

SIR ROBERT. - Nada hay, en absoluto, contra ella. Por el contrario, ocupa una posición social bastante elevada. Es secreto a voces que el barón Arnheini le dejó la mayor parte de su inmensa fortuna. Es todo lo que he podido saber.

LORD GORING. - ¿De modo que no ha resultado ser una espía, verdad?

SIR ROBERT. - ¡Oh! Los espías están demás, actualmente. Su profesión es cosa acabada. Los periódicos los substituyen.

LORD GORING. Y lo hacen magníficamente, por cierto.

SIR ROBERT. - Arturo, tengo la garganta reseca. ¿Podría llamar para pedirlo? ¿Un poco de vino del Rin con soda?

LORD GORING. - Naturalmente. Permíteme que llame yo. (*Tira de la campanilla.*)

SIR ROBERT. - Gracias! No sé qué hacer, Arturo. No sé qué hacer y tú eres mi único amigo. Pero ... ¡Qué amigo! El único en quien puedo confiar. Puedo confiar en ti absolutamente. . . , ¿no es así? (*Entra Phipps.*)

LORD GORING. - Desde luego, mi querido Robert. (*A Phipps.*) Traiga un poco de vino del Rin con soda.

PHIPPS. - Sí, milord.

LORD GORING. - ¡Phipps!

PHIPPS. - Sí, milord.

LORD GORING. - ¿Me perdonas un momento, Robert? Tengo que darle unas instrucciones a mi criado.

SIR ROBERT. - Naturalmente.

LORD GORING, - Cuando venga esa dama, dile que esta noche no me esperan en casa. Dile que me

han llamado repentinamente afuera de la ciudad.
¿Entiendes?

PHIPPS. - La dama está en ese cuarto, milord.
Usted me dijo que la hiciera pasar a ese cuarto,
milord.

LORD GORING. - Has hecho muy bien. (*Sale
Phipps.*) ¡Qué situación la mía! Espero poder salir
airosamente de ella. Le echaré un sermón a
Gertrudis a través de la puerta. De todos modos, el
asunto es embarazoso.

SIR ROBERT. - Arturo, dime qué debo hacer. Mi
vida parece haberse desmoronado a mi alrededor.
Soy un barco sin timón en una noche sin estrellas

LORD GORING. - Tú amas a tu esposa, Robert...,
¿no es así?

SIR ROBERT. - La amo por encima de todo.
Antaño, creía que la ambición era lo más grande que
había. No lo es. El amor es lo más grande que hay
en el mundo. No existe más que el amor y yo la
amo. Pero estoy deshonorado a sus ojos. Soy un ser
innoble a sus ojos. Entre nosotros, hay un ancho
abismo. Gertrudis lo sabe todo, Arturo. Lo sabe
todo.

LORD GORING. - ¿No ha cometido alguna vez tu esposa alguna locura, alguna indiscreción. . . , para que no pueda perdonarte tu pecado?

SIR ROBERT. - ¿Mi esposa? ¡Jamás! Ignora qué es la debilidad o la tentación. Yo soy de arcilla, como los demás hombres. Ella está en un lugar aparte, como lo están las mujeres buenas, despiadada en su perfección, fría y severa y sin misericordia. Pero yo la amo, Arturo. No tenemos hijos y no tengo otro ser a quién amar, otro ser que me ame. Si Dios nos hubiese enviado hijos, ella quizás habría sido más bondadosa conmigo. Pero Dios nos ha, dado una casa solitaria. Y ella me ha partido el corazón. No hablemos de ello. He sido ella, esta tarde. Pero supongo que cuando los pecadores hablan con los santos, son siempre brutales. Lo dije cosas horriblemente ciertas, por mi parte, desde mi punto de vista, desde el punto de vista de los hombres. Pero no hablemos de eso.

LORD GORING. - Tu esposa te perdonará, Robert. Quizá te está perdonando en este momento. Te ama, Robert. ¿Por qué no habría de perdonarte?

SIR ROBERT. - ¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera!
(*Oculto el rostro entre sus manos.*) Pero tengo que

decirte algo más, Arturo. (*Entra Phipps con las bebidas.*)

PHIPPS. - (*Tendiéndole el vino y la soda a Sir Robert.*) El vino del Rin y la soda, señor.

SIR IROBERT. - Gracias.

LORD GORING. - ¿Está aquí tu coche, Robert?

SIR ROBERT. - No. He venido a pie del club.

LORD GORING. - Sir Robert usará mi cabriolé, Phipps.

PHILIPPS. - Sí, milord. (*Sale.*)

LORD GORING. - ¿Te molestaría si te pidiese que me dejaras solo, Robert?

SIR ROBERT. - Arturo, debes dejarme permanecer aquí cinco minutos. He resuelto qué haré esta noche en la Cámara. El debate sobre el Canal Argentino empezará a las once. (*Cae una silla en la sala de recibo.*) ¿Qué es eso?

LORD GORING. - Nada.

SIR ROBERT. - He oído caer una silla en el cuarto contigo. Alguien ha estado escuchando.

LORD GORING. - No, no. Allí no hay persona alguna.

SIR ROBERT. - Hay alguien hay luces en la habitación y la puerta está enteramente abierta.

Alguien ha estado escuchando todos los secretos de mi vida. ¿Qué significa eso, Arturo?

LORD GORING. - Robert, estás excitado, nervioso. Te digo que ahí no hay persona alguna. Siéntate, Robert.

SIR ROBERT. - ¿Me das tu palabra de que nadie ha entrado allí?

LORD GORING. - Sí.

SIR ROBERT. - ¿Tu palabra de honor? (*Se sienta.*)

LORD GORING. No, no

SIR ROBERT. - (*Levantándose.*) Arturo, déjame cerciorarme.

LORD GORING. -No, no.

ROBERT. - Si nadie ha entrado ahí -, ¿por qué no he de mirar el interior de esa habitación? Arturo, debes dejarme entrar en esa casa y darme esa satisfacción. Permíteme convencerme de que ningún fisgón ha sabido el secreto de mi vida. Arturo, tú no das cuenta de lo que estoy sufriendo.

LORD GORING. - Robert, esto debe terminar. Te he dicho ya que ahí no hay persona alguna: eso debe bastarte.

SIR ROBERT. - (*Se precipita hacia la puerta de la sala.*) No basta. Insisto en entrar ahí. Ya me has dicho

que ahí no ha entrado nadie y por lo tanto. . ., ¿qué motivo puedes tener para impedirme ver?

LORD GORING - Por amor de Dios, no lo hagas! Ahí hay alguien. Alguien a quien no debes ver,

SIR ROBERT. - ¡Ah! ¡Me lo imaginaba!

LORD GORING - Te prohíbo que entres en esa habitación.

SIR ROBERT. - Apártate. Mi vida está en juego. Y no me importa quién puede estar ahí. Quiero saber a quién le he contado mi secreto y mi vergüenza.

(Entra en la sala de recibo.)

LORD GORING. - ¡Cielo santo? ¡Su propia esposa!

(Vuelve Sir Robert, con un aire de desdén e ira en el semblante.)

SIR ROBERT. - ¿Qué explicación puedes, darme de la presencia de esa mujer aquí?

LORD GORING. - Robert, te juro por mi honor que esa dama es un ser inmaculado y que no es culpable de agravio alguno contra ti.

SIR ROBERT. - ¡Es un ser vil e infame!

LORD GORING. - ¡No digas eso, Robert! Vino por tu bien. Vino para tratar de salvarte. Te ama a ti y a nadie más.

SIR ROBERT. -Estás loco. ¿Qué tengo de común con sus intrigas contigo? ¡Que siga siendo tu amante! Ambos se merecen perfectamente. Ella corrompida y desvergonzada, tú, falso como amigo, traicionero hasta como enemigo.

LORD GORING. - Eso no es verdad, Robert. Ante el cielo te juro que eso no es verdad. En su presencia y en la tuya lo explicaré todo.

SIR ROBERT. -Déjeme pasar, caballero. Me ha mentado usted bastante después de darme su palabra de honor.

(Sir Robert sale. Lord Goring se precipita hacia la puerta de la sala de recibo y la señora Cheveley sale, con aire radiante y muy divertido.)

SEÑORA CHEVELEY.- *(Con burlona reverencia.)*

¡Buenas noches, Lord Goring!

LORD GORING. - ¡La señora Cheveley! ¡Cielo santo! ¿Podría saber qué hacía usted en mi sala de recibo?

SEÑORA CHEVELEY. - Escuchaba, simplemente. Tengo verdadera pasión por escuchar a través de las cerraduras. Siempre se oyen así cosas tan maravillosas...

LORD GORING. - ¿No equivaldría eso a tentar a la Providencia?

SEÑORA CHEVELEY. - Oh Seguramente, la Providencia podrá resistir a la tentación esta vez. (*Le hace seña de que le quite la capa, cosa que él hace.*)

LORD GORING. - Me alegra de que me haya hecho esta visita. Voy a darle un buen consejo.

SEÑORA CHEVELEY. - Oh. . . No lo haga, por favor.

Nunca debe dársele a una mujer algo que no pueda usar de noche.

LORD GORING. - Veo que sigue siendo usted tan obstinada como antes.

SEÑORA CHEVELEY. Michísimo más! He mejorado grandemente. He acumulado más experiencia.

LORD GORING. - Demasiada experiencia es algo peligroso. Sírvase un cigarrillo. La mitad de las mujeres bonitas de Londres fuman cigarrillos. Personalmente a la otra mitad.

SEÑORA CHEVELEY. -Gracias. No fumo. Mi modista no lo aprobaría y el primer deber de una mujer es complacer a su modista..., ¿verdad? En cuanto al segundo, nadie lo ha descubierto aún.

LORD GORING. Ha venido usted a venderme la carta de Robert Chiltern. . ., ¿no es así?

SEÑORA CHEVELEY. -A ofrecérsela en ciertas condiciones. ¿Cómo lo adivinó?

LORD GORING. - Porque usted no mencionó el asunto. ¿La trae consigo?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Sentándose.*) ¡Oh, no! Un vestido bien hecho no tiene bolsillos.

LORD GORING. - ¿Cuál es su precio por ella?

SEÑORA CHEVELEY. - Cuán absurdamente inglés es Usted! Los ingleses creen que una libreta de cheques resuelve todos los problemas de la vida. Pero, mi querido Arturo.. . Tenga en cuenta que posee mucho más dinero que usted y tanto como Robert Chiltern. No es dinero lo que deseo.

LORD GORING. - ¿Qué decía usted, pues, señora Cheveley?

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Por qué no me llama Laura?

LORD GORING. -No me gusta el nombre.

SEÑORA CHEVELEY. - Antaño usted lo adoraba.

LORD GORING. - Sí. Por eso mismo. (La señora Cheveley le indica que se siente a su lado. Él sonríe y así lo hace.)

SEÑORA CHEVELEY - Arturo, usted me amó en un tiempo.

LORD GORING. - Sí.

SEÑORA CHEVELEY. - Y me pidió que fuera su esposa.

LORD GORING.- Eso fue el resultado natural de mi amor por usted.

SEÑORA CHEVELEY. -Y me repudió por haber visto o por haber creído ver que el pobre Lord Mortlake trataba de flirtear violentamente conmigo en el invernáculo de Tenby.

LORD GORING. - Tengo la impresión de que mi abogado solucionó ese asunto con usted en ciertas condiciones... impuestas por usted.

SEÑORA CHEVELEY. - En esa época yo era pobre: usted, rico.

LORD GORING. - Así es. Fue por eso que fingió usted amarme.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Pobre y viejo Lord Mortlake, que sólo tenía dos temas de conversación, su gota y su esposa! Nunca pude distinguir del todo a cuál de los dos se refería. Usaba el más horrible de los lenguajes al hablar de ambos. Lo cierto es que se portó usted como un tonto, Arturo. Lord Mortlake nunca fue para mí más que un pasatiempo. Uno de esos pasatiempos absolutamente aburridos que sólo se encuentran en

una casa de campo inglesa, un domingo rural inglés. No creo que un hombre o una mujer puedan ser moralmente responsables de lo que hacen en una casa de campo inglesa.

LORD GORING. - Sí. Sé de muchísima gente que piensa eso.

SEÑORA CHEVELEY. - Yo lo amaba a usted, Arturo.

LORD GORING. - Mi querida señora Cheveley, usted ha sido siempre demasiado inteligente para saber algo sobre el amor.

SEÑORA CHEVELEY. - Yo lo amaba a usted, Arturo. Y usted me amaba. Usted sabe que me amaba; y el amor es algo realmente maravilloso. Supongo que cuando un hombre ha amado antaño a una mujer, es capaz de hacer por ella cualquier cosa, menos seguir amándola..., ¿no es así? *(Pone su mano sobre la de él.)*

LORD GORING. - *(Retirando su mano tranquilamente.)* Sí. Menos eso.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Después de una pausa.)* Estoy cansada de vivir en el extranjero. Quiero volver a Londres. Quiero instalar aquí una casa encantadora. Quiero tener un salón. Si le pudiera enseñar a hablar a los ingleses y a escuchar a los

irlandeses, la alta sociedad sería aquí absolutamente civilizada. Además, he llegado a la etapa romántica. Al verlo a usted anoche en la casa de los Chiltern, comprendí que usted es la única persona a quien quise, si es que quise alguien, Arturo. De modo que, en la mañana del día en que se case usted conmigo, le daré la carta de Robert Chiltern. Ésa es mi oferta. Se la daré a usted ahora si promete casarse conmigo.

LORD GORING. - ¿Ahora?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Sonriendo.*) Mañana.

LORD GORING. - ¿Habla usted en serio?

SEÑORA CHEVELEY. - Con la mayor seriedad.

LORD GORING. - Yo sería muy mal marido para usted.

SEÑORA CHEVELEY. - No me importan los malos maridos. He tenido dos. Me divirtieron inmensamente.

LORD GORING. - Querrá decir que fue usted quien se divirtió inmensamente.. ., ¿verdad?

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Qué sabe usted de mi vida de casada?

LORD GORING. - Nada; pero puedo leer en ella como en un libro.

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Qué libro?

LORD GORING. - (*Levantándose.*) El Libro de los Números.

SEÑORA CHEVELEY. - ¿Le parece muy encantador de su parte mostrarse grosero con una mujer en su propia casa?

LORD GORING. - En el caso de las mujeres muy fascinadoras, el sexo es un desafío, no una defensa.

SEÑORA CHEVELEY. - Supongo que ha dicho usted eso a manera de cumplido. Mi querido Arturo, a las mujeres nunca las dejan sin armas los cumplidos. A los hombres, siempre. Ésa es la diferencia entre ambos sexos.

LORD GORING. - Las mujeres, que yo sepa, nunca se quedan sin armas por ningún motivo.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Después de una pausa.*) De modo que piensa usted dejar que la vida de su amigo Robert Chiltern quede destruida antes que casarse con una mujer a la cual le quedan aún considerables seducciones... Creí que usted se elevaría a las grandes cumbres de la abnegación, Arturo. Y podría pasar el resto de su vida entregado a la contemplación de sus perfecciones.

LORD GORING. Oh! Ya lo hago actualmente. Y la abnegación es algo que debiera ser penado por la

ley. Es tan desmoralizadora para la gente por quien sacrificarnos... Siempre toma por mal camino.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Cómo si algo pudiese desmoralizar a Robert Chiltern! Parece usted olvidar que conozco su verdadero carácter.

LORD GORING. - Lo que conoce usted, no es su verdadero carácter. Aquello fue un acto de locura cometido en su juventud, deshonroso, lo reconozca, vergonzoso lo reconozco, indigno de él, lo reconozco, y que por eso mismo... no revela su verdadero carácter.

SEÑORA CHEVELEY. Cómo se defienden entre sí ustedes los hombres!

LORD GORING. - ¡Cómo se hacen la guerra ustedes las mujeres!

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con encono.*) Sólo le hago la guerra a una mujer, a Gertrudis Chiltern. La odio. La odio ahora más que nunca.

LORD GORING. - Supongo que será por haber traído a su vida una verdadera tragedia.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con sarcasmo.*) Oh.. . Sólo hay una verdadera tragedia en la vida de la mujer. El hecho de que su pasado es siempre su amante y suturo invariablemente su marido.

LORD GORING. - Lady Chiltern nada sabe del género de vida a que usted alude.

SEÑORA CHEVELEY. - Una mujer que usa guantes número siete y tres cuartos nunca sabe gran cosa de nada. ¿Sabe usted que Gertrudis ha usado siempre el siete y tres cuartos? Ese es uno de los motivos por los cuales nunca hubo afinidad moral entre nosotras Bueno, Arturo. Supongo que esta entrevista romántica debe darse por terminada. Reconocerá usted que ha sido romántica. . . , ¿verdad? Por el privilegio de ser su esposa, yo estaba pronta a pagar un alto precio, la culminación de mi carrera ¿diplomática. Usted rehusa. Perfectamente. Si Sir Robert no apoya mi proyecto del Canal Argentino, lo dejo en descubierto. Voila tout.

LORD GORING. - Usted no debe hacer ese. Sería vil, horrible, infame.

SEÑORA CHEVELLY. - (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Oh! No use grandes palabras. Significan poca cosa. . . Se trata de una transacción comercial. Eso es todo. Es inútil mezclar el sentimentalismo con ella. He ofrecido venderle algo a Robert Chillern. Si no quiere pagarme mi precio, tendrá que

pagarle al mundo un precio mayor. No hay más que decir. -Debo irme.

Adiós. ¿No me estrechará usted la mano?

LORD GORING. - ¿A usted? No. Su transacción con Robert Chiltern podría disculparse aún, como repulsiva transacción comercial de una repulsiva edad comercial; pero parece haber olvidado que usted, que vine aquí esta noche a hablar de amor, usted, cuyos labios profanaron la palabra amor, usted, para quien el amor un libro cerrado y sellado, fue esta tarde a la casa de una de las mujeres más nobles y dulces del mundo para degradar a su marido ante sus ojos, para tratar de matar su amor por él, para verter veneno en su corazón y amargura en su vida, para destruir su ídolo y quizás estropear su alma. Eso no puedo perdonárselo. Ha sido algo horrible. Para eso, no puede haber perdón.

SEÑORA CHEVELEY. Arturo, es usted injusto conmigo. Completamente injusto. Créame. Yo no fui a agraviar a Gertrudis. En absoluto. No tenía la intención de hacerlo cuando entré. Hice una visita con Lady Markby simplemente para preguntar si habían encontrado en casa de los Chiltern un adorno, una joya que se me había perdido en alguna parte la noche anterior. Si no me cree, pregúnteselo

a Lady Markby. Ella le dirá que es cierto. La escena que ocurrió allí, tuvo lugar cuando Lady Markby se hubo marchado y me fue prácticamente impuesta por la grosería y las burlas de Gertrudis. Hice la visita, es cierto -con un poco de malicia si le parece - pero realmente para preguntar si habían hallado un broche de diamantes de mi propiedad. Eso fue el origen de todo.

LORD GORING. - ¿Un broche de diamantes en forma de serpiente, con un rubí?

SEÑORA CHEVELEY. - Sí. ¿Cómo lo sabe?

LORD GORING. - Porque el broche fue encontrado. A decir verdad, lo encontré yo mismo y olvidé estúpidamente decírselo al mayordomo al marcharme. (*Va hacia el secreter y tira, de las gavetas.*) Está en esta gaveta. No, en esta otra. Éste es el broche... ¿no es así? (*Se lo muestra.*)

SEÑORA CHEVELEY. - Sí. Cuánto me alegra recuperarlo... Es... un regalo.

LORD GORING. - ¿Quiere usted ponérselo?

SEÑORA CHEVELEY. - Ciertamente, si usted me lo abrocha. (*Lord Goring se lo sujeta bruscamente sobre el brazo.*) ¿Por qué me lo ha puesto como brazalete? Nunca supe que pudiera usarse como brazalete.

LORD GORING. - ¿De veras?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Estirando su hermoso brazo.*) No tiene muy buen aspecto como brazalete..
., ¿no le parece?

LORD GORING. Sí. Mucho mejor que cuando lo vi última vez.

SEÑORA CHEVELEY. ¿Cuándo lo vio usted por última vez?

LORD GORING. - (*Tranquilamente.*) Hace diez años, en el brazo de Lady Berkshire, a quien usted me lo robó.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Sobresaltada.*) ¿Qué quiere usted decir?

LORD GORING. - Quiero decir que usted le robó este adorno a mi prima Mary Berkshire, a quien se lo regalé cuando se casó. Las sospechas recayeron sobre una infeliz sirvienta, que fue despedida de inmediato, llena de vergüenza. Yo lo reconocí anoche. Resolví no hablar de él mientras no hubiese hallado al ladrón. Lo he hallado ahora y he oído su propia confesión.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Meneando la cabeza.*) No es cierto.

LORD GORING. - Usted sabe que sí. El robo está escrito en su rostro en este preciso momento.

SEÑORA CHEVELEY. - La negaré todo del principio al fin. Diré que jamás he visto ese lamentable objeto, que Jamás ha estado en mi poder. (*La señora Cheveley intenta quitarse el brazalete, pero no lo consigue. Lord Goring mira, divertido. Los finos dedos de la señora Cheveley tiran de la joya inútilmente. Una blasfemia se escapa, de sus labios.*)

LORD GORING. - La dificultad existente cuando se roba un objeto, señora Cheveley, consiste en que nunca se sabe cuan maravilloso es el objeto que se roba. Usted no podrá quitarse ese brazalete, a menos que sepa dónde está el resorte. Y ya veo que no lo sabe. E, bastante difícil de encontrar.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Bruto! ¡Cobarde! (*Trata nuevamente de sacarse el brazalete, sin lograrlo.*)

LORD GORING. - Oh... No use grandes palabras. Significan tan poca cosa.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Vuelve a tirar del brazalete, en un paroxismo de ira, emitiendo sonidos. Luego, cesa en sus esfuerzos mira a Lord Goring.*) ¿Qué piensa hacer?

LORD GORING. - Voy a llamar a mi criado. Es un criado admirable. Siempre acude apenas lo llaman. Cuando venga, le diré que vaya en busca de la policía.

SEÑORA CHEVELEY. - (*Temblando.*) ¿La policía?
¿Para qué?

LORD GORING.- Mañana, los Berkshire la
acusarán a usted criminalmente. Para esa está la
policía,

SEÑORA CHEVELEY. - (*Es torturada ahora por un
terror físico. Su rostro está desfigurado, su boca, torcida. De
su rostro se ha desprendido una máscara. En ese momento,
su aspecto es horrible.*) No haga eso. Haré lo que usted
quiera. Todo lo que quiera.

LORD GORING. - Deme la carta de Robert
Chiltern.

SEÑORA CHEVELEY. - ¡Espere! Espere! Deme
tiempo para pensarlo.

LORD GORING. - Deme la carta de Robert
Chiltern.

SEÑORA CHEVELEY. - No la tengo aquí. Se la
daré mañana.

LORD GORING. - Usted sabe que está mintiendo.
Démela inmediatamente. (*La señora Cheveley saca la
carta y se la tiende. Su palidez es espantosa.*) ¿Es ésta?

SEÑORA CHEVELEY. - (*Con voz ronca.*) Sí.

LORD GORING. - (*Toma la carta, la examina,
suspira, y la quema sobre la lámpara.*) Para ser usted una

mujer tan elegante, señora Cheveley, tiene momentos de admirable sentido común. La felicito.

SEÑORA CHEVELEY. - *(Advierte la carta de Lady Ghiltern, cuyo sobre asoma por debajo del secador.)* Por favor, deme un vaso de agua.

LORD GORING, - Cómo no. *(Va hacia un rincón y sirve un vaso de agua. Mientras está de espaldas, la señora Cheveley roba la carta de Lady Chiltern, cuando Lord Goring vuelve con el vaso, ella lo rechaza con un gesto.)*

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. ¿Me ayuda a ponerme la capa?

LORD GORING. - Con mucho gusto. *(Le pone la capa.)*

SEÑORA CHEVELEY. - Gracias. Jamás trataré ya de dañar a Robert Chiltern.

LORD GORING. - Afortunadamente, no tiene usted la posibilidad de hacerlo, señora Cheveley.

SEÑORA CHEVELEY. - Aunque tuviera algún día esa posibilidad, no lo haría. Por el contrario. Voy a prestarle un gran servicio.

LORD GORING. - Encantado de saberlo. Eso, equivale a una reforma.

SEÑORA CHEVELEY. - Sí. No puedo permitir que un caballero inglés tan honesto, tan honorable, sea engañado tan vergonzosamente y tan ...

LORD GORING. - ¿Y bien?

SEÑORA CHEVELEY. - He advertido que, no se cómo, las últimas palabras y confesión de Gertrudis Chiltern han ido a parar a mi bolsillo.

LORD GORING. - ¿A qué se refiere?

SEÑORA CHEVELEY. - *(Con áspera nota de triunfo en la voz.)* Quiero decir que le enviaré a Robert Chiltern la carta de amor que le escribió a usted su esposa, esta noche.

LORD GORING. - ¿La carta de amor?

SEÑORA CHEVELEY. - *(Riendo.)* "Confío en usted. Lo necesito. Iré en su busca. Gertrudis".

(Lord Goring se lanza hacia el secreter y toma el sobre, lo halla vacío y se vuelve.)

LORD GORING. - ¡Vil mujer! ¿Ha de robar usted constantemente? Devuélvame esa carta. Se la quitaré por la fuerza. Usted no abandonará mi habitación mientras no me la haya devuelto.

(Se abalanza sobre ella, pero la señora Cheveley apoya la mano de inmediato sobre el timbre eléctrico que está sobre la mesa. La campanilla despierta penetrantes ecos y Phipps entra.)

SEÑORA CHEVELEY. - *(Después de una pausa.)*

Lord Goring llamó, simplemente, para que me

acompañara usted a la puerta. ¡Buenas noches, Lord Goring!

(Sale, seguida por Phipps. Su rostro está iluminado por un perverso triunfo. Hay alegría en sus ojos. La juventud parece haber vuelto a ella. Su última mirada, semeja un veloz dardo. Lord Goring se muerde el labio y enciende un cigarrillo.)

TELON

ACTO IV

ESCENARIO: *El mismo del acto II Lord Goring está parado junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos. Parece bastante aburrido.*

LORD GORING. - *(Saca el reloj, lo inspecciona y toca el timbre.)* ¡Qué fastidio! No encuentro con quién hablar en esta casa. Y estoy repleto de informaciones de interés. Me siento como si fuese la última edición de tal o cual órgano. *(Entra un criado.)*

JAMES. - Sir Robert está aún en el Foreign Office, milord.

LORD GORING. - ¿Lady Chiltern no ha bajado todavía ?

JAMES. - Su Señoría no ha salido aún de mi habitación. Miss Mabel acaba de volver de un paseo a caballo.

LORD GORING. - *(Para sí.)* ¡Ah! Eso, ya es algo.

JAMES. - Lord Caversham ha estado esperando durante algún tiempo en la biblioteca a Sir Robert. La dije que Su Señoría estaba aquí.

LORD GORING. - Gracias. ¿Quiere hacer el favor de decirlo que me he marchado?

JAMES. - *(Inclinándose.)* Así lo haré, milord. *(Sale.)*

LORD GORING. - Verdaderamente, no quiero encontrarme con mi padre durante tres días consecutivos. Eso significa demasiada excitación para cualquier hijo. Confío en que no subirá. Los padres no debieran ser vistos ni oídos. Ésa es la única base adecuada para la vida familiar. Las madres son distintas. Las madres son deliciosas. *(Se deja caer en un sillón, toma un periódico y empieza a leerlo. Entra Lord Caversham.)*

LORD CAVERSHAM. ¿Y bien, caballero? ... ¿Qué hace usted aquí? Pierde el tiempo como de costumbre..., ¿verdad?

LORD GORING. - *(Tira el periódico y se levanta.)* Mi querido padre: Cuando se hace una visita, es con el propósito de hacerles perder el tiempo a los demás, no con el de perderlo uno.

LORD CAVERSHAM. ¿Ha meditado usted en lo que le dije anoche?

LORD GORING. - No he pensado en otra cosa.

LORD CAVERSHAM. - ¿Se ha comprometido para casarse, ya?

LORD GORING. - (*Amablemente.*) Todavía no; pero confío en estarlo antes de la hora del almuerzo.

LORD CAVERSHAM. - (*Cáusticamente.*) Puede usted tomarse el tiempo que falta hasta la hora de la cena, si ello le sirve de algo.

LORD GORING. - Muchísimas gracias, pero me parece más probable que esté comprometido antes del almuerzo.

LORD CAVERSHAM. ¡Hum! Nunca sé cuándo habla usted en serio o no.

LORD GORING. - Tampoco yo, papá. (Pausa.)

LORD CAVERSHAM. - ¿Supongo que habrá leído el «Times» esta mañana?

LORD GORING. - (*Con negligencia*) ¿El «Times»? No, por cierto. Sólo he leído el «Morning Post». Todo lo que hay que saber sobre la vida moderna está donde figuran las duquesas: todo lo demás es completamente desmoralizador.

LORD CAVERSHAM. ¿Quiere usted decir que no ha leído el editorial del sobre la carrera de Robert Chiltern?

LORD GORING. - ¡Santo cielo! No. ¿Qué dice ese editorial?

LORD CAVERSHAM. ¿Qué podría decir, caballero? Una serie de cosas lisonjeras, desde luego. El discurso pronunciado anoche por Chiltern sobre el proyecto del Canal Argentino. Fue una de las más hermosas piezas oratorias jamás pronunciadas en la Cámara de los Comunes desde los tiempos de Calining.

LORD GORING. Ah! Nunca escuché a Canning. Nunca quise escucharlo. Y... ¿apoyó Chiltern el proyecto?

LORD CAVERSHAM. - ¿Apoyarlo, caballero? ¡Cuán poco lo conoce usted! Lo atacó en forma franca y con él atacó a todo el sistema de las finanzas políticas modernas. Ese discurso ha constituido el mérito culminante de su carrera, como lo ha señalado el «Times». Debiera usted leer este artículo, caballero. (*Abre «The Times».*) «Sir Robert Chiltern, el más prominente de nuestros estadistas jóvenes... brillante orador... Carrera sin mácula Bien conocida integridad de carácter... Representa lo que hay de mejor en la vida pública inglesa ... Noble contraste con la relajada moral tan común entre los políticos extranjeros. Jamás dirán otro tanto de usted, caballero.

LORD GORING. - Así lo espero sinceramente, papá. Con todo, me encanta lo que me dice usted de Robert: me encanta de veras. Eso revela que tiene coraje.

LORD CAVERSHAM. - Tiene algo más que coraje, caballero: tiene genio.

LORD GORING. ¡Oh! Prefiero el coraje. Hoy no es tan común como el genio.

LORD CAVERSHAM. - Querría verlo a usted en el Parlamento.

LORD GORING. - Querido padre, sólo la gente de aspecto aburrido llega a la Cámara de los Comunes y sólo la gente que es aburrída triunfa en ella.

LORD CAVERSHAM. - ¿Por qué no trata usted de hacer algo útil en la vida?

LORD GORING. Soy demasiado joven.

LORD CAVERSHAM. (*Con impertinencia.*) Detesto esa afectación de juventud. Está difundida actualmente en forma excesiva.

LORD GORING. - La juventud no es una afectación.

b La juventud es un arte.

LORD CAVERSHAM. - ¿Por qué no le propone matrimonio a esa linda miss Chiltern?

LORD GORING. - Soy de un temperamento nervioso, sobre todo esta mañana.

LORD CAVERSHAM. - No creo que exista la menor probabilidad de que ella lo acepte.

LORD GORING. - Ignoro cómo están hoy las apuestas.

LORD CAVERSHAM. - Si ella lo aceptara, sería la tonta más linda de Inglaterra.

LORD GORING. Es precisamente el tipo de mujer con quien me agradecería casarme. Una mujer completamente razonable me reduciría a un estado de absoluta idiotez en menos de seis meses..

LORD CAVERSHAM. - Usted no se la merece, caballero.

LORD GORING. - Mi querido padre, si los hombres nos casáramos con las mujeres que nos merecemos, lo pasaríamos muy mal. (*Entra Mabel Chiltern.*)

MABEL. Oh!... ¿Cómo está usted, Lord Caversham? ¿Supongo que Lady Caversham estará perfectamente?

LORD CAVERSHAM. - Lady Caversham está como siempre.. ., como siempre.

LORD GORING. - ¡Buenos días, miss Mabel

MABEL. - (*Sin fijarse para nada en Lord Goring y dirigiéndose exclusivamente a Lord, Caversham.*) ¿Y los sombreros de Lady Caversham... han mejorado algo?

LORD CAVERSHAM. - Han sufrido, lamento decirlo, una seria recaída.

LORD GORING. - Buenos días, miss Mabel.

MABEL. - (*A Lord Caversham.*) Confío en que no falta una operación.

LORD CAVERSHAM. (*Sonriendo ante el descaro de Mabel.*) Si hace falta, tendremos que darle un narcótico a Lady Caversham. De otro modo, ella nunca consentiría en que le tocaran una pluma.

LORD GORING. - (*Con mayor énfasis.*) ¡Buenos días, miss Mabel!

MABEL. - (*Volviéndose con fingida sorpresa*) ¡Ah! ¿Estaba usted aquí? Naturalmente, usted comprenderá que después de haber faltado a su cita jamás volveré a dirigirle la palabra.

LORD GORING. - Oh ... Por favor, no diga eso. Es usted la única persona de Londres por quien me gusta ser escuchado.

MABEL. - Lord Goring, jamás creo una sola palabra de lo que usted y yo nos decimos mutuamente.

LORD CAVERSHAM. - Tiene usted mucha razón, querida; mucha razón en cuanto concierne a él quiero decir.

MABEL. - ¿Cree usted poder inducir a su hija a portarse un poco mejor de vez en cuando? Nada más que por variar.

LORD CAVERSHAM. - Lamento decirle, miss Chiltern, que no tengo la menor influencia sobre mi hijo. Ojalá la tuviese. Si así fuera, ya sé qué le haría hacer.

MABEL. - Temo que Lord Goring tiene uno de esos temperamentos espantosamente débiles sobre los cuales es imposible ejercer influencia.

LORD CAVERSHAM. Es muy despiadado, muy despiadado.

LORD GORING. Me parece que estoy estorbando un poco aquí

MABEL. Le conviene mucho estorbar y enterarse de lo que dice de usted la gente a sus espaldas.

LORD GORING. No me gusta, en absoluto, enterarme que dice de mí la gente a mis espaldas. Eso me vuelve demasiado engreído.

LORD CAVERSHAM. - Después de esto, querida mía, tengo que despedirme de usted, realmente.

MABEL- ¡Oh! Supongo que no pensará dejarme Lord Goring. Sobre todo a una hora tan temprana

LORD CAVERSHAM. - Temo no poder llevármelo a Downing Street. Hoy no es el día en que el primer ministro pasa revista a los desocupados. *(Le estrecha Mabel, toma su sombrero y su bastón y sale después a dirigirle una última mirada de cólera e indignación a Lord Goring.)*

MABEL- *(Comienza a arreglar unas rosas en un florero de la mesa.)* La gente que no cumple con sus compromisos en el parque, me parece horrible.

LORD GORING. - Detestable.

MABEL- Me alegro de que lo reconozca. Pero me gustaría que no pareciera usted tan satisfecho de ello.

LORD GORING. - No puedo remediarlo. Siempre tengo un aire satisfecho cuando estoy con usted.

MABEL *(Con tristeza.)* ¿De modo que, a lo que deber es quedarme en su compañía?

LORD GORING. Naturalmente

MABEL - A decir verdad, el deber es algo que nunca hago, por principio. Me deprime siempre. Por lo tanto, temo tener que abandonarlo.

LORD GORING. - Le ruego que no lo haga, miss Mabel. Tengo algo muy privado que decirle.

MABEL (*Extática.*) ¡Oh! ¿Se tratará de una proposición matrimonial?

LORD GORING. (*Algo tomado de sorpresa.*) Este... a de eso. Me veo obligado a decirlo.

MABEL (*Con un suspiro de placer.*) ¡Cuánto me alegro, es la segunda de hoy.

LORD GORING. (*Indignado.*) ¿La segunda de hoy? ¿Qué asno presuntuoso ha tenido la impertinencia de le matrimonio antes de que se lo propusiera yo?

MABEL. -Tommy Trafford, desde luego. Es uno de los días en que Tommy acostumbra a proponerme matrimonio. Siempre lo hace los martes y jueves, durante la temporada.

LORD GORING. - Supongo que usted no lo habrá aceptado. . ., ¿verdad?

MABEL. -Me he impuesto la norma de no aceptar jamás a Tommy. Es por eso que me sigue proponiendo matrimonio. Naturalmente, como usted no vino esta mañana, poco faltó para decirle que sí. Eso habría sido una buena lección para él y para usted. Les habría enseñado a ambos a portarse mejor.

LORD GORING. - Oh... Ese engorro de Tommy Trafford ... Tommy es un joven asno. Yo la amo, Mabel.

MABEL. - Lo sé. Y creo que pudo haberlo dicho antes. Estoy segura de haberle dado muchísimas oportunidades.

LORD GORING. - Mabel, sea usted seria. Le ruego que sea seria.

MABEL. Oh! Eso es lo que le dice siempre un hombre a una muchacha antes de casarse con ella. Luego, jamás se lo vuelve a decir.

LORD GORING. - (*Tomándole la mano.*) Mabel, le he dicho que la amo. ¿No puede usted amarme un poco, a cambio de eso?

MABEL. Tonto! Si usted supiera algo de algo, cosa que ignora, sabría que yo lo adoro. Todos lo saben en Londres, menos usted. El modo cómo yo lo adoro es un escándalo público. Durante estos últimos seis meses le he estado contando a todo el mundo en nuestra sociedad cómo lo adoro. No sé si usted se dignará decirme algo. A mí no me queda ya carácter en absoluto. Al menos, me siento tan feliz que estoy completamente segura de no tener ya carácter.

LORD GORING. (*La toma en sus brazos y la besa. Hay una pausa de bienaventuranza.*) ¡Querida! ¿Sabes que yo sentía muchísimo miedo de que me dijeras que no?

MABEL. - (*Mirándolo.*) Pero a ti nadie te ha dicho aún que no. .., ¿verdad, Arturo? No puedo imaginarme a una mujer que te rechace.

LORD GORING. - (*Después de volver a besarla.*) Desde luego, Mabel, no soy ni aun aproximadamente lo bastante bueno para ti.

MABEL. - (*Acurrucándose contra él.*) Cuánto me alegro, querido... Temí que lo fueras.

LORD GORING. - (*Después de cierta vacilación.*) Y tengo... algo más de treinta años.

MABEL. - Querido, pareces tener algunas semanas menos.

LORD GORING. - (*Con entusiasmo.*) ¡Cuán amable eres al decirlo! ... Y será simplemente justo decirte, con franqueza, que soy espantosamente extravagante.

MABEL. - Pero si también yo lo soy, Arturo. De modo que armonizaremos, sin la menor duda. Y ahora tengo que ir a ver a Gertrudis.

LORD GORING. - ¿Es forzoso que lo hagas? (*La besa.*)

MABEL. - Sí.

LORD GORING. - Entonces, dile que necesito hablarle en privado. Me he pasado la mañana aquí, esperándola a ella o a Robert.

MABEL. - ¿Quieres decir que no viniste aquí expresamente para proponerme matrimonio?

LORD GORING. - (*Triunfalmente*) No: eso fue un rasgo de genio.

MABEL. - El primero que has tenido.

LORD GORING. - (*Con decisión.*) El último.

MABEL. - Me encanta saberlo. Ahora no te muevas. Volveré dentro de cinco minutos. Y no caigas en tentaciones de ninguna especie durante mi ausencia.

LORD GORING. - Querida Mabel, cuando estás ausente, no las hay. Eso me hace depender horriblemente de ti. (*Entra Lady Chiltern.*)

LADY CHILTERN. - ¡Buenos días, querida! ¡Qué linda estás!

MABEL. - ¡Qué pálida te veo, Gertrudis! ¡Te sienta muy bien!

LADY CHILTERN. - ¡Buenos días, Lord Goring

LORD GORING. - (*Inclinándose.*) ¡Buenos días, Lady Chiltern

MABEL. - (*Aparte, a Lord Goring.*) Estaré en el invernáculo, bajo la segunda palma de la izquierda.

LORD GORING. - ¿La segunda de la izquierda?

MABEL. - (*Con mirada de fingida sorpresa.*) Sí. La de siempre. (*Le manda un beso, sin ser vista por Lady Chiltern, y sale.*)

LORD GORING. - Lady Chiltern, tengo cierta cantidad de buenas noticias que darle. La señora Cheveley me entregó anoche la carta de Robert y la he quemado. Robert está a salvo.

LADY CHILTERN. - (*Dejándose mecer en el sofá.*) ¡A salvo! ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de saberlo! Qué buen amigo es usted para él.. ., para nosotros!

LORD GORING. - Sólo queda ahora una persona de quien se pueda decir que corre cierto peligro.

LADY CHILTERN. -¿Quién?

LORD GORING. - (*Sentándose junto a ella.*) Usted.

LADY CHILTERN. - ¡Yo! ¿En peligro? ¿Qué quiere usted decir?

LORD GORING. - Peligro es una palabra demasiado fuerte. No debí usarla. Pero reconozco que debo decirle algo susceptible de afligirla, que me aflige muchísimo a mí mismo. En la tarde de ayer escribió usted una carta muy hermosa, femenina, pidiendo mi ayuda. Me la escribió como a uno de sus más viejos amigos, como a uno de los más viejos amigos de su marido. La señora Cheveley robó esa carta de mis habitaciones.

LADY CHILTERN. Y bien ... ¿De qué le servirá? ¿Por qué no habría de tenerla?

LORD GORING. - (*Poniéndose de pie.*) Lady Chiltern, le hablaré con toda franqueza. La señora Cheveley le da cierta interpretación a esa carta y se propone enviársela a su marido.

LADY CHILTERN. -Pero... ¿qué interpretación podría darle. ? ¡Oh! ¡Eso, no! ¡Eso, no! Si yo en... en apuros y necesitando su ayuda, confiando en usted, me propongo ir a verlo... para que usted pueda aconsejarme... ayudarme ... ¡Oh! ¿Existen mujeres tan horribles...? Y se propone enviarle la carta a mi marido? Cuénteme qué ha pasado. Cuénteme todo lo que ha pasado.

LORD GORING. - La señora Cheveley estaba oculta en un aposento contiguo a mi biblioteca, sin mi conocimiento. Creí que quien me esperaba allí era usted. Robert llegó inesperadamente. En el aposento cayó una silla o algo así. Robert penetró allí por la fuerza y la descubrió. Tuvimos una escena terrible. Yo seguía creyendo que quien estaba en la habitación era usted. Robert se fue, furioso conmigo. Finalmente, la señora Cheveley entró en posesión de la carta escrita por usted. . ., la robó: no sé cuándo ni cómo.

LADY CHILTERN. - ¿A qué hora sucedió eso?

LORD GORING. - A las diez y media. Y ahora propongo que se lo digamos todo a Robert.

LADY CHILTERN. - (*Mirándolo con una sorpresa que es casi terror.*) ¿Quiero usted que yo le diga a Robert que la mujer esperada por usted no era la señora Cheveley, sino yo? ¿Que era yo a quien creía usted encerrada en un aposento de su casa, a las diez y media de la noche? ¿Quiere usted que yo le diga eso?

LORD GORING. -Creo preferible que Robert sepa la verdad exacta.

LADY CHILTERN. - ¡Oh! ¡Yo no podría! ¡No podría!

LORD GORING ¿Puedo hacerlo yo?

LADY CHILTERN -No.

LORD GORING. (*Con gravedad.*) Obra usted equivocadamente, Lady Chiltern.

LADY CHILTERN. - No. La carta debe ser interceptada. Eso es todo. Pero... ¿cómo hacerlo? Las cartas llegan a poder de Robert en cualquier momento del día. Sus secretarios las abren y se las dan. No me atrevo a pedirle a los criados que me traigan las cartas de Robert. Eso sería imposible. ¡Oh... ! ¿Por qué no me dice usted qué puedo hacer?

LORD GORING. -Le ruego que se calme, Lady Chiltern, y que responda a las preguntas que le voy a formular. Dijo usted que los secretarios de Robert abren Sus cartas.

LADY CHILTERN. - Sí.

LORD GORING. - ¿Quién está con él hoy? El señor Trafford..., ¿no es así?

LADY CHILTERN. - No. El señor Montford, me parece.

LORD GORING. - ¿Puede usted confiar en él?

LADY CHILTERN. - (*Con gesto de desesperación.*)
¡Oh! ¿Cómo podría saberlo?

LORD GORING. - Montford haría lo que usted le pidiera. . ., ¿verdad?

LADY CHILTERN. - Así lo creo.

LORD GORING. - Su carta estaba en papel rosa. Montford podría reconocerla sin haberla leído. . ¿verdad? Por el color...

LADY CHILTERN. Supongo que sí.

LORD GORING. - ¿Está Montford en la casa ahora?

LADY CHILTERN. - Sí.

LORD GORING. - Entonces iré a verlo yo mismo y le diré que le será remitida hoy a Robert cierta carta escrita en papel rosa y que esa carta no debe

llegar a su poder de ninguna manera. (*Va hacia la puerta y la abre.*) ¡Oh! Robert sube por la escalera con la carta en la mano. Ha llegado ya a su poder.

LADY CHILTERN. (*Con un grito de dolor.*) ¡Oh! Le ha salvado usted la vida. ¿Qué ha hecho usted de la mía? (*Entra Sir Robert. Tiene la carta en la mano y la está leyendo. Va hacia su esposa, sin advertir la presencia de Lord Goring.*)

SIR ROBERT. - «Confío en ti. Te necesito. Iré en tu busca. Gertrudis» ¹¡Oh, amor mío! ¿Es verdad esto? ¿Confías realmente en mí y me necesitas? Si es así, soy yo quien debe ir en tu busca y no tú en la mía. Esta carta tuya, Gertrudis, me hace sentir que nada de lo que pueda hacerme el mundo es capaz de herirme. Tú me necesitas, Gertrudis. (*Lord Goring, no visto por Sir Robert, le hace un gesto de súplica a Lady Chiltern, pidiéndole que acepte la situación y el error de Sir Robert.*) ¿Confías en mí, Gertrudis?

LADY CHILTERN. - Sí.

SIR ROBERT. - ¡Ah! ¿Por qué no añadiste que me amabas?

¹ Desde luego, el equívoco sólo tiene verdadera fuerza en Inglés donde el pronombre you significa tanto tú como usted según los casos. Sir Robert lee la carta, naturalmente, en la forma que más le conviene a sus sentimientos. (N. del T.)

LADY CHILTERN. - (*Tomando su mano.*) Porque te amaba. (*Lord Goring entra en el invernáculo.*)

SIR ROBERT. - (*Besando a su esposa.*) Gertrudis, tú no sabes qué siento. Cuando Montford me tendió tu carta por encima de la mesa -la abrió por error, supongo, sin mirar la escritura del sobre y yo la leí... ¡Oh! Ya no me importó la ignominia o el castigo que me esperaban, sólo pensé que me amabas aún.

LADY CHILTERN. - No te espera ignominia ni vergüenza pública alguna. La señora Cheveley le entregó a Lord Goring el documento que tenía en su poder y él lo destruyó.

SIR ROBERT. - ¿Estás segura de eso, Gertrudis?

LADY CHILTERN. - Sí. Lord Goring acaba de decírmelo.

SIR ROBERT. Entonces, estoy a salvo! ¡Oh! ¡Qué cosa maravillosa es sentirse a salvo! Por espacio de dos días he vivido presa de terror. Ahora estoy a salvo. ¿Cómo destruyó Arturo mi carta? Dímelo.

LADY CHILTERN. - La quemó.

SIR ROBERT. - Me hubiera gustado ver ese único pecado de mi juventud al arder, hasta convertirse en cenizas. ¡Cuántos hombres de la vida moderna querrían ver su pasado convertido en blancas cenizas en su presencia! ¿Está aún aquí Arturo?

LADY CHILTERN. -En el invernáculo.

SIR ROBERT. - ¡Cuánto me alegro de haber pronunciado anoche ese discurso en la Cámara! Cuánto me alegro! Lo hice pensando que la vergüenza pública podía ser la consecuencia. Pero no ha sido así.

LADY CHILTERN. - El resultado ha sido el honor público.

SIR ROBERT. - Así lo creo. Casi lo temo. Porque, aunque estoy a salvo de toda inculpación, aunque toda prueba en mi contra está destruida, supongo, Gertrudis. .

supongo que debo retirarme de la vida pública..., ¿no es así? (*Mira ansiosamente a su esposa.*)

LADY CHILTERN. - (*Con vehemencia.*) ¡Oh! Sí, Robert. Debes hacerlo. Es tu deber.

SIR ROBERT. - Es sacrificar mucho.

LADY CHILTERN. -No: significará ganar mucho. (*Sir Robert se pasea por el aposento con aire turbado. Luego se acerca a su esposa y le pone la mano en el hombro.*)

SIR ROBERT. - ¿Y tú serías feliz viviendo sola conmigo en alguna parte, en el extranjero, quizás, o en el campo, lejos de Londres, lejos de la vida pública? ¿No sentirías nostalgia?

LADY CHILTERN. -Ninguna, Robert.

SIR ROBERT. (*Tristemente.*) ¿Y tu ambición? Solías ser ambiciosa al pensar en mi.

LADY CHILTERN. ¡Oh! ¡Mi ambición! Nada me queda ya ahora, salvo la de poder armarnos. Fue tu ambición lo que te extravió. No hablemos de ambición. (*Lord Goring vuelve del invernáculo, al parecer muy satisfecho de sí mismo y con una flor completamente nueva, que alguien le ha colocado en la solapa.*)

SIR ROBERT. - (*Yendo hacia él.*) Arturo, tengo que agradecerte lo que has hecho por mí. No sé cómo podría pagártelo. (*Le estrecha la mano.*)

LORD GORING. - Te lo diré de inmediato, querido amigo. En este preciso momento, debajo de la palma de siempre... hablo del invernáculo... (*Entra Mason.*)

MASON. -Lord Caversham.

LORD GORING. - Mi admirable padre ha contraído realmente la costumbre de aparecer en el momento menos indicado. Es una actitud muy despiadada de su parte, muy despiadada. (*Entra Lord Caversham. Mason sale.*)

LORD CAVERSHAM. - ¡Buenos días, Lady Chiltern! Mis más calurosas congratulaciones, Chiltern, por su brillante discurso de anoche. Acabo

de separarme del primer ministro y usted ocupará la cartera vacante del gabinete.

SIR ROBERT. - (*Con aire de alegría y de triunfo.*) ¿Una cartera ministerial?

LORD CAVERSHAM, - Sí. Aquí tiene usted la carta del primer ministro. (*Le tiende la carta.*)

SIR ROBERT. - (*Toma la carta y la lee.*) ¡Una cartera ministerial!

LORD CAVERSHAM. - Ciertamente, y bien que se la merece, por lo demás. Usted posee lo que tanto necesitamos hoy en la vida política: mucho carácter, alto nivel moral, elevados principios. (*A Lord Goring*) Todo lo que usted no tiene, caballero, y que nunca tendrá.

LORD GORING. - No me gustan los principios, papá. Prefiero, los prejuicios.

(*Sir Robert está a un paso de aceptar la oferta del primer ministro, cuando advierte que su esposa lo mira con sus ojos claros y francos. Entonces comprende que eso es imposible.*)

SIR ROBERT. - No puedo aceptar esta oferta, Lord Caversham. He resuelto rehusar.

LORD CAVERSHAM. - ¡Rehusar, caballero!

SIR ROBERT. - Mi intención es retirarme de inmediato de la vida pública.

LORD CAVERSHAM. -(*Irritado.*) ¿Rehusar una cartera ministerial y retirarse de la vida pública? Nunca oí estupidez parecida en toda mi vida. Le ruego que me perdone, Lady Chiltern. Chiltern, excúseme usted. (*A Lord Goring.*) No sonría usted así, caballero.

LORD GORING. -No, papá.

LORD CAVERSHAM. - Lady Chiltern, es usted una mujer razonable, la mujer más razonable da Londres, la mujer más razonable que conozco. ¿Tendrá usted la bondad de impedir que su marido haga semejante...digo semejantes... ? ¿Tendrá usted la bondad de hacerlo, Lady Chiltern?

LADY CHILTERN. - Creo que mi marido ha tomado una decisión acertada, Lord Caversham. La apruebo.

LORD CAVERSHAM. - ¿La aprueba usted? ¡Santo cielo!

LADY CHILTERN. - (*Tomando la mano de su marido.*)Lo admiro por haberla tomado. Lo admiro inmensamente. Jamás lo he admirado tanto hasta ahora. Es mejor aún de lo que yo había supuesto. (*A Sir Robert.*) Irás a escribirle tu carta al primer ministro ahora mismo. .

¿verdad? No vaciles, Robert.

SIR ROBERT. - (*Con un dejo de amargura.*) Supongo que más vale hacerlo inmediatamente. Estas ofertas no se repiten. Le ruego me excuse por un momento, Lord Caversham.

LADY CHILTERN. - ¿Puedo acompañarte o no, Robert?

SIR ROBERT. Si, Gertrudis. (*Lady Chiltern se va con él.*)

LORD CAVERSHAM. - ¿Qué sucede con esta familia? Hay algo que no marcha bien aquí, ¿verdad? (*Dándose unos golpecitos en la frente.*) ¿Idiotez? Hereditaria, supongo. Ambos están afectados. La esposa lo mismo que el marido. Es algo muy triste. ¡Tristísimo, a decir verdad! Y no se trata de una familia antigua.

LORD GORING. - No es idiotez, padre. Te lo aseguro.

LORD CAVERSHAM. - ¿Qué es, entonces, caballero?

LORD GORING. - (*Después de una leve vacilación.*) Bueno. Se trata de lo que llaman hoy alto nivel moral. Eso es todo.

LORD CAVERSHAM. - Odio esos nombres flamantes. Es lo mismo que acostumbrábamos a

llamar idiotez hace cincuenta años. No me quedaré más tiempo en esta casa.

LORD GORING. - *(Tomándolo del brazo.)* Ven aquí adentro por un instante, papá. Tercera palma a la izquierda, la palma de siempre.

LORD CAVERSHAM. - ¿Qué, caballero?

LORD GORING. - Perdona, papá. Me había olvidado, El invernáculo, papá, el invernáculo... Hay allí alguien con quien quiero que hables.

LORD CAVERSHAM. - ¿De qué, caballero?

LORD GORING. - De mí, papá.

LORD CAVERSHAM. - *(Ceñudo.)* No es tema que permita derrochar mucha elocuencia.

LORD GORING. - No, papá; pero la dama se me parece.

No le interesa gran cosa la elocuencia en los demás. Le parece algo estrepitosa.

(Lord Caversham entra en el invernáculo. Aparece Lady Chiltern.)

LORD GORING. - ¿Por qué juega usted con los naipes, señora Cheveley ?

LADY CHILTERN. *(Sobresaltada.)* No lo entiendo a usted, Lord Goring.

LORD GORING. - La señora Cheveley hizo una tentativa de arruinar a su marido, Lady Chiltern. De

expulsarlo de la vida pública o de inducirlo a asumir una actitud deshonrosa. Usted lo salvó de esta última tragedia. Ahora lo impulsa a la primera. ¿Por qué habría de hacerle usted el mal que intentó hacer la señora Cheveley, fracasando en su intento?

LADY CHILTERN. - ¡Lord Goring!

LORD GORING. - (*Recobrándose con un gran esfuerzo y mostrando al filósofo que subyace en el dandy.*) Lady Chiltern, permítame. Anoche me escribió usted una carta en que manifestaba confiar en mí y quería mi ayuda. Este es el momento en que usted necesita realmente mi ayuda; éste es el momento en que debe confiar en mí, confiar en mi consejo y criterio. Usted ama a Robert. ¿Quiere usted matar su amor por usted? ¿Qué clase de vida le quedará a Robert si usted ¡o priva de los frutos de su ambición, si usted lo arranca de los esplendores de una gran carrera política, si le cierra las puertas de la vida pública, si lo condena a un estéril fracaso, a él, hecho para el triunfo y el éxito? Las mujeres no han nacido para juzgarnos, sino para perdonarnos cuando necesitamos perdón. Su misión es el perdón, no el castigo. ¿Por qué habría de flagelar usted a Robert por un pecado cometido en su juventud, antes de que la conociera a usted, antes de que se conociera a

si mismo? La vida de un hombre vale más que la de una mujer. Tiene problemas más grandes, mayor alcance, mayores ambiciones. La vida de una mujer gira sobre curvas de emociones. La vida de un hombre avanza sobre líneas de intelecto. No cometa usted un error terrible, Lady Chiltern. Una mujer que es capaz de retener el amor de un hombre y de amarlo a su vez, ha hecho todo cuanto les exige el mundo a las mujeres o cuanto debiera exigirles.

LADY CHILTERN. - (*Turbada y vacilante.*) Pero es mi propio marido quien quiere retirarse de la vida pública. Lo considera su deber. Fue el primero en decirlo.

LORD GORING. - Antes que perder su amor, Lady Chiltern, Robert haría cualquier cosa, destruiría toda su carrera como se dispone a hacerlo ahora. Va a hacer por usted un sacrificio terrible. Siga mi consejo, Lady Chiltern, y no acepte tan grande sacrificio. Si lo hace, se arrepentirá amargamente toda su vida. Los hombres y mujeres no estamos hechos para aceptar tan grandes sacrificios los unos de los otros. No somos dignos de ellos. Además, Robert ha sido suficientemente castigado.

LADY CHILTERN. - Ambos hemos sido castigados. Yo había puesto a Robert demasiado alto.

LORD GORING. - *(Con profunda emoción en la voz.)*
Por lo mismo, no lo ponga ahora demasiado bajo. Si Robert ha caído de su altar, no lo arroje al cieno. El fracaso sería para Robert el cieno mismo de la vergüenza. El poder es su pasión. Lo perdería todo, hasta su capacidad de sentir el amor. La vida de su esposo está en este momento en sus manos, el amor de su esposo está en sus manos. No le estropee ambas. *(Entra Sir Robert.)*

SIR ROBERT. - Gertrudis ... He aquí el borrador de carta. ¿Quieres que te lo lea?

LADY CHILTERN. - Déjame verla. *(Sir Robert se la tiende. Ella la lee y luego, en un arrebato, la rompe.)*

SIR ROBERT. - ¿Qué estás haciendo?

LADY CHILTERN. - La vida de un hombre vale más que la de una mujer. Tiene problemas más grandes, mayor alcance, mayores ambiciones. Nuestras vidas giran en curva de emociones. La vida de un hombre avanza sobre las líneas del intelecto. Acabo de saber esto y mucho más, de Lord Goring, ¡Y yo no arruinaré vida, ni te veré inutilizarla como

un sacrificio hecho por mí, como un sacrificio inútil!

ROBERT. - ¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

LADY CHILTERN .Tú puedes olvidar. Los hombres olvidan fácilmente. Y yo, perdono. Es así cómo ayudan al mundo las mujeres. Ahora lo comprendo.

SIR ROBERT. - (*Dominado por una profunda emoción la abraza.*) ¡Esposa mía! ¡Esposa mía! (*A Lord Goring.*) Arturo, por lo visto, tendré que estar en deuda contigo.

LORD GORING. - Oh... No hay tal cosa, Robert. ¡Con quien estás en deuda es con Lady Chiltern, no conmigo

SIR ROBERT. - Te debo mucho. Y, ahora, dime qué ibas a preguntarme hace un momento, cuando entró Lord Caversham.

LORD GORING. - Robert, eres el tutor de tu hermana y quiero tu consentimiento para casarme con ella. Eso es todo.

LADY CHILTERN. - ¡Oh! ¡Cuánto me alegro! ¡Cuánto me alegro! (*Le estrecha la mano a Lord Goring.*)

LORD GORING. - Gracias, Lady Chiltern.

SIR ROBERT. - (*Con aire turbado.*) ¿Que mi hermana sea tu esposa?

LORD GORING. - Sí.

SIR ROBERT. - (*Hablando con gran firmeza.*) Arturo, lo siento mucho, pero eso no puede discutirse, siquiera. Tengo que pensar en la dicha futura de Mabel. No creo que su felicidad pueda estar a salvo en tus manos. ¡Y no puedo sacrificarla!

LORD GORING. - ¡Sacrificarla!

SIR ROBERT. - Sí. Sacrificarla por completo. Los matrimonios sin amor son horribles. Pero hay algo peor que un matrimonio absolutamente sin amor. Un matrimonio en que hay amor, pero de una sola de las partes; fe, pero de una sola de las partes; devoción, pero de una sola de las partes, y en que, de los dos corazones, puede tenerse la seguridad de que uno de ellos se destrozará.

LORD GORING. - Pero yo amo a Mabel, Ninguna otra mujer ocupa sitio alguno en mi vida.

LADY CHILTERN. Robert... Si ambos se aman..., ¿Por qué no habrían de casarse?

SIR ROBERT. - Arturo no puede darle a Mabel el amor que ella merece.

LORD GORING. - ¿Qué motivos tienes para decir eso?

SIR ROBERT. - (*Después de una pausa.*) ¿Me exige realmente que te lo diga?

LORD GORING. - Ciertamente.

SIR ROBERT. - Como quieras. Al visitarte ayer por la noche, encontré a la señora Cheveley oculta en tus habitaciones. Era entre las diez y las once de la noche. No quiero decir más. Tus relaciones con la señora Cheveley, como te lo dije anoche, nada tienen que ver conmigo. Sé que estuviste comprometido para casarte con ella en otros tiempos. La fascinación que ella ejerciera sobre ti, parece haber vuelto. Al hablarme de ella anoche, la calificaste de mujer pura e inmaculada, de mujer a quien respetabas y honrabas. Puede que así sea. Pero no puedo entregar la vida de mi hermana en tus manos. Eso estaría muy mal de mi parte. Sería injusto, infamante, injusto para con ella.

LORD GORING. - No tengo más que decir.

LADY CHILTERN. - Robert, la mujer a quien esperaba anoche Lord Goring no era la señora Cheveley.

SIR ROBERT. - ¡Que no era la señora Cheveley! ¿Quién era, entonces?

LORD GORING. - Lady Chiltern.

LADY CHILTERN. - Era tu propia esposa. Robert, ayer por la tarde, Lord Goring me dijo que si yo estaba alguna vez en dificultades acudiera a él

en busca de ayuda, siendo como era nuestro más viejo y mejor o. Más tarde, después de aquella terrible escena ¡da en este aposento, le escribí diciéndole que confiaba en él, que tenía necesidad de él, que iba en su para pedirle ayuda y consejo. *(Sir Robert saca la carta de su bolsillo.)* Sí. Esa carta. Finalmente, no fui a casa de Lord Goring. Sentí que la ayuda debía provenir de nosotros mismos. El orgullo me hizo pensar así. La señora Cheveley fue. Robó mi carta y te la envió en forma anónima esta mañana, para que tú creyeras ... ¡Oh, Robert! No Puedo decirte qué se propuso hacerte creer esa mujer

SIR ROBERT. - Qué! ¿Había caído yo tan bajo a tus ojos que pudiste creer, por un instante siquiera, que podía poner en duda tu virtud? Gertrudis, Gertrudis, tú eres para mí la blanca imagen de todas las cosas buenas y el pecado jamás puede rozarte. ¡Arturo, puedes ir hacia Mabel y llévate mis mejores augurios! ¡Ah!

Espera un momento. En el encabezamiento de la carta, no figura nombre alguno. La brillante señora Cheveley no parece haber advertido esto. Debiera figurar un nombre.

LADY CHILTERN. - Déjame escribir el tuyo. Es en, ti en quien confío, a ti a quien necesito. A ti y no, a otro.

LORD GORING. - Verdaderamente, Lady Chiltern, creo que se me debiera devolver mi carta.

LADY CHILTERN. - *(Sonriendo.)* No. Usted tendrá la de Mabel. *(Toma la carta y escribe en ella el nombre de su marido.)*

LORD GORING. - Confío en que Mabel no habrá cambiado de idea. Ya han pasado casi veinte minutos desde que la vi por última vez.

(Entran Mabel Chiltern y Lord Caversham.)

MABEL. - Lord Goring, creo que la conversación de su padre es mucho más útil que la suya. Sólo hablaré en el futuro con Lord Caversham y lo haré bajo la calma de siempre.

LORD GORING. - ¡Querida! *(La besa)*

LORD CAVERSHAM. - *(Considerablemente tomado de sorpresa.)* ¿Qué significa esto, caballero? ¿No querrá usted decir que esta encantadora e inteligente joven ha cometido la tontería de aceptarlo?

LORD GORING. - ¡Ciertamente, papá! Y Chiltern ha sido lo bastante inteligente para aceptar el asiento en el gabinete.

LORD CAVERSHAM. - Me alegro muchísimo de oír eso, Chiltern ... Lo felicito, caballero. Si el país no se va al diablo o a manos de los extremistas, lo veremos a usted algún día primer ministro. (*Entra Mason.*)

MASON. - El almuerzo está servido, milady. (*Mason sale.*)

MABEL. - Se quedará usted a almorzar, Lord Caversham... ¿Verdad?

LORD CAVERSHAM. - Con mucho gusto. Y lo llevaré luego en mi coche a Downing Street, Chiltern. Lo espera a usted un gran porvenir, un gran porvenir. Ojalá pudiera yo decir otro tanto de usted, caballero. (*A Lord Goring.*) Pero su carrera habrá de ser totalmente doméstica.

LORD GORING. - Sí, padre. La prefiero doméstica.

IARD CAVERSHAM. - Y si no es usted un marido ideal para esta joven, lo desheredo, legándole un solo penique.

MABEL. - ¡Un marido ideal! Oh ... No creo que me guste eso. Parece algo propio del otro inundo.

LORD CAVERSHAM. - ¿Cómo quiere usted que sea Lord Goring, pues, querida?

MABEL. - Puede ser lo que quiera. Todo lo que yo quiero, es ser... ser..., ¡ah, sí! . . ., una verdadera esposa para él.

LORD CAVERSHAM. - Palabra de honor que hay mucho sentido común en eso, Lady Chiltern.

(Todos ellos salen, con excepción de Sir Robert. Éste gis queda hundido en un sillón y sumido en sus pensamientos. A poco, Lady Chiltern vuelve en su busca.)

LADY CHILTERN. *(Inclinándose por sobre el respaldo del sillón)* ¿No vienes, Robert?

SIR ROBERT. - *(Tomándole la mano.)* Dime, Gertrudis... ¿Es amor lo que sientes por mí, o mera piedad?

LADY CHILTERN. - *(Besándolo.)* Es amor, Robert. Amor y nada más que amor. Para nosotros dos, empieza ahora una nueva vida.

FIN.